El evangelio de Jesús en dos partes

El Hijo del Hombre y el Hijo de Dios

15 de noviembre de 2024

Este libro es anónimo. Si conoces el nombre del autor, te rogamos que no lo reveles.

Esta publicación es de código abierto. La intención es dar permiso a todos los lectores para que modifiquen y utilicen este texto como deseen.

El objetivo es que la alegría y la libertad de Jesús lleguen cada vez más a través de la verdad reconfortante de su evangelio.

CONTENIDO

1. Introducción (4)

I. El Jesús humano alcanza la plena madurez y lanza su ministerio público (8)

2. Contexto histórico (9)
3. ¿Cómo relacionó Jesús la salvación con la fe de un niño pequeño? (16)
4. ¿Qué quiso decir Jesús cuando dijo «el reino de Dios está dentro de vosotros»? (29)
5. ¿Cómo desarrolló y utilizó Jesús los conocimientos científicos? (40)
6. ¿Cómo desarrolló Jesús su carácter justo? (48)
7. ¿Cómo encontró Jesús la voluntad de Dios? (56)
8. ¿Qué podemos aprender de Jesús a los doce años? (67)
9. ¿Qué podemos aprender de las decisiones de Jesús que pusieron en marcha su ministerio público? (73)
10. ¿Cómo encontró Jesús la alegría de vivir? (80)

II. El Hijo del Hombre enseña su mensaje original (91)

11. ¿Cómo enseñaba Jesús? (92)
12. ¿Cuál es la verdad viva del reino de Dios y de la familia de Dios? (96)
13. ¿Cómo reveló Jesús a Dios como Padre y Madre? (103)
14. ¿Cómo amar a Dios y al prójimo de todo corazón? (111)
15. ¿Cómo podemos aprender de Jesús a ser misericordiosos y perdonar? (122)
16. ¿Cómo hizo Jesús el bien a los demás? (130)

III. El Hijo de Dios revela su divinidad (140)

17. ¿Cómo respondió Jesús a los distintos niveles de hostilidad? (141)
18. ¿Cuál era el nivel avanzado del evangelio de Jesús? (147)
19. ¿Pueden los pacificadores ser enérgicos? (153)
20. ¿Cómo condujo Jesús a sus seguidores a la unidad espiritual? (159)
21. ¿Cómo interpretó Jesús el significado de su muerte en la cruz? (165)

IV. Jesús resucitado continúa su obra a través de nosotros (170)

22. ¿Cómo aclara la resurrección esta vida y la otra? (171)
23. ¿Qué hace (y qué no hace) el Espíritu por nosotros? (174)
24. ¿Qué esperanza tenemos de que pronto llegue un mundo mucho mejor? (178)
25. ¿Cómo podemos ayudar a Jesús a completar su obra en la tierra? (182)

Lecturas complementarias (188)

Notas finales (189)

Abreviaturas (190)

1

Introducción

Jesús de Nazaret conocía a Dios mejor que cualquier otra persona que haya pisado esta tierra, por eso tanta gente se siente atraída por él. Incluso la gente que lo rechaza tiene tendencia a interesarse mucho por quién era y qué enseñaba.

Los que nos sentimos atraídos por Jesús podemos aprender a ser como él de las siguientes maneras:

- Conocerlo personalmente.
- Comprender su mensaje original de salvación: la proclamación del reino de Dios y de la familia de Dios.
- Captar su evangelio completo y avanzado, incluida su divinidad como Hijo de Dios.
- Vivir sus enseñanzas en la medida de nuestras posibilidades y adquirir así un carácter como el suyo.

Cuando el evangelio de Jesús en el Nuevo Testamento cobra vida en nosotros, podemos obtener una nueva perspectiva adquiriendo de manera gradual y paciente más de las cualidades que vemos en él, a medida que seamos capaces de hacerlo de manera realista.

La primera parte de este libro muestra cómo. Para empezar, observamos en Jesús algo que necesitamos más en nosotros mismos. Siendo selectivos, sin asumir demasiado, damos pasos creativos para encontrar cosas que hacer que nos permitan adquirir más de la cualidad que hemos seleccionado para trabajar. La autoayuda nos ayuda en parte, pero el verdadero crecimiento es un don de Dios.

Para satisfacer estas necesidades, este libro ofrece una nueva perspectiva sobre la vida y las enseñanzas interconectadas de Jesús. Las cuatro partes de este libro están diseñadas en un orden cronológico aproximado, centrándose en lo que propongo como *las cuatro etapas principales de la vida de Jesús*. (1) Desde su nacimiento, creció hasta alcanzar la plena madurez humana en el momento de su bautismo. (2) Luego enseñó públicamente su mensaje original. (3) A continuación, el conflicto estalló cuando comenzó a enseñar su evangelio completo; así comenzó el tercer período de su vida, que duró hasta la cruz. (4) Desde entonces, en la resurrección y luego por su espíritu, ha continuado su obra con, en y a través de nosotros.

El corazón de las enseñanzas de Jesús es su evangelio vivo. Creo que las enseñanzas del mensaje original tienen más sentido si consideramos que están centradas en las verdades de que Dios es nuestro Padre y progenitor, y sus hijos y por tanto hermanos son la humanidad. Los significados y valores de estas verdades fundamentales se despliegan maravillosamente en las siguientes enseñanzas del evangelio del Maestro: 1) Entramos en la familia de Dios con la fe humilde de un niño. 2) Mientras crecemos para ser lo mejor que podemos ser, debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, y a nuestros hermanos como a nosotros mismos. 3) Debemos ser misericordiosos como Dios es misericordioso y vivir la regla de oro: hacer a los demás lo que queremos que nos hagan a nosotros.

Creo que vivir estas y algunas enseñanzas evangélicas adicionales constituye la cooperación humana con Dios que finalmente permitirá a nuestro planeta alcanzar su destino: vivir en la tierra como en el cielo. En el camino hacia ese futuro glorioso, ¿por qué no esperar y trabajar por un mundo mucho mejor que podría llegar antes?

Cuando una masa crítica de seguidores de Jesús se centre eficazmente en su evangelio, amaremos y serviremos cada vez más a Dios y a todos y cada uno de los demás. Reconoceremos nuestro parentesco con otras personas de la familia de la fe, independientemente de la religión que profesen o de que no profesen ninguna. Juntos tenderemos la mano a los hermanos de la familia inclusiva de Dios que no tienen fe espiritual.

Diferencias intelectuales y unidad espiritual

Un amigo mío estaba dando la bienvenida a un grupo de nuevos seminaristas. Les dijo que se levantaran con todo con lo que estuvieran de acuerdo y que se sentaran con lo que estuvieran en desacuerdo. Luego leyó un breve texto. Alrededor de la sala, mientras se levantaban y se sentaban, se veían unos a otros hacerlo de una forma tan caótica que todos estallaron en carcajadas.

Estaban experimentando la unidad espiritual frente a sus diferencias intelectuales. Nadie pensaba que las diferencias intelectuales no importaran, pero descubrieron que la risa puede permitir al espíritu divino poner estas diferencias en su lugar. Sobre esta base, la discusión avanza transformada.

A medida que leas este libro, si encuentras ideas con las que te gustaría trabajar, te animo a que las trasplantes al jardín de creencias que ya atesoras. Somos una familia, y este libro no pretende que todo el mundo esté de acuerdo con mi lenguaje y mis conceptos. Como autor, mi sueño es que profundices en tu comunión amorosa con Jesús, que comprendas y vivas mejor sus enseñanzas, y que las compartas con sabiduría.

Quizá lo más esencial que hacen muchas religiones es enseñar sobre nuestra relación básica con Dios y con otras personas. Jesús también lo hizo. Buscando de todo corazón descubrir su mensaje original, varios estudiosos de los siglos XVIII y XIX empezaron a utilizar nuevas herramientas históricas. Algunos de ellos llegaron a la conclusión de que el núcleo del mensaje de Jesús era la paternidad de Dios y la hermandad del hombre. Hoy día muchas personas preferirían el lenguaje de la parentalidad de Dios y la hermandad de la humanidad. Independientemente de las palabras que usemos, estas frases se refieren a realidades espirituales vivas. Veremos cómo este par de verdades pueden funcionar como el eje en torno al cual encajan todas las demás enseñanzas del evangelio.

Aunque la paternidad de Dios fue un pilar del evangelio de Jesús hace dos mil años, sigue siendo una cuestión abierta cómo expresar mejor su revelación hoy día. Mucha gente cuestiona, combate o rechaza la idea de Dios como padre. Jesús nunca habría presionado a nadie para que utilizara un nombre concreto para Dios. Cada persona tiene una aventura personal única de descubrimiento de Dios y una historia sobre cómo llegó a su(s) propio(s) nombre(s) para Dios. Innumerables personas maravillosamente conocedoras de Dios han utilizado diferentes nombres y han desarrollado magníficas relaciones con el Creador. Cada persona es libre de elegir un nombre para Dios que se ajuste al descubrimiento del amigo divino que está presente en su interior.

La calidad de nuestra relación con Dios importa mucho más que el lenguaje que usemos. En cada época, la verdad eterna necesita una nueva expresión para satisfacer las necesidades de la generación actual. Nos ayuda a evitar la discriminación lingüística cuando nos relacionamos en la familia de Dios, a despreciar a los demás por el lenguaje que eligen con sinceridad para expresar la verdad tal como ha cobrado sentido para ellos.

Sobre el autor

La redacción de este libro estaba muy avanzada cuando me convencí de que debía ser anónimo. Todavía estoy tratando de descifrar el significado de este sentido de la obligación, y te invito a compartir el misterio.

El autor es en parte filósofo y en parte evangelista. Ha dedicado muchos años a aprender a vivir las enseñanzas del evangelio completo de Jesús, tanto el mensaje original como las enseñanzas avanzadas. En conjunto, estas enseñanzas han cobrado vida para el autor: están conectadas, son conmovedoras, hermosas, verdaderas y buenas. El autor espera compartir su pasión contigo: experimentar los dos niveles del evangelio tan cautivadores y entrelazados con las etapas de la vida de Jesús esbozadas al principio de la introducción.

Los lectores que tengo en mente

Escribo para personas que:

- Son cristianos maduros que tienen tiempo para crecer.
- Son pensadores independientes con mentalidad filosófica y espiritual.
- Tienen hambre de conexión divina que aporte sentido, propósito y estabilidad.
- Tienen grandes dudas sobre Jesús y lo que enseñó.
- Quisieran ser como Jesús.
- Están considerando convertirse en seguidores de Jesús.
- Aún no han encontrado lo que buscan en el cristianismo.
- Pertenecen a otras religiones o no pertenecen a ninguna religión, y quieren ver si esta presentación de Jesús y su evangelio puede realmente respetar a las personas de otras religiones como iguales en la familia de la fe.

También escribo para tu único *yo*, no importa lo que creas o no creas, no importa lo que busques o lo que no te guste, no importa lo que hayas hecho o dejado de hacer. Eres un hijo de Dios divinamente creado e infinitamente amado. Tu Padre divino te ha enviado un regalo personal: el espíritu de Dios para que viva dentro de ti. Tienes el guía y amigo perfecto.

Transición

Este libro te lleva de viaje por algunas de las cosas que Jesús dijo e hizo. Es como viajar en autobús por Israel y más allá, visitando algunos de los lugares donde sucedieron estas cosas. En cada sitio, nos bajamos del autobús para ver por nosotros mismos más de cerca, para recordar, imaginar y reflexionar. Como guía turístico, tengo el micrófono del autor mientras el autobús va de un sitio a otro. Pero, capítulo a capítulo, lo esencial es que te bajes del autobús, comulgues y vivas tu propia experiencia.

I. El Jesús humano alcanza la plena madurez y lanza su ministerio público

A través de su vida y sus enseñanzas, Jesús reveló a Dios y mostró cómo un hijo humano de Dios puede hacer la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Nosotros también podemos aprenderlo.

La primera parte de la misión de Jesús fue crecer desde la infancia hasta la plena madurez. Desarrolló un carácter fuerte, equilibrado y centrado en Dios. Los pasos de crecimiento que se exponen en la primera parte muestran cómo cada creyente puede llegar a ser como Jesús mientras crecemos con él y alcanzamos un carácter como el suyo.

2

Contexto histórico

Tengo un interés personal en este capítulo. En diferentes momentos de nuestra vida nos hacemos la pregunta: ¿cuál es mi propósito en la vida? He leído relatos de jóvenes «típicos» de la generación Z que se hacen esta pregunta. Todo tipo de grandes cambios en la vida pueden hacer que esta pregunta pase a primer plano. Ahora también es mi pregunta. Creo que es útil en este caso entender la misión de Jesús (las diferentes cosas que Dios le asignó hacer). Los diversos enunciados de la misión de Jesús representan aspectos del propósito de su vida. El sentido particular de nuestro propósito puede florecer, creo, encontrando aspectos de la misión de Jesús en los que podamos entrar.

Hacia el final de este capítulo propongo un concepto propio de la misión de Jesús. Una de sus ventajas es que es tan universal que creo que todos podríamos entrar en él. Entre el principio y el final del capítulo hay importantes antecedentes históricos que añaden, creo, una perspectiva muy significativa sobre el concepto que Jesús tenía de su propia misión, de su propio propósito en la vida.

Durante el transcurso del siglo I, Jesús se dedicó de lleno a su obra, pero lo hizo con una sabiduría que se basaba en una perspectiva muy amplia; miraba hacia el pasado remoto y hacia el futuro lejano. Creo que Jesús reconoció que Dios es el Señor de la Historia, y que el Creador no tiene prisa. Mil de nuestros años son como un solo día desde la perspectiva de Dios (Salmo 90:4, 2 Pedro 3:8). Jesús desarrolló una perspectiva que arrojó luz sobre las relaciones básicas de Dios y los seres humanos, así como sobre su propósito durante su vida en la tierra.

Jesús creció con la creencia judía de que el origen de todo ser humano se remonta al Creador de «los cielos y la tierra», que dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza» (Génesis 1:1, 1:26). [1]

Esta idea se grabó en Jesús porque era miembro de un pueblo concreto cuyo origen se remontaba a cuatro mil años atrás. La afirmación de la imagen de Dios en todas las personas se expresa en el acuerdo formal, o pacto, que Dios hizo con Abraham para bendecirlo: y a través de él «serán bendecidas todas las familias de la tierra» (Génesis 12:3). He aquí, en cierto modo, una versión del evangelio básico de Jesús sobre nuestra relación con Dios y la humanidad en su conjunto. La descendencia de Abraham y su esposa Sara se convirtió en el pueblo hebreo, también llamado israelitas y judíos. El pacto prometía la bendición de Dios, y este pueblo debía creer y obedecer al único Dios.

Jesús confirmó formalmente su vínculo con el pueblo judío acudiendo a Juan el Bautista para lanzar su carrera como maestro público (explicada en las tres primeras secciones del capítulo 9).

El proceso de la historia entreteje los actos del Creador y los hechos de las criaturas. Dios creó los cielos y la tierra. Jesús reveló nuestro destino planetario cuando oró: «Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). En otras palabras: en el cielo la voluntad de Dios se hace de manera verdadera y maravillosa. La humanidad es una obra en curso, pero acabaremos aprendiendo.

Jesús reveló a Dios y cómo un ser humano puede (ahora mismo, en este planeta) aprender a vivir la voluntad de Dios en la tierra de un modo celestial. Su vida y la verdad que enseñó nos conducen al camino divino del amor.

El inspirador liderazgo de Moisés

Alrededor del año 1700 a.C., durante una hambruna, muchos hebreos bajaron a Egipto en busca de trabajo y comida, pero fueron esclavizados. Su opresión persistió durante cuatrocientos años, hasta que alrededor del 1260 a.C. Moisés se levantó y los condujo de la esclavitud a la libertad. De un lugar a otro, durante cuarenta años, Moisés guio a la comunidad que lo seguía y les enseñó acerca de Dios (Yahvé, traducido a menudo como «el Señor»). Impartió al pueblo disciplina y leyes, por ejemplo, los diez mandamientos: adora solo a Dios, no a imágenes; descansa y adora un día a la semana; honra a tus padres; no cometas asesinato, robo ni adulterio; no des falso testimonio contra tu prójimo; y no ansíes tener ninguna clase de posesión que pertenezca a tu prójimo. (Éxodo 20:1-17; Deuteronomio 5:6-21).

De las enseñanzas de Moisés, Jesús eligió lo que él llamaría «el mayor mandamiento» y un segundo «semejante»: «Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas… Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Deuteronomio 6:4, Levítico 19:18 y Marcos 12:28). Para muchas personas de la época de Jesús fue liberador abrazar la sencillez de este resumen de la ley. Estos mandamientos representan el primer gran paso para poner en práctica las verdades de nuestras relaciones básicas con Dios, nuestro Padre amoroso y misericordioso, y con nuestro prójimo, que puede ser cualquiera.

La monarquía, su división y las lecciones que siguieron

El período tribal primitivo continuó hasta que, en el siglo XI, se estableció una monarquía bajo tres reyes: Saúl, David y Salomón. En la época de Jesús, la gente buscaba al Mesías, el «Ungido», que

restauraría la monarquía y se sentaría en el trono de David. Pero después de Salomón, el reino se dividió entre Judá, en el sur, e Israel, en el norte.

En el siglo VIII a.C. comenzó un conflicto entre pueblos que fue importante en tiempos de Jesús, cuando el ejército asirio se apoderó del Reino del Norte de Israel, cuya capital era Samaria. Además de su crueldad devastadora, Asiria tenía una política destinada a impedir que sus pueblos conquistados se levantaran de nuevo en rebelión, una política de mezcla étnica. Deportaban a los sacerdotes, a la gente educada y a la élite dirigente en general, y los dispersaban por otras zonas de su reino; y luego, desde esas zonas, llevaban a gente para que se asentara en el territorio recién conquistado. Como resultado, durante siglos los israelitas que quedaron en Samaria mezclaron sus genes, costumbres, creencias y prácticas religiosas con los de sus vecinos. Adoraban a Yahvé, el Dios de Israel, junto con dioses tribales, lo que creaba confusión religiosa, en contraste con los judíos, que solían centrar su culto solo en Dios. Los samaritanos no consideraban el Templo de Jerusalén como el lugar de culto divinamente elegido; en su lugar, rendían culto en el monte Gerizim. En la época de Jesús, las relaciones antagónicas entre samaritanos y judíos se habían prolongado durante siglos, y eran frecuentes los malos sentimientos mutuos.

En el siglo VI a.C., el reino de Judá sería conquistado por Babilonia, donde muchos judíos fueron llevados al cautiverio.[2] Allí, el profeta Isaías II proclamó hermosas verdades sobre la bondad de Dios.[3] Isaías también aseguró al pueblo que volverían a su patria, lo que ocurrió cuando Babilonia fue conquistada por Persia, donde el bondadoso Ciro respetó las costumbres y religiones de los pueblos que conquistó. Envió a los cautivos a casa para reconstruir el Templo y restaurar Jerusalén y su patria.

A pesar de la interferencia de los samaritanos, la reconstrucción siguió adelante, y el profeta Esdras fue el líder que tuvo mayor responsabilidad en reintroducir la ley tradicional.

A partir de la historia del reino dividido y de otras fuentes de conocimiento, Jesús enseñó una advertencia que tiene muchas aplicaciones hoy en día: «Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma subsistirá» (Mateo 12:25).

Del libro de Isaías tomó Jesús una de las varias afirmaciones que hizo sobre su misión: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor» (Lucas 4:18; Isaías 61:1). Obsérvese que Jesús decía cosas distintas en situaciones diferentes que desplegaban aspectos del propio concepto en desarrollo de su misión.

En respuesta a las dificultades entre samaritanos y judíos, Jesús trató de transformar esas actitudes. Quizá su parábola más querida sea la del buen samaritano que atiende al judío gravemente herido al borde del camino. (Lucas 10:25-37; Juan 4:3-42). [4]

Algunos grupos con los que trató Jesús

El cambio fundamental entre las dos partes principales de la vida y el evangelio de Jesús se produce en la crisis de relaciones entre Jesús y los líderes religiosos que se le oponían.

Los *fariseos*, cuyo origen intelectual se remonta a Esdras, eran un partido o secta religiosa y política. En el siglo I d.C., su visión de la vida religiosa se había convertido en la más común entre los judíos. Su concepto de justicia iba acompañado de una teología de su historia, que explicaba por qué el pueblo judío había sufrido la devastación de Egipto, Asiria, Babilonia, Macedonia y Roma. Se decía que estas miserias eran causadas por Dios, que castigaba a su pueblo por no obedecer sus leyes. Los fariseos y muchos otros equipararon la voluntad de Dios con la obediencia a la ley, y luego equipararon la ley con los 613 mandamientos que se podían encontrar en la Torá (los cinco primeros libros de la Biblia hebrea, considerados como la ley de Moisés). Estas leyes regulan asuntos que van desde lo esencial espiritual hasta detalles menores. Además, estaba la ley oral, desarrollada a lo largo de los siglos por las autoridades religiosas; generalmente se consideraba que Dios se la había dado a Moisés, pero no en forma escrita. Incluía las leyes de pureza religiosa; por ejemplo, no trabajar en el día de descanso del sabbat y comer solo con personas religiosamente puras. Había un marcado contraste entre las enseñanzas religiosas de los fariseos y la calidad del mensaje que Jesús vivía y enseñaba.

Además de los fariseos, había otros partidos o sectas políticas y religiosas. Los *saduceos* eran los sacerdotes aristocráticos del Templo de Jerusalén, y tenían sus propias formas de interpretar la ley. Eran especialistas en la Torá; a diferencia de los fariseos, no creían en la resurrección de los muertos. *Los escribas* eran especialistas en derecho religioso que prestaban servicios jurídicos en el exterior; muchos de ellos eran fariseos y miembros del Sanedrín, que era el máximo órgano de gobierno de los judíos y se reunía casi a diario en el Templo de Jerusalén.

Debido a factores sociales, políticos y económicos, la brecha entre élites y no élites era grande.[5] La cuestión política más importante en la Palestina de la época de Jesús era cómo hacer frente a las miserias de vivir bajo el poder del Imperio romano. *Los herodianos* eran partidarios del rey Herodes (o posiblemente de su hijo, Herodes Antipas). Los *zelotes* (y otros grupos similares) abogaban por la violencia contra los soldados y las autoridades del Imperio romano. Los zelotes preferían una muerte justa antes que vivir sometidos a un régimen pagano. [6]

Expectativas divergentes sobre el reino de Dios

Cuando los padres de Jesús llevaron a su recién nacido al Templo de Jerusalén, un creyente alabó a Dios por el niño. «¡Es una luz para revelar a Dios a las naciones, y es la gloria de tu pueblo Israel!» (Lucas 2:32).

Astrólogos de Oriente vinieron buscando al «rey de los judíos». Al enterarse, el brutal y paranoico rey Herodes envió celosamente soldados para encontrar y matar al niño. José y María fueron informados justo a tiempo. Huyeron a Egipto, donde permanecieron hasta la muerte de Herodes en el año 4 a.C. (Mateo 2). Aunque Roma proporcionaba buenas carreteras y las ventajas de la cultura grecorromana, existía una amenaza constante de violencia si los judíos se rebelaban. Además, el rey Herodes, sus hijos y otros utilizaron la violencia para conseguir sus fines.[7]

En esta época, había una esperanza generalizada y se esperaba otro líder como Moisés. Él establecería el reino de los cielos, el reino o gobierno de Dios. Sería el Mesías, que significa el «Ungido», designado por Dios. La mayoría de la gente pensaba en él como alguien que actuaría como rey y les libraría de la opresión que sufrían como parte del Imperio romano. Luego establecería Jerusalén como sede de la autoridad para Israel y el mundo.

Hacia el final de su vida, Moisés rogó a Dios que le guiara en la elección de su sucesor, un líder que fuera como él. Entregó el mando de sus seguidores a Josué, para que su pueblo no fuera «como oveja sin pastor» (Números 27:17; Deuteronomio 18:15; Lucas 1:31; Mateo 9:36). Josué los conduciría a la tierra prometida.

El pueblo judío llevaba mucho tiempo esperando, rezando y sufriendo por lo que llamaban el reino de los cielos o reino de Dios. Jesús utilizó estas frases para comunicarse con sus oyentes, ya que eso era lo que la gente solía buscar y lo que Juan el Bautista había estado proclamando. Jesús solía utilizar términos que significaban relaciones familiares para explicar su propio concepto del reino.

En cierto modo, el concepto de reino no encajaba con su mensaje. A un rey se le conocía sobre todo por su poder; era una figura remota que no tenía ninguna relación personal con sus súbditos. Los reyes solían ser iracundos, vengativos y violentos. En la Palestina del siglo I, la idea del reino era fácil de malinterpretar, ya que estaba vinculada al anhelo popular de un Mesías que dirigiera un ejército y liberara a los judíos del dominio de Roma.

Sin embargo, si Jesús se comprometió en la elección de este lenguaje, lo hizo de todo corazón. Al fin y al cabo, en la idea de Dios como rey hay una gran verdad: la soberanía de Dios. El Creador estructura la energía y la materia según las leyes de la naturaleza. El Soberano ordena a sus criaturas

que vivan de acuerdo con la ley moral, expresada por ejemplo en la regla de oro de hacer a los demás lo que queremos que los demás nos hagan a nosotros. Y amar a Dios y al prójimo es necesario para que una persona participe en el plano espiritual de la familia de Dios, que nos ama a todos.

El objetivo de Jesús y el nuestro

La misión de Jesús era conducir a la gente a una tierra prometida *espiritual*, y eso es exactamente lo que hizo. Esta tierra prometida es lo que Jesús llamó *el reino de Dios*, *un concepto general que engloba las principales ideas e ideales de Jesús.* Este concepto incluye enseñanzas que permiten a cada creyente llegar a ser como él, aunque siempre seremos menos perfectos.

En el camino hacia nuestro futuro*, podemos hacer grandes cosas gracias a nuestro apoyo: la comunión divina, la misericordia abundante y la paciencia generosa.* También obtenemos un apoyo esencial en la vida social y espiritual que experimentamos en la comunidad religiosa vital.

La perspectiva de Jesús sobre nuestra creación y destino, junto con su conocimiento de la historia, por ejemplo, le ayudaron a ser realista sobre los hechos de su tiempo y lugar. A pesar de sus ideales celestiales y espirituales, siempre se basó en el conocimiento de los asuntos terrenales y materiales.

Hemos vislumbrado fragmentos de lo que Jesús sabía sobre la creación y el destino de la humanidad y la historia de su pueblo. Se incluye la alianza con el Dios único para bendecir a todos los pueblos de la tierra; algunos aspectos destacados de la obra y las enseñanzas de Moisés; la historia de la monarquía dividida; los diversos grupos con los que se relacionó Jesús; las diferentes expectativas sobre el Mesías; y el propósito de Jesús para su obra en la tierra, además de un objetivo para que lleguemos a ser como él.

Podemos aplicar el objetivo de parecernos a Jesús en todas las actividades de la vida cotidiana. Podemos entrar en la amplia perspectiva de Jesús sobre la historia y participar en su misión. Contribuimos al progreso planetario tanto con nuestro crecimiento personal hacia un modo de vida cada vez más celestial como haciendo cosas por los demás.

El siguiente capítulo explora el asombroso concepto de Jesús sobre cómo nos salvamos.

Preguntas e invitaciones

- Todo el mundo ha sido creado de manera divina. Si esto es así, ¿qué implica? ¿Incluye el diseño del Creador el proceso histórico con sus altibajos en el camino hacia un destino

magnífico? ¿Este diseño da cabida a las decisiones que tomamos? ¿Incluye lo que Jesús llamó «el reino de Dios dentro de vosotros» (tratado en el capítulo 3)?

- ¿Qué factores de tu propia historia han influido más en tus puntos de vista?
- ¿Sabes más sobre la historia de otras personas diferentes a ti en aspectos importantes? Si no es así, ¿estarías dispuesto a tomarte un tiempo para saber más? ¿Cómo podrías hacerlo? ¿Hay alguna manera fácil de empezar que puedas hacer habitualmente? ¿Puedes empezar ya mismo?
- ¿Qué ocurre cuando piensas que tu actividad actual encaja en la misión universal de Jesús de ayudar a las personas y al planeta a acercarse un poco más a una tierra prometida espiritual?

3

¿Cómo relacionó Jesús la salvación con la fe de un niño pequeño?

Para entender bien a Jesús, necesitamos una perspectiva procedente del crecimiento para parecernos cada vez más a él. Así pues, para tener éxito en la primera parte necesito presentar ideas plausibles del crecimiento de Jesús desde la infancia hasta la plena madurez. Me baso en lo que dice la Biblia sobre sus primeros años, en ideas de la psicología y la historia, y en enseñanzas de la vida posterior de Jesús que considero implícitamente autobiográficas. Considero que estas enseñanzas nos ayudan a comprender mejor los años previos al ministerio púbico de Jesús.

Comenzamos centrándonos en la transformación espiritual fundamental que puede producirse en la infancia o en cualquier fase posterior de la vida. Tiene muchos nombres: recibir o entrar en el reino de Dios o en la familia de Dios; y nacer de nuevo o salvarse. Supongo que esto ocurrió en Jesús cuando era niño.

En nuestra época, la gente busca más la transformación en sentido amplio que la salvación en particular. Si necesitamos urgentemente algún componente de salud o bienestar psicológico, es habitual sentirnos transformados cuando se satisface esta necesidad. En muchos casos, este sentimiento surge en parte porque Dios está reforzando nuestro avance positivo. Pero hay un tipo de transformación que el ser humano no puede hacer por sí mismo. Dios nos da la salvación cuando estamos dispuestos a recibirla.

Lo que Jesús enseñó sobre la salvación se encuentra con muchas verdades, parábolas, promesas y mandamientos interrelacionados que enseñó en su mensaje original. Todos ellos forman una red significativa. Comienzo con la enseñanza de Jesús sobre lo importante que es ser, en lo esencial, como un niño pequeño.

Imagina la escena. Jesús se ha dedicado a enseñar sobre la vida familiar. De repente, las madres le traen a sus hijos para que los toque y bendiga. Algunos de sus discípulos más cercanos empiezan a criticar a las madres por esta interrupción. La respuesta de Jesús a estos discípulos fue de justa indignación. Les dijo sencillamente: «Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Marcos 10:13-16; Lucas 18:17). Jesús

estaba señalando que sus discípulos críticos estaban actuando de una manera incompatible con estar en el reino.

Jesús relacionó la salvación con la fe de un niño pequeño en esta interacción y en otras ocasiones. Jesús utilizó diferentes enfoques a la verdad de nuestra transformación salvadora. En este capítulo se examinan algunas de estas enseñanzas complementarias.

Un proverbio griego dice: «Bien comenzado, a medias». Nuestro tema es trascendental, y este capítulo pide ser meditado sección por sección. Primero aclaro esta enseñanza sobre el niño pequeño, que considero autobiográfica. Sugiero algunas ideas sobre la infancia de Jesús. Cuando hablamos de recibir y entrar en el reino como hijos de Dios, estamos hablando de lo mismo que consideramos a continuación. Esta vez Jesús habló de «nacer de lo alto» (nacer del espíritu).

Después, saboreamos la felicidad que Jesús prometió a los pobres de espíritu (los humildes). A continuación, consideramos el poder de la fe viva para arrepentirse y comenzar una nueva vida.

A continuación, hago algunas observaciones sobre los brazos abiertos de Jesús en actitud de bienvenida y, seguidamente, sobre los elementos esenciales receptivos y activos de una fe viva.

Tras este trabajo de estudio, hacemos una pausa para recuperar el aliento; Jesús ofrece descanso para nuestra alma. El resumen final adopta la forma de una revisión reflexiva del camino trazado en este capítulo trascendental.

Aclarar el significado de «un niño pequeño»

Cuando los discípulos criticaron a las madres por llevar a sus hijos a Jesús, él enseñó un requisito para entrar en el reino de Dios (equivalente a la salvación). El reino es un don que solo se recibe y se puede recibir a la manera de un niño pequeño. Jesús no definió la actitud infantil ni la forma de relacionarse con el dador; pero es razonable pensar que se requiere al menos una actitud de fe abierta y receptiva.

Creo que la actitud y la manera de relacionarse del niño también incluyen la humildad. En otra ocasión, cuando los discípulos preguntaron quién es el mayor en el reino, Jesús trajo a un niño en medio de ellos y dijo: «El que se haga humilde como este niño es el mayor en el reino de los cielos» (Mateo 18:1-5). Aquí la humildad no es una exigencia, sino una marca de excelencia.

Hablar de «un niño pequeño» ilustra la tendencia de Jesús a utilizar el lenguaje de la familia para enseñar el concepto del reino. Al entrar en el reino, pasamos a formar parte de la familia de Dios. En un principio, podemos equiparar el reino de Dios con la familia de Dios, pero la relación entre estos conceptos es más compleja. Jesús también utilizó el lenguaje de la familia de Dios para incluir a todas las personas (véase la sección del capítulo 13 sobre la familia de Dios).

Jesús comprendió que, como hijos de nuestro Padre celestial, nuestra relación con Dios tiene algunos rasgos en común con la buena relación de un niño pequeño con sus padres terrenales. En repetidas ocasiones, durante meses, me quedaba embobado mirando a la niña de enfrente, que estaba en el patio delantero con su padre. Cada pocos minutos, ella se acercaba a su papá y levantaba los brazos. Él se agachaba y la abrazaba durante un minuto. Ella quería que la tranquilizaran, y él era digno de confianza. Esta escena era una encantadora ilustración de la verdad de las relaciones en la familia de Dios, y mostraba la bondad de una de las virtudes humanas más importantes: la confianza.[8] Y la confianza en Dios está bien fundada: «El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos» (Deuteronomio 33:27).

Otra de las imágenes de Jesús refuerza qué pequeños somos en comparación cuando entramos en el reino, y qué grandes son nuestras perspectivas. «El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que alguien sembró en su campo; es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido es el mayor de los arbustos y se convierte en un árbol, de modo que vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas» (Mateo 13:31-32).

Autobiografía implícita en algunas de las enseñanzas de Jesús

Es plausible que mucho de lo que Jesús enseñó como adulto lo hubiera aprendido a través de su propia experiencia previa. Al hablar de la fe de «un niño pequeño», Jesús también estaba siendo autobiográfico, nos estaba contando algo sobre su propia infancia. También se refirió a sus apóstoles como «niños pequeños» (Juan 13:33). No somos pequeños solo en comparación con Dios, sino también, creo yo, en contraste con lo que llegaremos a ser en el cielo.

Nuestra vida espiritual puede verse reforzada por nuestro entorno social. La extraordinaria madre de Jesús, María, había elegido un marido excepcional en José. Así, Jesús creció en un hogar que había sido un lugar excelente para empezar a conocer a Dios. Entre los vecinos de Jesús en Nazaret, algunos habían tenido una fe sólida, lo que había alentado la fe en ese niño en crecimiento y espiritualmente receptivo. En su infancia, Jesús se había beneficiado

de la sinagoga local, donde había estudiado las Escrituras hebreas. Jesús había reconocido y se había regocijado en las gemas de las escrituras, por ejemplo: «El Señor es mi fuerza y mi canción» (Isaías 12:2). Este versículo toca las tres virtudes que este libro enfatiza en el crecimiento del carácter: *el Señor* (centrado en Dios), la *fortaleza* y la *canción* (bien equilibrada).

Con este apoyo social más el espíritu de Dios en su interior (véase el capítulo siguiente), es fácil imaginar a Jesús relacionándose con su Padre celestial y encontrando en él la fuente de su mayor alegría. Empezaba a experimentar el amor de Dios por él, y es plausible que empezara a amar a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas. Esto le pudo haber motivado a hacer la voluntad del Padre tomando buenas decisiones y haciendo el bien a los demás. Estas experiencias infantiles pueden haber ayudado a Jesús a formar el concepto de la fe de un niño pequeño que enseñó a los adultos.

Receptividad y renacimiento espirituales

Sin la fe de un niño pequeño, el renacimiento espiritual (que equivale a entrar en el reino) no puede tener lugar. Un hombre llamado Nicodemo salió al encuentro de Jesús al amparo de la oscuridad (Juan 3:1-12). Era un fariseo, muy familiarizado con las leyes de la tradición judía. También era miembro del Sanedrín, el más alto tribunal de los judíos, que se reunía casi a diario en el Templo de Jerusalén. Estaba muy impresionado con Jesús y le dijo: «Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de Dios; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces si Dios no está con esa persona». Estas «señales» eran hechos de poder, como curaciones.

Jesús podría haber respondido a Nicodemo citando las Escrituras y haciendo comentarios esclarecedores, pero percibió que Nicodemo necesitaba algo más. Jesús le dio un diagnóstico franco: «Nadie puede ver el reino de Dios sin haber nacido de lo alto».

La expresión «de lo alto» era una forma de referirse al cielo; necesitamos nacer del cielo; «el reino de Dios» y «el reino de los cielos» eran formas intercambiables de referirse a la misma realidad. Nicodemo no comprendió esta verdad porque cometió el error de interpretar a Jesús literalmente. «¿Cómo puede alguien nacer después de haber envejecido?» «¿Puede uno entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?»

Jesús respondió: «Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu. No os asombréis de que os diga: es necesario nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere, y oís su sonido, pero no sabéis de dónde viene ni a dónde va. Así sucede con todo el que nace del espíritu» (Juan 3:6-8). «Viento» y «espíritu» son traducciones de la misma palabra griega,

pneuma. La respuesta de Jesús afirma la importancia y la realidad de la experiencia espiritual: una relación sincera con Dios, como la que Jesús probablemente tuvo de niño. La respuesta de Jesús también reconoce los límites humanos de la experiencia espiritual.

A continuación, Jesús intentó llegar a Nicodemo por última vez. Habló de sí mismo como «el Hijo del Hombre» que había «descendido del cielo». El término «Hijo del Hombre» fue el misterioso título que Jesús eligió para referirse a sí mismo. Subraya la humanidad de Jesús; pero Jesús no era solo *un* humano, sino *el* humano. Aunque, si había descendido del cielo, también era más que humano. Lo que comunicó a Nicodemo en privado no lo proclamó todavía en su mensaje evangélico a las multitudes, y por buenas razones, como veremos en los dos primeros capítulos de la tercera parte.

Esta conversación no fructificó enseguida, pero al final Nicodemo sí ejerció la fe para protestar por la injusticia de que el Sanedrín juzgara a Jesús sin oírle, y después de la muerte de Jesús acompañó a José de Arimatea para preparar el cuerpo de Jesús y enterrarlo en el sepulcro (Juan 7:50-51, 19:38-42).

Creo que Jesús respondió a Nicodemo de una manera que estaba diseñada para ayudarle a darse cuenta de su pobreza espiritual, de su falta de experiencia en las realidades espirituales. Si hubiera pedido ayuda espiritual a Jesús, o hubiera cambiado de dirección y empezado a buscar a Dios de todo corazón, o hubiera llamado a la puerta del reino, por así decirlo, humildemente dispuesto a empezar una nueva vida en un nuevo nivel, Jesús le habría acogido en el acto.

A veces se interpreta que la enseñanza de Jesús sobre la necesidad de renacer exige una experiencia religiosa intensa, pero el crecimiento espiritual puede progresar de forma suave y gradual; podemos entrar en el reino de Dios (equivalente al reino de los cielos) sin sentir que se ha cruzado ningún umbral importante.

Sin embargo, nacer del espíritu implica comenzar una nueva vida como hijo de Dios. Esto requiere una apertura continua y humilde a la nueva verdad. Si decidimos cooperar, la religión del espíritu nos conducirá a nuevas formas de pensar, sentir y actuar.

Humilde, pobre de espíritu, seguro y feliz

Interpreto que la siguiente enseñanza de Jesús nos ayuda a entender la fe de un niño pequeño como una actitud de humildad. «Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:6 sustituyendo «felices» por «bienaventurados»). Ser pobre de espíritu no

puede significar carecer de amor propio o tener una mala actitud hacia uno mismo; no tendría sentido como requisito para entrar en la familia de Dios.

Creo que la frase «pobre de espíritu» significa «humilde». Esto implica reconocer nuestras necesidades de crecimiento. Las personas que buscan entrar en la familia de Dios necesitan diferenciar entre el Padre Creador y el hijo. La humildad también puede definirse por contraste. Su opuesto es la soberbia (en el sentido de presunción), la arrogancia o el desprecio por los demás; todo ello interfiere con las buenas relaciones en el reino de Dios.

Creo que la primera bienaventuranza de Jesús fue una enseñanza autobiográfica. Si es así, el Jesús humano reconoció sus necesidades de crecimiento; y estaba libre de orgullo, arrogancia y desprecio. Conocía la felicidad que brota de la humilde sencillez de relacionarse con el Padre como un niño pequeño.

Podemos encontrar complejidades en las enseñanzas de Jesús, pero lo que es más sorprendente es cómo vivió y enseñó el camino de la sencillez. Cuando empezamos a ver la sencillez en las diversas enseñanzas de Jesús sobre la salvación a diferentes personas y grupos, podemos preguntarnos: «¿Cómo puede ser esto tan sencillo?». La respuesta más sencilla de Jesús fue: «El Padre mismo os ama». «A vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Juan 16:27; Lucas 12:32). La entrada es gratuita para quienes tienen la fe de un niño, pero permanecer en el reino exige crecer.

Esta enseñanza de que el reino pertenece a los pobres de espíritu procede del sermón de la montaña de Jesús (Mateo 5:7). El Hijo del Hombre comenzó con una serie de promesas que suelen denominarse «bienaventuranzas» (Mateo 5:3-12). Este término viene de la palabra latina *beatitudo*, que significa «felicidad». La primera bienaventuranza promete felicidad a los pobres de espíritu y les da la seguridad de que el reino es suyo. El curso de Jesús sobre la felicidad espiritual tenía ocho promesas, cada una de las cuales aparece en este libro.

El don del reino de los cielos incluye la salvación que abarca el amor, el perdón y la transformación que comienza en la tierra y continúa en la vida eterna. Cuanto más percibimos el significado de esta familia del reino que hemos recibido y en la que hemos entrado, más agradecidos estamos, más nos damos cuenta de la bondad de Dios y más experimentamos la felicidad que Jesús prometió.

Siempre que somos pobres de espíritu, si reconocemos que estamos desalineados con el camino divino, y si movilizamos nuestra energía para volver a esta bienaventuranza, las cosas

cambian significativamente. Podemos abrirnos y recibir de nuevo, aunque sea por enésima vez, la seguridad de la fe y una felicidad relajante que nos restaura y me devuelve al camino.

Una cosa más. Si equiparamos la actitud de un niño pequeño con la humildad, se desprende una conclusión notable: no solo es *necesaria* esta actitud para entrar en la familia de Dios; también funciona como el único requisito, excepto para las personas que necesitan arrepentirse para experimentar la actitud salvadora de un niño pequeño.

El arrepentimiento, necesario para entrar en la familia

Zaqueo estaba perdido, justo el tipo de persona que atraía especialmente a Jesús. Las personas justas no necesitan arrepentirse (Lucas 15:7), pero muchas sí lo necesitan para formar parte de la familia de Dios por la fe (estrechamente relacionado con este tema está el capítulo 14 sobre la actitud de misericordia y las prácticas del perdón). La historia de Zaqueo demuestra el poder de la transformación espiritual para inspirar una gran decisión y acción (Lucas 19:1-10).

Zaqueo vivía al revés y necesitaba arrepentirse: dar la vuelta y decir SÍ a Dios con su vida. Como era el principal recaudador de impuestos de la región, su trabajo consistía en recaudar los impuestos opresivos exigidos por el Imperio romano; además, se había enriquecido enormemente cobrando de más a la gente. Los judíos de su región le habrían odiado.

Pero había oído hablar de Jesús, y cuando se enteró de que el famoso maestro iba a pasar por Jericó, salió a su encuentro. Pero era bajo de estatura y la multitud estaba ya en fila, de modo que no podía ver. Así que se adelantó corriendo y se subió a un sicomoro para poder ver a Jesús cuando pasara. Cuando Jesús vio a Zaqueo, lo llamó por su nombre y le dijo que tenía que quedarse con él en su casa.

Cuando la multitud le oyó, algunos criticaron a Jesús por quedarse con un pecador. Pero Zaqueo estaba tan lleno de ansiosa expectación que, cuando vio a Jesús y oyó lo que decía, eso desencadenó su fe. Después de bajar del árbol, respondió: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la daré a los pobres, y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces más».

Entonces Jesús describió este acontecimiento con la palabra «salvación» e hizo una importante declaración de su misión: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa... El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar a los perdidos». Una vez más, el Hijo del Hombre actúa de manera divina. Tradicionalmente, solo Dios es salvador, como había dicho el segundo Isaías, el profeta, en nombre de Dios: «No hay otro dios fuera de mí, Dios justo y salvador; no hay nadie fuera de mí. Volveos a mí y salvaos, todos los confines de la tierra». (45:21-22).

Para salvarse, Zaqueo tuvo el valor de acercarse a Jesús, enfrentarse a su gran debilidad y emprender una acción poderosa y generosa. Lo que Zaqueo tenía que hacer para entrar en la familia del reino era ejercer activamente una fe transformadora expresada en arrepentimiento.

A esta breve discusión sobre el arrepentimiento, yo añadiría un poco más. En primer lugar, el capítulo sobre la misericordia contiene una sección sobre el arrepentimiento. Concluye con la nota de que, una vez completado nuestro proceso de arrepentimiento, nuestro reto es desprendernos de los sentimientos de culpa y movilizar la fe en cooperación con la gracia transformadora de la misericordia divina.

Amplío la interpretación del arrepentimiento en la introducción del siguiente capítulo, donde examinamos la observación de Jesús de que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores. Interpreto que esto implica que no todo el mundo necesita arrepentirse antes de entrar en el reino.

Por último, toda persona que entra en la familia de la fe inicia una relación más directa y recta con Dios, lo que nos hace más conscientes de nuestra necesidad de crecer. Puede que no nos estemos arrepintiendo en el sentido normal, sino que estemos experimentando cierto *cambio de mentalidad*. Es interesante observar que *metanoia*, la palabra griega que suele traducirse como «arrepentimiento», significa literalmente «cambio de mentalidad». Tarde o temprano, nuestro propio extravío en acciones que van en contra de la voluntad de Dios hace que nos arrepintamos.

Cuando hablo de *la familia de la fe*, me refiero a personas de otras religiones, o de ninguna, en las que la fe en Dios (o un equivalente funcional) está viva y goza de buena salud.

Los brazos abiertos de Jesús

La canción evangélica de las Davis Sisters, «Doce puertas en la ciudad», proclama tres puertas al cielo en el este, el oeste, el norte y el sur (Apocalipsis 21:12). Esta celebración continúa la sorprendente apertura con la que Jesús introdujo a las personas en la familia de Dios despertando una fe viva en oyentes receptivos. No los inició en un sistema de teología: en lugar de eso, impartió una enseñanza directa junto con imágenes que evocaban la respuesta de toda la persona y daban una amplia latitud de interpretación; la puerta se abre a una humanidad diversa.

En el sermón de la montaña (Mateo 5:7) se encuentran promesas más abiertas. «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá la puerta» (Mateo 7:7). En mi opinión, estas

garantías se dan a quienes están humildemente abiertos, receptivos y activos. Pedir, buscar y llamar tienen sentido en el contexto de entrar y crecer en el reino de Dios.

Nótese que el mensaje de Jesús se centraba en Dios. Con Nicodemo insinuó su divinidad, pero nunca exigió que la gente creyera en él o creyera nada sobre él como parte del precio para entrar en el reino y obtener la salvación (la excepción importante se trata en la tercera parte III, capítulo 17, en la sección sobre cuándo la salvación para los enemigos del reino requiere creer en la divinidad de Jesús).

Una fe viva, receptiva y activa

El misterio rodea la obra del espíritu de Dios en nuestra mente; y es incierto cómo determina el cielo cuándo se produce nuestro nacimiento espiritual, pero creo que podemos entender algo de lo que ocurre.

Concibo la fe viva como un ciclo interminable de dos fases. La primera es *receptiva*. Los padres, los amigos y los desconocidos, las redes sociales, los problemas personales o la búsqueda inquieta pueden incitarnos a encontrar a Dios. Todo tipo de factores pueden cooperar con la silenciosa obra de la gracia de Dios en la mente.

Llega el momento en que vemos y oímos a una persona llena de fe; o leemos, reflexionamos u oramos. Una verdad espiritual entra en la mente y el espíritu de Dios la ilumina para que la mente *reconozca intuitivamente su verdad*. *Nos toca antes de que tengamos la oportunidad de dudar o rechazarla*. Más tarde, nuestra confianza puede flaquear. Podemos optar por desarraigarla, pero al menos durante un tiempo estamos *en sincronía con el espíritu*.

Cuando recibimos una información espiritual, podemos detenernos a reflexionar sobre su significado y dejar que se asiente y arraigue. Por ejemplo, podemos recibir el reino de Dios en el sentido de recibir nuestra nueva identidad primaria: miembro de la familia de Dios.

Pero para completar el proceso de hacer verdaderamente nuestro el don de Dios, tenemos que actuar en consecuencia. Esto puede suceder pasando a la fase *activa* de la fe viva. *Entramos en* la familia de Dios empezando a relacionarnos a partir de nuestra nueva identidad.

La relación entre la salvación y la fe queda clara en la enseñanza, tantas veces repetida, de que «por gracia sois salvos por medio de la fe» (Efesios 2:8). Esto significa que la fe salvadora es un don de Dios, no es algo que podamos ganar con lo que hacemos.

La fe dada por Dios viene acompañada de un poder insospechado. La fe activa nos permite hacer que la verdad forme parte de nosotros mismos y permite que el espíritu divino

haga el bien a través de nosotros. El ejercicio de la fe desarrolla una mayor capacidad de receptividad y un mayor poder de acción.

Cuando Jesús tuvo ocasión de criticar a algunos de sus seguidores diciéndoles «hombres de poca fe», no se estaba quejando de que Dios no les hubiera dado la suficiente (Mateo 6:30, 8:26, 16:8, 17:20; Marcos 9:22-23); más bien les estaba diciendo que no estaban usando el poder de su don. Cuando decía a una persona: «Tu fe te ha curado» no estaba negando su propio poder curativo, sino subrayando el papel esencial de la fe de la otra persona (Marcos 5:34; Lucas 17:19). Actuar por fe completa el circuito del dar divino y el recibir humano.

La fe de Jesús era receptiva y activa. Solo la fe receptiva y activa es fe viva. Solo la fe viva es fe salvadora. Y la fe viva es fe creciente.

Evitar el agobio

Al observar a Jesús interactuando con los demás, vemos que normalmente daba la verdad en pequeños paquetes. De ese modo, sus interlocutores y oyentes tenían la oportunidad de poner en práctica sus enseñanzas y volver a por más. Sin embargo, en este libro, muchos capítulos son paquetes grandes con mucho en qué pensar. En especial si intentamos leer rápidamente, incluso un paquete pequeño puede convertirse en una pesada carga. Nuestra receptividad disminuye y somos menos capaces de entrar en la felicidad de Jesús, que proviene simplemente de la seguridad de ser acogido como hijo en la familia de Dios.

A los problemas de querer comprender de prisa y crecer demasiado deprisa, el Hijo del hombre responde: «Venid a mí todos los que estáis cansados y lleváis pesadas cargas, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera» (Mateo 11:28-30).

Creo que esta parábola de las cargas pesadas y el yugo ligero es otra enseñanza autobiográfica que revela lo que Jesús descubrió en el trabajo en equipo con Dios. Si nos afanamos en una o varias tareas grandes, puede que nos sintamos como un buey que lleva un yugo pesado, tirando a solas de un arado a través de un terreno seco, duro y pedregoso. Si es así, necesitamos cambiar este yugo por otro del que puedan tirar juntos dos trabajadores. Jesús no solo nos da una agenda (la voluntad de Dios) que es manejable: la compañía de Jesús también aporta nuevas energías y un descanso refrescante para el alma.

Reflexionar en el tiempo libre sobre las ideas de este capítulo

La experiencia de estar unidos en yugo con Jesús es gozosa. Cuanta más alegría encontremos al conocerle y entender sus enseñanzas, más fácilmente avanzará nuestra transformación. Veamos algunos ejemplos.

El concepto de Jesús de la fe de un niño pequeño se expresa de forma más directa en su enseñanza de que solo podemos recibir y entrar activamente en el reino de Dios «como un niño pequeño». Este recibir y entrar también puede ocurrir a cualquier edad. Jesús estaba señalando una ilustración humana de una verdad espiritual: en la fe y la confianza, un niño pequeño busca y recibe la seguridad del Padre. Muchas personas necesitan urgentemente esta alegría porque están ansiosas y necesitan seguridad sobre su salvación. La fe receptiva, con los brazos en alto, «esperando en el Señor» (Isaías 40:31), nos permite recibir la seguridad gozosa que necesitamos y comenzar el proceso de la fe viva, que se relaciona activamente como parte de la familia de Dios.

En el siguiente ejemplo, puede que necesitemos aventurarnos más para conseguir alegría. El renacimiento espiritual lo considero equivalente a entrar en el reino de Dios. Nicodemo ilustró el hecho de que esto no puede ocurrir si nuestra receptividad espiritual es muy limitada.

Jesús utilizó la imagen del viento para describir el misterio de la imprevisible entrada y salida del espíritu (Juan 3:8). Cuando se produce esta experiencia, queremos vivir siempre en ese nivel de bendición. Cuando la experiencia se va, es natural sentirse decepcionado. No podemos vivir constantemente en el nivel de nuestros ideales más elevados; el Creador nos ha diseñado para acercarnos a nuestros ideales mediante un crecimiento gradual.

No obstante, a medida que progresamos, vivimos en nuestro mejor momento más a menudo y durante periodos de tiempo más largos; y nuestro mejor momento es cada vez mejor. Estamos en el camino de permanecer en contacto con Dios todo el tiempo. Jesús aprendió a responder a la decepción abrazando el plan del Creador, que prevé un crecimiento holístico y unificado. Ser pacientes con nuestro crecimiento nos ayuda a entrar en la alegría de Jesús.

Si somos humildemente conscientes de nuestra necesidad de crecimiento espiritual en nuestras relaciones con Dios y con los demás, creo que somos lo que Jesús llamó «pobres en espíritu». Solo sobre esta base entramos en la familia del reino de Dios. La alegría de Jesús impregna la felicidad que prometió en cada una de las bienaventuranzas. Cuanto más descubrimos las bendiciones de ser hijos de Dios, más experimentamos la felicidad que Jesús prometió.

Jesús dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:32). Ser liberado de lo que nos impedía entrar o progresar en la familia de Dios es inherentemente gozoso. También necesitamos pedir, buscar y llamar (Mateo 7:7); son pasos humanos en el ciclo interminable de la fe receptiva y activa.

El renacimiento espiritual es un hito en el camino de la fe viva. Y la fe viva es un don de Dios que nos permite recibir y reconocer la verdad espiritual, y actuar en consecuencia. Las fases receptiva y activa de la fe viva conducen y siguen al renacimiento espiritual. La fe viene con poder, pero tanto si entramos en el reino de Dios de forma dramática y repentina como si apenas notamos ningún cambio significativo, el renacimiento espiritual impulsa un nuevo y más elevado nivel espiritual de vida.

También vimos el triunfo moral y espiritual del Zaqueo arrepentido. Es raro que un gran paso de crecimiento se produzca de repente. Si nos comparamos con él, podríamos pensar: «Yo nunca podría hacer lo que él hizo». Pero lo que Zaqueo aprovechó es el poder del mismo Dios que vive en cada uno de nosotros. Podemos alegrarnos de lo que Zaqueo hizo por él y a través de él. Nuestra fe viene también con un poder insospechado; y si usamos este poder al hacer la voluntad de nuestro Padre, seremos cada vez más capaces de invocarlo en medio de una situación desafiante.

Todas las bendiciones que podríamos contar en el capítulo anterior son posibles porque, como dijo Jesús, «el Padre mismo os ama» (Juan 16:27). Si, como yo creo, Dios *es* amor (1 Juan 4:16), entonces el amor es tan central, tan omnipresente y dominante en Dios que todo lo que hace nuestro Padre expresa amor, al igual que todas las cualidades que discernimos en Dios. Recibir el amor divino y darlo a los demás es una de las mayores alegrías. La acogida generosa de Jesús a la familia de Dios es nuestra introducción a la bondad de Dios.

Así, de diversas maneras, con franqueza y sencillez, Jesús proclamó la salvación como un don gratuito para aquellos cuya fe receptiva y activa señala una verdadera disposición a recibir el don.

A medida que adquirimos experiencia con la verdad divina y, en particular, con las verdades de este capítulo, aprendemos a vivirlas y llegamos a percibir cuál es la que requiere una situación concreta: en otras palabras, cuál es la voluntad de Dios. ¿Es tiempo de receptividad o de acción? ¿Damos una feliz bienvenida a la familia de Dios o planteamos discretamente una pregunta con implicaciones para el arrepentimiento? ¿Necesita alguien un

estímulo para seguir buscando o para llamar con confianza a la puerta que está lista para ser abierta?

Nota: cada vez que vivimos verdaderamente el espíritu de cualquiera de las enseñanzas del mensaje salvífico de Jesús, en este capítulo o en cualquier otro, durante cualquier período de tiempo, no solo nos estamos *pareciendo a él, sino que estamos* siendo *como él.* La excepción es que Jesús nunca tuvo ocasión de arrepentirse.

Después de entrar en la familia de Dios, ¿qué sigue? *El niño crece para ser como el Padre.* La fe de un niño facilita la entrada en la familia de Dios, pero permanecer en ella requiere un crecimiento natural y paciente. Para superar las pruebas y los intentos que forman parte de la vida seguimos necesitando esta misma fe infantil, viva y creciente.

En todas estas aventuras, el espíritu interior de Dios (tema del próximo capítulo) desempeña un papel importante que a menudo se pasa por alto. Jesús comparó el reino de los cielos con «un tesoro escondido en el campo» (Mateo 13:44). Veamos qué tesoro podemos encontrar para nosotros y para los demás.

Preguntas e invitaciones

- Elige una de las enseñanzas destacadas en este capítulo que te haya impactado especialmente. ¿Qué sentimientos te suscita? ¿Qué piensas al respecto? Comentarlo con otras personas multiplicará tus descubrimientos.
- ¿Encontraste en este capítulo algo que desees en tu vida? ¿De qué manera podrías incorporar esta enseñanza a tu vida? Combina una comprensión realista de la situación que necesitas cambiar con una visión más elevada de lo que necesitas para lograrlo. Una, dos o tres acciones clave pueden bastar para dar los pasos humanos que catalicen lo que debe suceder.

4

¿Qué quiso decir Jesús cuando dijo «el reino de Dios está dentro de vosotros»?

Cuando el mundo parece una locura y la vida parece agitada, existe una alternativa divina: vivir de un modo cada vez más centrado en lo que innumerables personas han descubierto. Suelo llamarlo «la maravilla interior»; se trata de una idea atractiva para muchas personas que no creen en Dios. La realidad del espíritu de Dios dentro de cada persona es también una de las verdades más ampliamente compartidas entre las religiones del mundo.[9] Las interpretaciones difieren, pero también se solapan. En el concepto que Jesús tiene del reino de Dios, se trata de una enseñanza esencial.

La idea del espíritu interior de Dios se encuentra en las escrituras hebreas. «El espíritu del hombre es la vela del Señor, que escudriña todo el interior de su ser» (Proverbios 20:27 KJ21). La presencia espiritual de Dios conoce íntimamente nuestros pensamientos y sentimientos, conscientes e inconscientes. Hablando en nombre de Dios, el profeta Ezequiel dijo: «Un corazón nuevo os daré, y un espíritu nuevo pondré dentro de vosotros» (Ezequiel 36:26).

Jesús comparó el reino de Dios con un tesoro escondido en un campo (Mateo 13:44). También enseñó que el reino de Dios estaba en el interior, una sorprendente ampliación del concepto popular del reino (Lucas 17:20-21). En las siguientes secciones de este capítulo, examinaremos primero el contexto de esta enseñanza de Jesús. Luego consideraremos el espíritu interior como revelación de Dios como Amigo único. Este don de la presencia de Dios desempeña un papel en los dos tipos de experiencias espirituales: las más ordinarias y las más

memorables. Escuchamos el relato de una experiencia inolvidable, compartida por un alumno que la grabó mientras se desarrollaba en clase.

Jesús aclaró verdades sobre el espíritu interior

En la Palestina del siglo I, la gente pensaba en el reino de Dios principalmente en términos de cambio histórico revolucionario. Es comprensible que algunos fariseos intentaran avergonzar a Jesús preguntándole: «¿Cuándo vendrá el reino de Dios?». Imagínense su sorpresa cuando les contestó: «El reino de Dios no viene con cosas que se puedan observar; ni dirán: "Mirad, aquí está" o "ahí está". Porque el Reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17, 20-21).

Los fariseos preguntaban *cuándo*, pero Jesús sabía lo que realmente necesitaban: darse cuenta de *dónde* podían encontrarlo sin tener que esperar. Podría haber dicho: «El reino ya está cerca: vean a nuestro grupo proclamando el mensaje entre ustedes». Habría sido verdad, pero Jesús señaló algo que no se puede observar. El espíritu no es perceptible por los sentidos; tampoco es un producto de la mente. El espíritu trasciende tanto la materia como la mente, por eso la mayoría de las veces no somos conscientes de él y por eso tanta gente vive como si no existiera.

Cabe destacar que estos fariseos no tenían que ser seguidores de Jesús para tener el espíritu del Padre dentro de ellos. Además, a pesar de que se habían desviado mucho del camino, una vez que el espíritu había llegado, se quedó con ellos. Dios ha tomado residencia permanente en ti durante esta vida y la siguiente, si sobrevives.

Alguien podría preguntarse sobre mi interpretación y plantear esta objeción. El día de Pentecostés, después de haber subido al cielo, Jesús derramó sobre todas las personas su Espíritu de la Verdad, el Consolador, también conocido como Espíritu Santo. Pero nada se dijo del espíritu del Padre. Yo respondo que antes, durante y después de su vida en esta tierra, Jesús y el Padre estaban tan íntimamente asociados que Jesús pudo decir: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10:30). ¿Tiene sentido que el Padre se separara entonces del Espíritu de la Verdad y lo dejara solo en la tierra para trabajar por el reino? Si estoy en lo cierto acerca del espíritu de Dios dentro de nosotros, este concepto ayuda a que las piezas del rompecabezas de la vida y las enseñanzas de Jesús encajen de manera significativa y alentadora.

Jesús comparó el reino de Dios con «un tesoro escondido en un campo, que un hombre encuentra y vuelve a enterrar; entonces, gozoso, va, vende todo lo que tiene y compra aquel

campo» (Mateo 13:44). Venderlo todo simboliza el compromiso total de encontrar el tesoro una y otra vez hasta hacerlo plenamente nuestro.

Es natural preguntarse cómo encontrar el tesoro interior. Jesús no proporcionó una hoja de ruta; no hay instrucciones para la respiración consciente o para reservar 20 minutos dos veces al día para cerrar los ojos, respirar con atención y aceptar la presencia y la actividad del espíritu interior. No hay una sola hoja de ruta que se adapte al viaje interior de todos. Por el contrario, Jesús nos dijo *dónde* buscar (dentro) y prometió: «Buscad y encontraréis» (Mateo 7:7). La invitación a buscar puede despertar la curiosidad y el espíritu de aventura. El modo de enseñar de Jesús conduce a los oyentes receptivos a los brazos del espíritu divino.

El concepto de reino implica que Dios gobierna o reina en la humanidad, hasta cierto punto ahora y finalmente en la plenitud celestial. El reino de Dios no es un gobierno exterior, militar y político, sino que Dios domina cada vez más en nuestros corazones. Para que el tesoro del reino que llevamos dentro sea verdaderamente nuestro, debemos disfrutar, con fe receptiva, de la presencia del espíritu de Dios; entonces, la fe activa toma las decisiones y lleva a cabo las acciones que conducen al crecimiento. La influencia de la presencia de Dios en nuestros corazones se hace más dominante a través del proceso de recibir amor y bondad de nuestro Padre divino, y luego se pasan estas bendiciones a los demás. De este modo, nos parecemos cada vez más a Dios.

Dios como amigo

En el mundo antiguo, como ahora, era importante tener amigos. La Biblia hebrea habla de los verdaderos amigos en el Libro de Rut y de los amigos desleales en el Libro de Job. El Libro de los Proverbios dice: «Un amigo verdadero está más cerca de uno que un hermano», y «El que ama la pureza de corazón, y cuya palabra es amable, tendrá al rey como amigo» (18:24 NRSVUE y 22:11 RSV). Podríamos decir que esta sección trata de tener a Dios como amigo número uno en su reino.

Jesús solía hablar de amigos en sus enseñanzas y llamaba «amigos» a las personas en una gran variedad de situaciones. He aquí un ejemplo. El Hijo del Hombre fue acusado de ser amigo de recaudadores de impuestos y pecadores (Mateo 11:19). Habló con ánimo a una multitud: «Amigos míos, no temáis a los que matan el cuerpo y después ya no pueden haceros daño» (Lucas 12:4). Y nos llamará amigos en un sentido especial de cercanía si hacemos lo que nos manda (Juan 13-15). Cuando Jesús llamaba a alguien «amigo», estaba expresando el amor

más sincero por la otra persona y su fe en ella. Los que eran receptivos habrían sentido la bendición de la amistad del Maestro derramándose en ellos.

Si, como yo creo, Jesús reveló a Dios en su vida y en sus enseñanzas, su frecuente uso de la palabra «amigo» hace razonable que consideremos al gran y poderoso Creador como nuestro amigo. Podemos desarrollar la amistad con Dios en gran medida gracias al espíritu interior, que nos ayuda a todos a conocer a Dios en nuestra experiencia personal. Pero para encontrar a Dios (un proceso que no tiene fin a la vista), cuanto más sincera, incondicional y persistentemente busquemos, nuestra búsqueda tendrá una mayor recompensa.

El espíritu divino interior es una fuente de:

- Bondad y lealtad
- Energía y potencia
- Intuición y perspicacia
- Alegría y libertad
- Amor y perdón
- Creatividad e inspiración
- Paz y descanso
- Sentido, propósito y orientación en la vida

y mucho más.

Este amigo leal y compañero constante es un gran oyente; siempre nos apoya alentando lo mejor de nosotros. Es un sabio consejero en cada lucha, y también alguien con quien podemos relajarnos y disfrutar. Por respeto a nuestro libre albedrío, esta presencia nunca interfiere cuando no es deseada, ni nos fuerza a nada ni nos manipula contra nuestra voluntad.

A veces, es necesario que la fe viva rompa la barrera entre la espesura de la mente humana y la divinidad del espíritu, pero alcanzar la conexión es mutuo. Es como dos equipos que hacen un túnel a través de una montaña trabajando desde lados opuestos y que se encuentran en el medio, salvo que el espíritu está de *nuestro* lado, animándonos y ayudándonos en cada paso del camino.

Si deseamos experimentar el amor de nuestro Padre por nosotros, podemos recurrir al don del espíritu de Dios, nuestro «te quiero» personal. Si queremos dar este amor a los demás, la Fuente inagotable está aquí. Si buscamos conocer la voluntad de Dios, no está lejos. Si

queremos apoyo en los desafíos de la vida, tenemos un amigo cuya atención es constante y cuyo poder nunca disminuye.

Si consentimos y cooperamos, el espíritu divino puede hacer mucho más por nosotros, con nosotros y a través de nosotros. De este modo, *como el Jesús humano, empezamos a revelar a Dios*. Cuando la cooperación con el espíritu de Dios se convierte en una parte establecida de nuestro carácter, es la coronación del mensaje del reino de Jesús para un individuo.

Dos tipos de experiencia espiritual

Algunas personas consideran que las experiencias espirituales son inusuales e impresionantes. Yo utilizo el término en un sentido más amplio. No necesitamos una visión revolucionaria ni experiencias religiosas emocionalmente poderosas para ser conscientes de la acción del espíritu divino. Hay un hermoso tipo de experiencia espiritual que encaja su suave elevación en el contexto de la vida cotidiana. Si continuamos desarrollando nuestro ir y venir de interacción con el espíritu divino, esto es todo lo que necesitamos.

Ya que hablamos de terminología, me gustaría mencionar otro término. A veces hablo de experiencias «espirituales y religiosas». He utilizado el término «religión» varias veces. Para mis propósitos en este libro, utilizo una definición mínima. Con el término «religioso» me refiero simplemente a que la experiencia nos pone en un contacto más estrecho con Dios. Y añadiría: Dios o un equivalente funcional, por ejemplo, Krishna en el hinduismo y Amida Buda en el budismo. En mi opinión, una experiencia religiosa necesita ser espiritual para ser auténtica; una experiencia espiritual necesita la creencia religiosa para ser bien entendida.

Mi curso de religiones del mundo empezaba con el hinduismo y su concepto del espíritu interior (el *atman*, que «traduzco» como «yo espiritual eterno»). Yo animaba a los alumnos a modificar ese concepto como quisieran para convertirlo en algo con lo que se sintieran cómodos a la hora de ponerlo en práctica. La mayoría eligió la oración centrada o la respiración consciente para entrar en contacto con su maravilloso interior.[10] Al cabo de unas semanas, algunos de ellos empezaron a decir que experimentaban nuevos niveles de calma, por poner el ejemplo más común. Yo diría que lo que llamo experiencia espiritual puede explicarse desde el punto de vista de la neurociencia, la psicología social, la religión o todo lo anterior en diversos grados (mi elección).

Existe un *espectro continuo* que va desde las experiencias espirituales que apenas percibimos hasta las que seguirán irradiando su influencia con gran prominencia durante el resto de nuestra vida.

Experiencias espirituales variadas

Utilizo el término «variadas» para referirme a experiencias espirituales comunes que logran cosas esenciales. Por ejemplo:

- Disfrutamos haciendo el bien a los demás de forma desinteresada.
- Sentimos un énfasis interior en una verdad espiritual que estamos leyendo o escuchando.
- Sentimos que nuestra oración ha sido o está siendo escuchada.
- Nos sentimos divinamente amados.
- Nos sentimos bien al tomar una decisión importante.
- Descubrimos que nuestra práctica de adoración cambia a una marcha superior.
- Percibimos que no estamos solos en las dificultades de la vida.

Por supuesto, hay más tipos de ejemplos. En la sección sobre discernimiento del capítulo 8 trataremos la cuestión de cómo descubrir las experiencias espirituales auténticas, diferenciándolas de las experiencias autogeneradas.

Experiencias espirituales para gustar y ver

Los seres humanos tienen la capacidad, dada por Dios, de reconocer el espíritu divino de una forma parecida a la percepción sensorial. Consideremos la exhortación del salmista: «Gustad y ved que el Señor es bueno» (Salmo 34:8). El salmista no solo nos invita a experimentar la bondad divina, sino también a reconocer a Dios. Se utiliza el lenguaje de la sensación porque podemos percibir el espíritu divino en un sentido muy real. Cuando hablo de experiencias de gustar y ver, me refiero a experiencias espirituales que son más vívidas y memorables que las experiencias variadas.

Para simplificar, aprendí la alegría del servicio por amor de dos maneras. Según recuerdo, la primera fue durante mis años de escuela primaria, cuando mi padre nos movilizó a

mí y a mis hermanos para que le acompañáramos y rastrilláramos hojas para amigos y vecinos. Cuando hice este servicio, me encantó enseguida.

La segunda vía surgió mientras trabajaba en este capítulo. El servicio por amor se había convertido en un ideal, una meta, un deber; y yo sabía que tenía una deficiencia en esta área. Una mañana decidí mejorar mi amor por el servicio y creé algunos pasos que puse en práctica de inmediato. Lo que se convertirá en el servicio amoroso variado era hoy un triunfo del gustar y ver. Incluso puedo imaginarme a Jesús trazando sus propios logros en esta área a través de una lista parecida a la mía.

Puesto que Dios es amor, su presencia espiritual también lo es. Podemos formar la intención sincera de aprender a volvernos hacia nuestro interior y experimentar el amor que está ahí para nosotros todo el tiempo. Cuando esa experiencia se establece, formamos la intención de tomar ese amor y devolverlo a nuestro espíritu interior. Inicialmente, hacemos esto en el corazón sin hacer ninguna acción externa al mismo tiempo. Luego formamos la intención de hacer algo exterior simple para nuestro regalo espiritual de Dios. A continuación, empezamos a expresar este amor haciendo algo por otra persona.

Por supuesto, con cada nuevo paso de amor, se necesita práctica para que se formen hábitos. Pero una vez que hemos comenzado el proceso de aprendizaje, empezamos a darnos cuenta más rápidamente de cuándo nos salimos del servicio por amor. La siguiente tarea es encontrar formas de responder a estos acontecimientos que nos permitan volver al buen camino mientras aprendemos a permanecer en el amor de nuestro Padre.

La experiencia de gustar y ver de un estudiante

Pasemos ahora a una experiencia espiritual de gran energía. Una alumna de una clase de religiones del mundo estaba escribiendo durante la clase, como supuse, tomando apuntes. Más tarde descubrí que estaba escribiendo un poema en el que describía una experiencia que estaba teniendo. En su trabajo, incluyó el poema y lo introdujo de esta manera:

> Mi concepto para este trabajo es vivir como si el reino de los cielos estuviera dentro de nosotros, como predicó Jesús. Este concepto se basa en el concepto de familia universal que trabajamos el semestre pasado. También aborda una de mis principales preocupaciones sobre la religión en la actualidad: la desconexión con Dios/el espíritu que habita en nosotros. Espero que, al vivir de este modo, no solo adquiera una visión

más profunda de mis propias necesidades espirituales, sino también una mayor comprensión de Dios.

¿Cómo se puede vivir de esta manera? Sinceramente, no estoy segura, pero tengo mis ideas. Este concepto se asentó en el proyecto de familia universal del semestre pasado. Tratar a la gente como a un hermano refleja la regla de oro. Sin embargo, esta no es la única parte del reino de los cielos. Creo que el aspecto más importante, al menos para mí, es el respeto a uno mismo. Hay que tener respeto por el espíritu/alma que habita en el cuerpo. No debemos reprocharnos nuestros errores, sino pedir perdón. Y lo que es más importante: no debemos hacernos sentir inferiores, porque merecemos ser respetados por nosotros mismos, por el espíritu que tenemos. Esto no significa en absoluto que debamos jactarnos o ser orgullosos. La humildad es muy importante para vivir el reino de los cielos. El amor propio y la humildad pueden convivir en armonía, pero ninguno de los dos puede volverse extremo: eso desequilibraría el espíritu.

No sé cómo va a funcionar este concepto. Había estado luchando con un tema. Nada parecía tocarme la fibra sensible. Entonces usted me asignó este trabajo, y no sé si fue una cuestión de tiempo o simplemente el momento adecuado para que me viniera a la mente un concepto. Desgraciadamente, me vino justo en medio de la clase. Tenía miedo de cerrar la compuerta que se había abierto, así que escribí. Espero que perdone el desliz. Le agradecería cualquier idea o sugerencia que tenga sobre este tema, o si cree que merece la pena.

La luz se encendió,
Tan brillante.

Ardía con fuerza,
Solo durante unos minutos.

La luz se hizo demasiado brillante,
Y se quemó.

La bombilla estalló,

Y envió fragmentos de cristal por todas partes.

Mi idea
Que ardía tan brillantemente,
Se ha ido.

Ahora me siento,
Intentando recoger los fragmentos,
Y recomponer mi idea.

La humilde sinceridad de esta estudiante, su elevado objetivo en el proyecto y su búsqueda sostenida la prepararon para esta gloriosa experiencia de gustar y ver. Podemos recibir tales dones como reveladores de realidades espirituales y alentadores de la fe de los individuos que los reciben y de otros que aprenden de ellos.

La forma en que terminó su experiencia fue comprensiblemente perturbadora. Con toda gratitud por su amable disposición a permitirme compartir este escrito espontáneo, me gustaría ofrecer un pensamiento que no se me ocurrió en ese momento. Algo eterno ha sido revelado, hasta un máximo después del cual no se podía añadir más de lo que ella podía recibir en ese momento. De ahí la «explosión». Por suerte, conservamos tales experiencias en la memoria y pueden seguir enriqueciéndonos.

Resumen y transición

Todo tipo de personas en todo el mundo han descubierto una maravilla extraordinaria, a menudo identificada como el espíritu de Dios en su interior. Jesús dijo: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas 17.20). Jesús no dio instrucciones sobre cómo encontrar el reino interior; en el viaje interior de descubrimiento, cada persona tiene una aventura única en el desarrollo de una amistad más estrecha con el espíritu. En gran parte gracias a la presencia de este don, podemos conocer a Dios como amigo. El espíritu interior desempeña un papel importante en nuestras experiencias espirituales. Algunas de ellas son del tipo ordinario variado, como sentirse bien después de la adoración, tomar una buena decisión o hacer el bien a los demás de forma desinteresada. Las experiencias memorables las llamo experiencias de «gustar y ver» por el Salmo 34, donde leemos: «Gustad y ved que el Señor es bueno». Nuestros sentidos

físicos no pueden percibir el espíritu ni reconocer a Dios, pero nuestro yo más profundo, el alma, puede hacer estas cosas, como quedó ilustrado en el informe de la experiencia del estudiante.

Al crecer con Jesús, al centrarnos en Dios, cuyo espíritu vive en nosotros, *empezamos a vivir de un modo que permite que el espíritu de Dios viva a través de nosotros. Así es como revelamos a Dios.*

La vida de Jesús no fue una búsqueda obsesiva de niveles cada vez más altos de experiencia extraordinaria, ni una retirada de los retos de su lugar y su tiempo. Estaba bien integrado y sabiamente equilibrado. Para mí, la sabiduría del equilibrio queda ilustrada por los innumerables jóvenes que se han reunido en retiros, se han sentado alrededor de hogueras y se han unido a la canción que comienza: «Esta lucecita mía, voy a dejarla brillar». Con sonrisas en su rostro y amor en su corazón, expresan una fe y un compromiso compartidos de forma desinteresada, sin preocuparse por el nivel de experiencia espiritual de nadie.

Ahora podemos apreciar lo que está naciendo a medida que aprendemos el servicio por amor de la manera más sencilla (descubriendo el amor mientras servimos) y, hasta cierto punto quizás, a través de una serie de pasos. Todos los esfuerzos en esta dirección florecerán en vivir la voluntad de Dios, en los caminos de la rectitud que se desarrollarán en los próximos tres capítulos.

Desde su infancia, Jesús equilibró su vida adquiriendo un magnífico arraigo en este mundo. Adquirió, y siguió ampliando, su excelente conocimiento de la naturaleza y de las gentes de la tierra.

En el capítulo siguiente, presento a Jesús como una inspiración para que integremos la religión y la ciencia en la vida cotidiana.

Preguntas e invitaciones

1. ¿Has descubierto todo lo maravilloso que llevas dentro? ¿Cómo lo interpretas? ¿Qué tipo de experiencias le asocias? Cuando quieres ponerte en contacto con lo maravilloso, ¿qué haces?
2. Imagina cosas que podrías hacer para que tu mente se convirtiera en un lugar más hospitalario para el espíritu de Dios que hay en ti (como quiera que interpretes esta idea).

3. Si dedicaras un tiempo diario durante un mes aproximadamente a desarrollar tu amistad con el espíritu divino (o con Dios), ¿qué harías?
4. ¿Qué puedes hacer ahora mismo para empezar? Inténtalo.

5

¿Cómo desarrolló y utilizó Jesús los conocimientos científicos?

Muchos factores contribuyen a moldearnos: los genes, el entorno biológico y social, la experiencia de la primera infancia y las decisiones de nuestro libre albedrío. Y tras la liberación que supone nacer del espíritu, el efecto de nuestras decisiones es mucho mayor. Las decisiones inteligentes y sabias pueden integrar la creciente conciencia de las realidades espirituales y celestiales con el conocimiento de las cosas materiales y terrenales.

Este capítulo nos sitúa en el conocimiento realista. Comenzamos con algunas ideas sobre el desarrollo cognitivo temprano de Jesús y continuamos exponiendo las cualidades que hacen de él un científico premoderno. A continuación, examinamos algunos ejemplos de sus excelentes conocimientos en diversos campos: psicología, sociología, ciencias políticas, historia e interpretación de textos. Por último, consideramos cómo se puede aplicar la ciencia en la vida cotidiana en Jesús y en nosotros mismos. Comenzamos a comprender cómo la vida científica y la vida espiritual van de la mano.

El desarrollo cognitivo temprano de Jesús

De niños (y como tantos animales), experimentamos una curiosidad natural por el mundo que nos rodea. Durante el primer año de vida, aprendemos a ver y oír cosas. Luego empezamos a desarrollar el lenguaje y las capacidades cognitivas. Durante el resto de nuestra vida, en el cerebro y la mente, estas capacidades se entrelazan con la vida emocional y social. Para tener un desarrollo normal en la primera infancia, es importante interactuar con adultos fiables y afectuosos y con otros niños. Crece la empatía y luego la capacidad de considerar una situación desde la perspectiva de otra persona; la regla de oro está en el horizonte. Disfrutamos del juego, del humor y de los inicios de la creatividad artística. A mi modo de ver, una vez que empezamos a ejercitar las capacidades morales y espirituales, empezamos a actualizar todos los potenciales humanos básicos; crecemos como personas completas.[11]

Así, el conocimiento que Jesús tenía de la naturaleza se habría desarrollado en el contexto más amplio de su vida en general. Me lo imagino llegando a conocer plantas cultivadas y silvestres; gallinas, cabras, ovejas y algunos animales salvajes; y desiertos y montañas salvajes.

Cuando somos niños, exploramos y descubrimos cómo funcionan las cosas. Incluso antes de conocer las palabras «causa y efecto» encontramos conexiones que dan sentido al mundo material. También aprendemos sobre el mundo social, incluidas nuestras propias reacciones ante él.

Al principio, nuestro conocimiento de las cosas y las personas se centra sobre todo en hechos concretos. Este conocimiento procede de la experiencia del niño curioso y continúa en la vida adulta. Experimentamos la satisfacción de indagar y obtener una visión intuitiva, comprobar personalmente y establecer con cuidado algún hecho que nos importa. Si es controvertido, es probable que nos importe a nosotros y también a los demás. A medida que crecemos, nuestros conocimientos se vuelven más amplios, mejor organizados y más científicos.

Jesús, el científico

A medida que el Jesús humano crecía, su fe en el Creador probablemente le habría llevado a darse cuenta de que las regularidades naturales (y lo que llamamos leyes de la naturaleza) tienen mucho que ver con el control que el Creador ejerce sobre el mundo natural. En otras palabras: el Creador hace posible la ciencia, nos invita a descubrir sus caminos en la naturaleza y, en general, recompensa a los humanos que adquieren conocimientos científicos si los utilizan para el bien.

Necesitamos el conocimiento para funcionar con eficacia, amar a las personas con inteligencia y servir con utilidad. El conocimiento científico nos permite saber algo de la forma en que el Creador ha diseñado el universo.

El Jesús humano podría haber tenido diversas formas de adquirir conocimientos científicos. A poco más de seis kilómetros de Nazaret estaba Séforis, capital provincial del Imperio romano y centro urbano de la cultura helenística. Estaba repleta de proyectos de construcción que podrían haber ofrecido empleo a José y quizá también a Jesús. Séforis se encontraba en la principal ruta de caravanas este-oeste, por la que transitaban gentes de civilizaciones del mundo antiguo en las que empezaban a surgir las ciencias.[12] Alguien que se interesara por el mundo y sus gentes podría haber aprendido todo tipo de cosas de los viajeros que se detuvieran cerca.

China había desarrollado la medicina herbaria y un sinfín de avances tecnológicos, y se había abierto la vía para el comercio que conectaba China con el suroeste de Asia. Los babilonios habían compilado observaciones precisas en astronomía. Los egipcios habían alcanzado logros extraordinarios en arquitectura. Los griegos habían iniciado la física matemática y llevado la geometría y la historia a nuevas cotas. Y los romanos habían avanzado en tecnología e historiografía.[13]

Suponiendo que Jesús adquiriera conocimientos de carpintería de su padre José, habría aprendido algo de geometría, las propiedades de los distintos tipos de madera y todo tipo de conocimientos prácticos sobre el uso de herramientas y quizá el trato con diversos tipos de clientes. Probablemente también afinó su capacidad de pensar metódicamente y seguir una secuencia de pasos para realizar una tarea con eficacia.

Con independencia de otros conocimientos que Jesús adquirió al crecer, está claro que se interesaba mucho por la gente. Sus enseñanzas posteriores dejan claro que conocía bien a todo tipo de personas. Esto es lo que hace que sus lecciones sean tan perspicaces.

Desde los tiempos de Jesús, la ciencia ha avanzado en muchos aspectos, pero la ciencia moderna surgió de la ciencia premoderna. Toda ciencia se desarrolla a partir de una capacidad mental que el Creador nos ha dado. Los ejemplos que hemos señalado hasta ahora sugieren que Jesús mostró algunos rasgos de científico. Él era:

- Observador agudo
- Paciente, no sacaba conclusiones precipitadas

- Agudo en su razonamiento
- Perspicaz en cuanto a causas y consecuencias
- Capaz de expresar sus ideas en términos generales
- Interesado en una amplia gama de verdades

Cada persona desarrolla estas cualidades hasta cierto punto; Jesús alcanzó la excelencia. No notamos al científico en Jesús porque expresaba el conocimiento en un lenguaje vívido y accesible a todos.

Ejemplos de los conocimientos científicos de Jesús

Veamos algunos ejemplos. Imagino a Jesús de pequeño viendo a su padre José crear un montón de serrín cuando serraba partes de un gran tronco para obtener la viga de una casa. Un día, se le metió una mota de serrín en el ojo, y un niño que estaba a su lado intentó quitársela sin éxito. Más tarde, en su vida, convirtió esto en: «¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: "Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo"? (…) Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.» (Mateo 7, 3-5).

El núcleo del conocimiento aquí es una verdad general de la psicología: «Es mucho más fácil ... identificar y etiquetar los errores de los demás que reconocer los propios».[14] Observa cómo utilizó Jesús esta verdad. No habló como un profesor en una clase de ciencias. Más bien habló con una viveza que atraía a sus oyentes y les ayudaba a recordar. Y lo hizo con un toque fresco de humor que suaviza la lección y puede intrigarnos para que pensemos en lo que no estamos viendo en nosotros mismos y que puede estar interfiriendo en nuestro intento de hacer el bien a otra persona.

El realismo científico y el humor son prioritarios, y resultan más poderosos cuando se combinan con ingenio. Cuando Jesús utilizó metáforas de animales para transmitir advertencias claras, expresó sus ideas con un humor tranquilizador que podía adelantarse a la reacción natural de miedo y ansiedad.

Algunos ejemplos: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces». «No echéis vuestras perlas a los cerdos, o las pisotearán y se volverán y os mutilarán». «Os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas». El humor de Jesús y las imágenes de

animales (no humanos) nos ayudan a no deshumanizar a nuestros adversarios o enemigos, que no dejan de ser nuestros hermanos en la familia de Dios. Las imágenes de animales también sugieren aspectos biológicos similares a los que contiene la naturaleza humana. (Mateo 7:15 y 7:6; 10:16 LBLA)

La visión sociológica y política de Jesús toca un tema central en este libro: la importancia de la unidad espiritual entre los creyentes. Esta enseñanza es una advertencia para familias, ciudades, reinos y otros grupos, incluidos los religiosos. «Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma subsistirá» (Mateo 12:25). Aquí tenemos una verdad general en sociología y ciencias políticas con implicaciones sobre la importancia de la unidad espiritual en el reino de Dios: la familia de los que siguen a Jesús. La advertencia a las familias necesita de reflexión hoy día, cuando la brecha generacional está a menudo cargada de antagonismos; como mínimo, los hogares en los que los padres están divididos unos contra otros no suelen proporcionar la estabilidad que los niños necesitan.[15] Nótese que Jesús utilizó la palabra «generación» para referirse a todos los que vivían en una época determinada.

Jesús era también un maestro en otra disciplina intelectual, una ciencia en el sentido amplio de la palabra. La hermenéutica es la disciplina de la interpretación del significado de los textos; por ejemplo, las Escrituras.

Jesús era llamado «rabino» por la gente que apreciaba su dominio de las Escrituras. El conocimiento que Jesús tenía de la Biblia hebrea le permitió enseñar en el Templo de Jerusalén a los doce años y saber qué pasaje se adaptaba mejor a circunstancias concretas, por ejemplo en las decisiones que tomó en el desierto tras el bautismo.

Sin embargo, Jesús no se relacionaba con la gente como un miembro de la élite intelectual. Solo en una ocasión recurrió explícitamente a su perspicacia hermenéutica para refutar a un crítico. Fue en una conversación con los saduceos, que se especializaban en los cinco primeros libros de la Biblia y negaban que los muertos pudieran resucitar. Le hicieron una pregunta capciosa sobre un hombre que moría después de haber estado casado con siete esposas, una tras otra: ¿de quién sería marido en el cielo? Jesús respondió:

> «Estáis equivocados porque no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección las personas ni se casan ni se dan en matrimonio, sino que son como ángeles de Dios en el cielo. Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no

> habéis leído lo que os dijo Dios: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob"? No es Dios de muertos, sino de vivos». Al oírlo, la gente se quedó atónita ante su enseñanza. (Mateo 22:23-33)

En su estudio de este pasaje, Jesús había reconocido la implicación del tiempo del verbo: «Yo *soy* el Dios de Abraham...». El tiempo presente indica una relación actual entre Dios y los resucitados Abraham, Isaac y Jacob.

La capacidad de Jesús para interpretar las Escrituras se basaba en disciplinas hermenéuticas, como un excelente conocimiento de la lengua original, el hebreo, y una gran atención a las implicaciones de la gramática. Además, la perspicacia hermenéutica de Jesús se basaba también en el conocimiento de Dios y, en particular, en el conocimiento del poder de Dios.

Ciencia y religión en colaboración

Hemos visto algo de las oportunidades que tuvo el Jesús humano de aprender sobre las ciencias de su época de viajeros cercanos y lejanos. De su padre, José, es probable que aprendiera carpintería. Jesús adquirió muchos puntos fuertes de un científico premoderno, y sus conocimientos abarcaban áreas del saber que podríamos clasificar como psicología, sociología, ciencias políticas e historia, y hermenéutica.

También podemos ver cómo utilizó Jesús sus excelentes conocimientos. No solo eran interesantes en su beneficio, para comprender mejor el designio del Creador: también utilizó el conocimiento en su ministerio hacia nosotros. Entretejía la ciencia con un lenguaje vívido que todo el mundo podía entender. Y de postre, añadía buen humor y expresaba relajación y conexión amorosa. Esto permitió que las enseñanzas difíciles de aceptar se recibieran con facilidad.

Hoy el mundo necesita que los valores espirituales caminen de la mano de la responsabilidad científica. Mientras unas personas buscan en la ciencia y la tecnología la solución a los grandes problemas mundiales, otras buscan la solución a todos ellos en la religión. Jesús propuso en repetidas ocasiones una perspectiva que reconocía plenamente tanto las realidades terrenales como las celestiales.

Todo el conocimiento moderno de las causas y los efectos sigue remitiendo a la Causa Primera. El Creador poderoso y soberano ha establecido las leyes de la naturaleza, los

mandamientos morales y las leyes espirituales del amor. Cooperar con estas leyes aumenta nuestra eficacia práctica. El buen conocimiento, incluida la buena ciencia, hace que nuestro amor sea inteligente.

Un pequeño paso adelante puede ser poderoso. Un alumno de una de mis clases sobre ciencia y religión emprendió un proyecto experimental para dejar de fumar. Ya lo había intentado antes y había fracasado. Pero esta vez clasificó las tentaciones que surgían como biológicas, psicológicas o sociológicas. Este simple uso de la ciencia fue suficiente, junto con su motivación espiritual, para permitirle dejar de fumar con éxito.

Siempre podemos aprender algo más sobre salud, psicología, contaminación y lo que podemos hacer por los ecosistemas. En cuestiones que nos dividen, podemos reducir el antagonismo social y alimentar la empatía buscando periodismo de alta calidad y otros tipos de conocimiento, incluido lo que podemos aprender de los demás, estén o no de acuerdo con nosotros.

El hábito de aplicar con inteligencia el conocimiento del ámbito material y social es esencial para la excelencia en la vida cotidiana. Yo lo llamo vida científica. El ideal de actuar a la luz de las verdades de la ciencia es algo que podemos experimentar en pequeños pasos. Elige una tarea sencilla y dedica tiempo a despertar tu curiosidad. A continuación, recuerda las verdades relevantes de la ciencia que ya conoces y aprende un poco más. A continuación, activa tu espíritu aventurero y pasa a la acción. Al hacerlo, puedes descubrir importantes beneficios incluso dando un pequeño paso para poner en práctica los conocimientos científicos.

De este modo, podemos experimentar por nosotros mismos lo *fácil que es* la vida científica, lo *significativo que* es cooperar con las verdades del diseño del Creador, lo *agradable que* resulta y *lo maravillosamente que complementa la espiritualidad*.[16] A medida que aprendemos a comprender el mundo (incluidos nosotros mismos) con mayor cuidado y aplicamos nuestros crecientes conocimientos de forma responsable, contribuimos al progreso en colaboración con nuestro Creador.

Esta indagación se desarrolla en el capítulo siguiente, que se centra en la rectitud y muestra cómo la vida científica y la espiritual se unen a medida que desarrollamos y ejercitamos esta virtud que tanto significó para Jesús.

Preguntas e invitaciones

- ¿Qué proyecto de crecimiento personal te ayudaría a parecerte a Jesús? Enumera algunos datos sobre tu necesidad de crecimiento. ¿Qué ciencias son relevantes para estos hechos? Recuerda lo que ya sabes de la ciencia que sea relevante para tu proyecto.
- Ahora aprende un poco más de las fuentes científicamente más fiables a las que tengas acceso. ¿Qué ocurre cuando aplicas tus conocimientos y empiezas a formar nuevos hábitos? Comparte tus resultados con los demás.

6

¿Cómo desarrolló Jesús su carácter justo?

El realismo científico nos mantiene con los pies en el suelo, reduce el riesgo de fanatismo religioso y refuerza la cordura, de la que el planeta necesita más. El idealismo espiritual, la fe viva, da energía al hijo de Dios para crecer y parecerse a nuestro Padre divino. Los ideales elevados dan sentido y propósito a la vida. Sin ellos, nos las apañamos día a día, viviendo en gran medida al nivel de las necesidades biológicas, los impulsos, las luchas y las satisfacciones. Tenemos la vaga sensación de que nos falta algo. En este capítulo integramos el crecimiento espiritual con el progreso en el resto de la vida para lograr un crecimiento personal holístico.

En el judaísmo del siglo I, un carácter fuerte, equilibrado y centrado en Dios podía describirse con una palabra: rectitud. La rectitud era una virtud que englobaba las demás cualidades de un buen carácter. Cuando Jesús fue criticado por comer y beber con pecadores, respondió con una declaración del propósito de su vida. «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Marcos 2:17; Lucas 5:32). Cuando Jesús se refirió a los justos, no dio a entender que estas personas nunca habían pecado en el sentido de ir a sabiendas en contra de la voluntad de Dios; pero sí daba a entender que no eran almas perdidas ni rebeldes contra Dios en grave peligro espiritual.

Interpreto la distinción que hace Jesús entre pecadores y justos de una manera que apela al sentido común y que también es útil para pensar en nuestras responsabilidades éticas. Los justos eran personas de fe sincera que hacían un trabajo humanamente decente al seguir los

mandamientos y llevar una vida responsable en sus comunidades. Esto implicaba normas morales personales y hábitos responsables en las distintas esferas de la vida; incluía una conducta digna de confianza en el matrimonio y la vida familiar; un trato honesto en el comercio y moderación en la búsqueda de riqueza; la consideración por parte de los líderes políticos de la justicia para todo el pueblo, no solo para las élites; y la contribución de diversas maneras a la comunidad religiosa.

Esta idea de justicia no es un ideal humanamente inalcanzable de perfección celestial, ni un legalismo extremo y fanático, sino una cualidad de carácter que una persona corriente podría adquirir en esta vida.

El enfoque de Jesús para estimular el crecimiento del carácter recto se centraba en la transformación de la vida interior. Enseñó: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia». También aquí destaco otra bienaventuranza que considero autobiográfica. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Mateo 6:33 y 5:6).

Este capítulo desarrolla un concepto de justicia con cuatro componentes. Los dos primeros describen cómo el Jesús humano podría haber llegado a comprender la felicidad de esta bienaventuranza cuando era niño. Los dos últimos se centran en una enseñanza de Jesús que se basa en esta bienaventuranza: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5:48). Aunque solo podemos alcanzar este ideal celestial después de esta vida, el último componente muestra cómo integrar el ideal con lo que todos podemos conseguir en la vida terrenal. También **propongo** dos niveles de compromiso legítimo para los seguidores de Jesús y, por último, **comparto** el informe de la experiencia de un alumno que ilustra algunos de los temas del capítulo.

Aspectos del crecimiento de un carácter recto

1. Crecer en el hambre y la sed de justicia

Imagino que en su primera infancia Jesús percibió lo justo en sus padres y en algunos de sus vecinos. Desarrolló de forma natural su capacidad humana, dada por Dios, de intuición moral de la diferencia entre el bien y el mal. Esta intuición habría sido moldeada por su entorno social, incluidos algunos pasajes de la Biblia hebrea.

En una familia de amor y risas, juego y sabiduría, Jesús había crecido en un hogar bien ordenado. No me imagino a su padre José imponiendo un duro patriarcado, dictando la ley para

todos los demás. Habría prevalecido una sabia disciplina, que incluye la resolución justa y equitativa de los desacuerdos. Algo así habría ayudado a Jesús a sentirse seguro al crecer.

A medida que Jesús iba conociendo a Dios, habría ido experimentando cada vez más el amor de su Padre. Naturalmente, respondió con un amor a Dios que creció hasta abarcar todo su corazón, alma, mente y fuerza. Este amor total a Dios habría motivado un deseo incondicional de hacer la voluntad de Dios, y este nivel de deseo yo lo considero el corazón de la rectitud. La devoción incondicional a la voluntad de Dios equivale al hambre y la sed de justicia.

A medida que estos desarrollos se producían en la vida interior de Jesús, se habría dado cuenta de que Dios es la perfección de la justicia. Entonces, imagino que un día, reflexionando sobre su experiencia de crecimiento, Jesús se habría dado cuenta de que se estaba pareciendo cada vez más a Dios. Esto le habría hecho muy feliz.

2. Reconocer la justicia como un don

En la segunda etapa imagino al joven Jesús esforzándose por llegar a ser como Dios y descubriendo que su gran deseo era cada vez más satisfecho por Dios.

Es fácil imaginar que, desde algún momento de sus años en la sinagoga local, Jesús acarició estas palabras del segundo Isaías: «Mi alma se alegrará en el amor de mi Dios, porque me ha vestido con vestiduras de salvación y me ha cubierto con el manto de su justicia» (Isaías 61:10). El profeta da a entender que la justicia no se adquiere sobre todo con tesón y empeño. Es, sobre todo, un don. Mientras el joven Jesús perseguía los ideales del carácter de Dios, es posible que se esforzara y descubriera que «Dios da el crecimiento». Jesús estaba iniciando el feliz proceso de ser colmado de justicia por su Padre celestial.

Jesús puso en relación dinámica el presente y el futuro cuando enseñó: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Mateo 5:6). Implicaba una conexión entre la felicidad presente y la justicia celestial de nuestro destino. Aunque el cumplimiento completo de la promesa está más allá de esta vida, no hay prisa. Cuando prevalecen la fe y la confianza, se disuelve la ansiedad por ser lo suficientemente bueno. Nuestro futuro a largo plazo no está en duda. Las personas que conocen a Dios tienen una seguridad radiante. En materia de crecimiento personal y otros logros, Dios da el crecimiento (1 Corintios 3:7).

3. Buscar la perfección divina

El hambre y la sed de justicia se despliegan en el anhelo de llegar a ser y ser como Dios. Jesús insinuó un destino magnífico para nosotros cuando dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5:48). Este mandamiento implica una promesa. En asociación con Dios, podemos alcanzar la perfección.

Ser perfecto como Dios, que es espíritu, es una perfección que supera todo lo que podemos alcanzar en esta vida. Esta búsqueda solo se hace realidad plenamente en el cielo. En la tierra empezamos a esforzarnos por alcanzar la meta, y podemos seguir avanzando con Dios cada día mientras vivamos.

Hoy en día muchas personas rechazan la idea misma de la perfección como meta. Rechazan, con razón, las expectativas poco realistas que inducen a la vergüenza y la culpa. El perfeccionismo compulsivo sobre lo no esencial puede formar parte de la dinámica que genera la ira farisaica y el desprecio hacia uno mismo y los demás.

En cambio, para Jesús, creo yo, la justicia perfecta de Dios se basaba en el amor y la misericordia de Dios, dos de las cualidades más importantes de Dios que podemos vivir de forma humana. Lo que la perfección significaba para Jesús se expresa más plenamente en griego: la palabra para «perfecto», *telios*, también implica madurez e integridad.

Jesús no dijo simplemente: «Esforzaos por ser perfectos». Creo que su imperativo «*sed* perfectos» tiene implicaciones para esta vida. Si es así, debe haber algún tipo de perfección, virtud o plenitud madura que podamos alcanzar en esta vida en la tierra.

4. Integrar los ideales celestiales y terrenales con lo que es posible en esta vida

El Jesús humano aprendió a vivir la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo. Nosotros también podemos. A medida que crecemos para parecernos a nuestro Padre, tomamos decisiones para cumplir la voluntad de amor de Dios haciendo el bien a los demás. Idealmente, esto requiere un buen conocimiento de los demás y sus situaciones, además de una conciencia de **los valores espirituales que la situación (la voluntad de Dios) requiere**. Pero nuestro objetivo práctico es ser lo mejor que podamos día a día.

Jesús **ampliaba** continuamente su conocimiento de los demás y de las circunstancias siempre cambiantes de su tiempo y su lugar, y alcanzó una extraordinaria conciencia de los valores divinos. Su sabiduría solía conectar rápidamente su conocimiento de los hechos relevantes con los valores espirituales que Dios quería actualizar. Veamos un ejemplo.

Una persona va conduciendo por una autopista y ve dos coches en el arcén que evidentemente han sufrido un accidente. El conductor ve el hecho, intuye la causa y espontáneamente se detiene para ayudar. La decisión y la acción responden a las posibles necesidades de los implicados en cuanto a valores mecánicos, médicos, psicológicos y espirituales. No se espera que los conductores tengan los conocimientos científicos de un médico, pero podrían llevar un pequeño kit de primeros auxilios en el coche, o llevar o guardar en el coche una lista de números de teléfono útiles, o simplemente ser un amigo para alguien que esté conmocionado y necesite consuelo.

A medida que recibimos consejos y aprendemos de la experiencia y el estudio sobre las dimensiones material y espiritual de la vida hacemos automáticamente ajustes, normalmente pequeños, en nuestra perspectiva, decisiones y acciones. Combinamos el realismo científico y el idealismo espiritual de forma inconsciente.

La virtud integrada del carácter recto no tiene un umbral definible de cuántos conocimientos científicos, comprensión espiritual y sabiduría filosófica se requieren. No hay banderas ondeando en la línea de meta, pero empiezan a establecerse ciertos hábitos de vida. En todos los ámbitos de la vida (el hogar, la escuela, el trabajo, etc.), tomamos y llevamos a cabo decisiones que unen cada vez más los valores espirituales con los hechos científicos. Mientras el hambre y sed de justicia estén vivos, seremos bendecidos con un crecimiento continuo.

Está claro que necesitamos utilizar la inteligencia para hacer la voluntad de Dios. Mencionar esto es controvertido, ya que algunas personas tienen más que otras, pero podemos liberarnos de vernos a nosotros mismos de un modo que degrada las capacidades que realmente tenemos. Y misericordiosamente, el espíritu de Dios dentro de cada persona es un genio cósmico.

La fe viva de un alumno en el don de la justicia de Dios

En mis cursos centrados en proyectos experienciales (véase el Apéndice), una vez asigné un proyecto sobre la rectitud en una clase de religiones del mundo. El informe de la experiencia de una alumna comienza con un poema sin título que describe una lucha anterior, que introduce las siguientes selecciones de su trabajo.

Me estaba derrumbando, perdía fuerzas,

. . .

Atrapada dentro de preguntas que tiran de diferentes direcciones,
Cuando la respuesta llegó de forma inesperada:
Y susurró suavemente: «Descansa».
(…) Esta única palabra resonaba con una autoridad inigualable.
Así que dije: «Sí. Mi alma da la bienvenida a esta voz».
Así continuó:
«Descansa. No es momento de buscar.
Estás herida y tus esfuerzos retrasan la curación.
(…)
Anhelas respuestas, pero necesitas mucho más.
Descansa y recibe las preciosas bendiciones de los demás;
Y a través de ellas pronto recuperarás la fuerza.
Descansa, pequeña,
En la promesa de mi presencia;
Y por *esto* aprenderás a dar gracias».

Confirmó haber «recibido plena y voluntariamente la respuesta *correcta*: "Descansa a la sombra del Todopoderoso, porque él es mi Dios y en él confío" (Salmo 91:1-2)».

> «Ya no me esforzaré más para lograr lo que Dios hará en Su propio tiempo perfecto. Para este proyecto, esto significa que ya no me esforzaré por alcanzar la rectitud. No forzaré los límites de mis propias habilidades en un intento de alcanzar un sentido de moralidad igual al estándar preciso de Dios. En su lugar, observaré la justicia de mi Señor. La recibiré de Él. La absorberé. Me deleitaré en su poder restaurador.
>
> »La descripción de la tarea de rectitud nos invita a iniciar "una nueva dimensión de la vida". Mi vida hasta ahora ha consistido en caminar en círculos (recorrer una y otra vez el mismo terreno) y hacer muy pocos progresos, pero Dios me mostró enseguida un camino aún no visitado que quiere que sigan mis pies, y parece fácil decir: "Sí, iré". Este es el hermoso objetivo: buscar el rostro de Dios.
>
> »Podríamos preguntarnos qué significa buscar el rostro de Dios; admito que me he preguntado lo mismo. ¿Cómo se hace? Pero si decidiera dar rienda suelta a esta pregunta, solo estaría socavando mi más reciente ambición de entregar a Dios todo

> esfuerzo y trabajo penosos. Y no solo eso, ¡piensa en los preciosos momentos de experiencia potencial que podrían perderse a causa de una obsesión por la definición o el método! Dicho esto, mi única respuesta para la persona que *debe* saber lo que significa buscar el rostro de Dios es esta: deja que Él te lo muestre.
>
> (…)
>
> »Sentí que el rostro de Dios me miraba, y sentí calor. Me sentí como en casa. Me sentí cómoda».

Entonces, sintiéndose guiada a leer el Salmo 119, encontró una nueva forma de esforzarse por trabajar para alcanzar unos ideales. «Sin la justa autoridad de Dios, el mundo sería un caos total (…) Qué contento estaría el Padre si todos comprendiéramos el valor increíblemente precioso de sus reglas». Antes ella había pensado que la libertad significaba «sin dictados, sin reglas, sin cadenas». Ahora se daba cuenta de cómo los caminos de la obediencia se suman a «la mayor libertad: la experiencia de la pura satisfacción».[17]

Con una fe receptiva y activa de todo corazón, la autora descubrió su equilibrio entre la confianza paciente y el esfuerzo idealista.

Resumen y transición

Alimentado por ideales elevados, Jesús desarrolló un carácter recto. Según mi interpretación, cuando Jesús se refería a «los justos», pensaba en personas dignas de confianza en las distintas esferas de la vida: la familia, el trabajo, el ámbito político y la comunidad religiosa. Para ayudar a sus oyentes a crecer en rectitud, el planteamiento de Jesús consistía en promover la transformación de la vida interior. Una bienaventuranza llena de significado para guiar este proceso fue: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Mateo 5:6).

Para visualizar el crecimiento de un carácter justo en Jesús y en nosotros mismos, propongo cuatro componentes. En primer lugar, la fe receptiva y activa nos lleva a descubrir la bondad, el amor y la justicia de Dios. Los comienzos sinceros se convierten en una cooperación incondicional con Dios, que conduce a importantes logros. La clave de la rectitud humana es el deseo supremo de hacer la voluntad de Dios. Este deseo equivale al hambre y la sed de justicia.

En segundo lugar, a medida que nuestro carácter recto se desarrolla, descubrimos que Dios nos está haciendo poco a poco como Dios mismo. Cada paso en el crecimiento de nuestro

carácter recto es un don de Dios. Darnos cuenta de esto en nuestra experiencia personal nos lleva a la felicidad y al regocijo.

En tercer lugar, un impulso que estaba presente en la primera etapa nos lleva a comprender que estamos en asociación con Dios en una maravillosa búsqueda de la perfección.

En cuarto lugar, desarrollamos el tipo de perfección que podemos alcanzar en esta vida: la virtud de la rectitud madura. Desarrollamos el hábito de tomar decisiones sensatas para la voluntad de Dios combinando nuestro creciente conocimiento de las situaciones con nuestra creciente conciencia de los valores espirituales. A medida que continuamos adquiriendo conocimiento y visión interior espiritual, solemos hacer ajustes apropiados en nuestra vida de manera inconsciente.

Por último, el informe de la experiencia de la estudiante trató sobre aprender a equilibrar el esfuerzo para obedecer los mandatos divinos y la confianza en Dios para darnos rectitud en el horario de Dios.

Cuando hablamos de la voluntad de Dios, surge la pregunta de cómo podemos encontrarla; ese es el tema del próximo capítulo.

Preguntas e invitaciones

- ¿Qué cualidad de Dios te gustaría más adquirir de manera posible para los humanos?
- ¿Qué relevancia tiene este valor o virtud en las situaciones que se te plantean?
- ¿Qué conocimientos tienes que puedan ayudarte a tomar decisiones inteligentes y acertadas para ponerlas en práctica de cara a tu objetivo a partir de ahora?
- ¿Te ayudaría tomarte cinco minutos para apuntar cómo podrías entrelazar el realismo científico con el idealismo espiritual?

7

¿Cómo encontró Jesús la voluntad de Dios?

La versión que aprendí de un antiguo himno evangélico tiene estos versos.

> «Un ciego se paró en el camino y gritó (repite); gritando oh, oh, muéstrame el camino, un ciego, se paró en el camino y gritó.
>
> »Un predicador se paró en el camino y lloró (repite); llorando oh, oh, muéstrame el camino, predicador, se paró en el camino y lloró.
>
> »Ahora *estoy* parado en el camino y estoy llorando; (repite) llorando oh, oh, muéstrame el camino, estoy parado, parado en el camino, y estoy llorando.»

Todo el mundo tiene momentos en los que su alma grita algo así. Cuando estamos verdaderamente perdidos, hacemos bien en expresarlo sincera y libremente. El autor del Libro de los Hebreos escribe: «En los días de su carne, Jesús elevó oraciones y súplicas, con grandes clamores y lágrimas, al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado a causa de su reverente sumisión» (Hebreos 5:7). En el momento de la agonía de Jesús en Getsemaní, cuando necesitaba estar seguro de que la cruz era realmente la voluntad de su Padre, un ángel le fortaleció para pasar la prueba (Lucas 3:9-46).

Jesús tenía hacer la voluntad de Dios en su corta lista de lo esencial en la vida de fe. Dijo: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos». Hacer la voluntad de Dios nos convierte en parte

de la nueva familia de Jesús. «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? . . . El que hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mateo 7:21 y 12:48-50). Ser miembros de la familia de Jesús no hace sino reforzar nuestro deseo de conocer la voluntad de Dios.

Si hacer la voluntad de Dios es tan importante, podemos estar seguros desde el principio de que Dios tiene un camino que nos permite encontrar su voluntad. Debe ser un camino tan vasto y universal que todas las personas de fe puedan encontrarlo, un camino que contenga en sí mismo cualquier otro camino digno. Debe ser un camino hermoso de verdad y bondad divinas.

A veces conocemos la voluntad de Dios de forma inmediata e intuitiva; otras veces hace falta buscar antes de llegar a intuirla. Encontrar la voluntad de Dios suele implicar un proceso en el que buscamos, encontramos, discernimos, y luego decidimos y hacemos la voluntad de Dios. Este capítulo reflexiona sobre la oración de Jesús y sobre una parábola. A continuación aclaramos el problema del discernimiento, añadimos un poco de filosofía y resolvemos el problema con tres cualidades de Dios que son valores que todos podemos vivir. Por último, unimos todas estas fases del proceso en un concepto de vivir la voluntad de Dios.

Cuando Jesús oró

A menudo, el Jesús humano no necesitaba orar para conocer la voluntad del Padre. Como propusimos en el capítulo anterior, el carácter justo plenamente maduro (el tipo de perfección que podemos alcanzar en esta vida) integra los valores celestiales con las realidades terrenales. La visión intuitiva de Jesús sobre la voluntad de su Padre se basaba en su excelente conocimiento de las personas y las situaciones, además de conocer a Dios íntimamente y ser consciente del valor o valores divinos relevantes que debían hacerse realidad. Por ejemplo, en el ámbito de la verdad, ¿cuánto contenido comunicado es suficiente? En el ámbito de la belleza, ¿sería más adecuada una parábola o una enseñanza directa? En el ámbito de la bondad, ¿una situación dada requiere una espera paciente o una acción valiente?

No obstante, a veces la sabiduría de Jesús no era suficiente para llegar con rapidez a una comprensión intuitiva de lo que había que hacer. Entonces solía llevar sus anhelos y problemas directamente a Dios en la oración. Imagino a un Jesús adolescente orando, abriéndose en profunda receptividad, permitiendo que Dios añadiera y revisara su sabiduría humana.

Una vida de oración plena incluye oraciones rápidas y largas. A lo mejor Jesús rezaba brevemente y en silencio cuando nadie se daba cuenta, pero de vez en cuando se retiraba a un lugar solitario y oraba. A veces pasaba toda la noche en oración. Parece que realmente *disfrutaba* en comunión con su Padre durante horas. Es lógico que la oración para conocer la voluntad de Dios formara parte de la agenda de Jesús en comunión con su Padre. Después de todo, Jesús se llenaba de energía haciendo la voluntad de su Padre. «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra» (Lucas 5:16 y 6:12; Juan 4:34).

La oración es diferente de pedir consejo a un amigo humano. En lugar de una conversación cara a cara, es una mente y una alma humanas interactuando con el espíritu de Dios. Algunas personas no tienen en cuenta la brecha de comunicación entre la humanidad y Dios. Envían montones de oraciones rápidas y a menudo asumen que la siguiente entrada impresionante que entra en su mente viene de Dios. Otros se sienten abrumados por la brecha, pueden estar tan ansiosos por estar seguros *de* la respuesta de Dios que agonizan sin necesidad. Jesús mostró un camino mejor**.**

La oración que Jesús enseñó a los doce apóstoles nos da la oportunidad de entrar en la oración con Jesús en espíritu y en verdad (Mateo 6:9-13). La oración hace mucho por orientarnos hacia la voluntad de Dios. Comenzamos rezando en plural («Padre *nuestro*»), lo que nos recuerda nuestra identidad primordial: hijos de Dios. A continuación, nos advierte de que, al orar, pisamos tierra santa («santificada»).

Sigue: «Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). Entrar en la oración de Jesús implica que nos comprometemos a aceptar y acoger lo que Dios haga y lo que no haga según su omnisapiente voluntad. Al mismo tiempo, la oración nos invita a poner de nuestra parte, a hacer nosotros mismos la voluntad de Dios. La voluntad de Dios se identifica estrechamente con el reino de los cielos («venga a nosotros tu reino»). Este concepto no solo implica la vida eterna para la familia de los que tienen fe en Dios y un destino maravilloso para nuestro planeta: también debemos hacer lo que podamos aquí y ahora para que la voluntad de Dios se haga cada vez más en la tierra como en el cielo.

Luego vienen las peticiones de pan (material y espiritual), perdón y ayuda para hacer frente al mal. Estas peticiones expresan una serie de necesidades esenciales y sugieren lo que podemos hacer para que el amor de Dios sea real para los demás. He aquí la oración completa.

> Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. (Mateo 6:9-13)

Jesús también experimentó otros modos de oración: por ejemplo, el canto de las Escrituras y otras oraciones que formaban parte de la vida judía.

Oración insistente

Una de las parábolas de Jesús puede aludir a la necesidad de un proceso de oración más profundo.

> Supongamos que uno de vosotros tiene un amigo, y va a él a medianoche y le dice: «amigo, préstame tres panes, porque ha llegado un amigo mío y no tengo nada que poner frente a él». Y él te responde desde dentro: «no me molestes; la puerta ya está cerrada y mis hijos están conmigo en la cama; no puedo levantarme a darte nada». Os digo que, aunque no se levante a darle nada por amistad, al menos por su insistencia se levantará y le dará lo que necesite. (Lucas 11:5-8)

La insistencia en la oración implica una combinación de oraciones cortas y largas. El que llama a la puerta representa la insistencia; pero insistir en la oración no significa repetir la misma petición una y otra vez para conseguir que Dios (nuestro amigo) haga lo que queramos. Algunas personas rezan para que Dios cambie de opinión, pero Jesús sabía lo que los profetas sabían de Dios. Como dijo Malaquías, hablando en el espíritu: «Yo, el Señor, no cambio» (Malaquías 3:6; 1 Samuel 15:29).

Cuando sentimos que nuestra oración no llega, puede ser la señal para intentar un nuevo enfoque. A veces es necesario encontrar la oración. En otras palabras: necesitamos acercarnos a pedir lo que Dios sabe que necesitamos, podemos pedir de forma realista y podemos utilizar ahora.

El amigo que no quería levantarse de la cama y ayudar puede haber sido terco, pero nosotros, que hemos abrazado la búsqueda de parecernos a nuestro Padre celestial, podemos elegir no ser tercos a la hora de querer que el Creador haga lo que nosotros queremos.

Se puede decir que el amigo que se niega a levantarse de la cama es perezoso, pero podemos optar por ser diligentes y hacer nuestros deberes antes de rezar: comprender la situación, las personas implicadas y los valores divinos relevantes. También rezamos de forma responsable y no pedimos a Dios que arregle nuestros desaguisados cuando nosotros mismos tenemos que asumir las consecuencias (por ejemplo, ecológicas, sociales, económicas y políticas). Dios realiza estas actividades responsables *con* nosotros, no por nosotros.

Antes de dejar la parábola, saboreemos los valores del amigo que llama a la puerta. Su petición es desinteresada; está motivado por la amistad y la hospitalidad.

Del problema del discernimiento a la solución

El problema

Cuando rezamos y esperamos una respuesta, ocurren cosas que algunas personas interpretan como insinuaciones, guiños o codazos divinos. Llegan momentos «ajá», serendipias y experiencias espirituales. A veces ocurren cosas que interpretamos como actos de Dios, pero que también podrían ser coincidencias previstas pero no dispuestas por Dios. En ocasiones hay entradas impresionantes que provienen de la mente subconsciente.

Es más probable que haya una respuesta impresionante a la oración por parte de la mente subconsciente en las oraciones rápidas, pero también es posible en las oraciones minuciosas. Una oración rápida tiende a ser solo una oración de la mente, no una oración del alma. Puede carecer de profundidad, pero una oración rápida también puede expresar una sinceridad espiritual tan receptiva que reconozca rápidamente la respuesta de Dios.

Una vez que empezamos a trabajar en un problema en la mente consciente, la mente inconsciente puede ponerse a trabajar al mismo tiempo. Puede recurrir a recuerdos de citas de las Escrituras y a otros conocimientos y experiencias de los que no somos conscientes en ese momento. La mente puede hablarnos en segunda persona y darnos órdenes. Una entrada generada por la mente humana no es tan sabia como una respuesta de Dios, pero a menudo es una mejora significativa de lo que habíamos estado pensando conscientemente con anterioridad.

El problema de discernir la voluntad de Dios está ampliamente reconocido. Oímos la pregunta: «¿cómo podemos conocer con seguridad la voluntad de Dios?». La pregunta no tiene una respuesta sencilla. Puede ser formulada de una manera por un escéptico, de otra por un creyente ansioso, y de una tercera por un buscador confiado. El escéptico duda de la posibilidad de conocer y lo utiliza como excusa para no buscar. El creyente ansioso, enfrentado a una cuestión moral difícil, puede estar buscando una certeza intelectual que Dios puede no proporcionarle. Para un buscador confiado como el Jesús humano, la oración se convierte en una aventura de aprender a cooperar con Dios. Esta aventura busca la cualidad de certeza que satisface el *alma*.

Si estamos inseguros y ansiosos, podemos dudar eternamente de nuestra experiencia y plantearnos interminables preguntas sobre nuestros esfuerzos de discernimiento. Esto puede paralizar la toma de decisiones, llevarnos al escepticismo y hacernos perder el sentido del humor. Sin embargo, reconocer las limitaciones humanas no nos obliga a ser inseguros en nuestra fe. Si persistimos, la fe viva encuentra en Dios la seguridad divina del progreso en nuestro camino.

Algunos recursos para el discernimiento son: la Escritura, que debe traducirse, interpretarse y aplicarse a la situación de que se trate; la tradición, que es mixta; el juicio de la comunidad religiosa o de los amigos en la fe, que pueden equivocarse; la razón, que puede emplearse mal; y la prueba del tiempo, que tampoco es perfecta. El ideal de consultarlos plenamente a todos es imposiblemente alto, y ni siquiera en combinación están garantizados para darnos la respuesta divina. Sin embargo, merece la pena tomarlos en serio, porque ofrecen una variedad de perspectivas y relajan la tendencia a sobrevalorar nuestro propio juicio.

Si hubiera una serie de criterios absolutos para determinar la voluntad de Dios, normas que el intelecto humano pudiera aplicar sin falta, no habría aventura, ni transformación, ni crecimiento del alma, ni diversión, ni nos esforzaríamos por vivir de un modo más celestial.

Cuando nos esforzamos por encontrar la voluntad de Dios, nos ayuda recordar que ya sabemos mucho sobre ella. Por ejemplo, podemos recordar los mandamientos universales de amar, ser misericordiosos, tratar a los demás como queremos que nos traten y llegar a ser perfectos (ser lo mejor que podamos día a día).

Y ahora el camino hacia la solución del problema del discernimiento pasa por la filosofía.

La sabiduría de la filosofía

La filosofía desempeña un papel importante para agudizar nuestro discernimiento. La palabra *filósofo* significa «amigo de la sabiduría». Lo ideal es vivir a la luz de la sabiduría que ya tenemos, reconocer cuándo necesitamos más y luego buscar lo que necesitamos hasta encontrarlo. La filosofía puede contribuir al proceso más amplio de búsqueda de la voluntad de Dios, porque buscar, encontrar y discernir la sabiduría y vivir sabiamente también forman parte de la voluntad de Dios.

En la cultura grecorromana que habría estimulado el pensamiento filosófico de Jesús, muchos pensadores trataron de desarrollar una filosofía de forma más integral. Algunos de ellos aspiraban a lograr una comprensión integrada de la realidad y de la experiencia humana. El objetivo era crear una síntesis universal que culminara en una filosofía de vida.

En el mundo antiguo y desde entonces, el esfuerzo filosófico ayudó a los pensadores a desarrollar una serie de habilidades específicas. En el mejor de los casos, la filosofía sustituye la confusión por la claridad, agudiza nuestras capacidades de intuición y perspicacia, interpreta los significados sabiamente, razona con lógica, sintetiza conceptos coherentemente y sabe cuándo callar porque no sería prudente decir más.

De manera informal y en gran medida inconsciente, cada uno de nosotros construye una filosofía de vida a medida que crece. Recogemos elementos para nuestra cesta de la sabiduría de una gran variedad de fuentes, como la familia, la escuela, los amigos y las interpretaciones científicas, filosóficas y religiosas de la realidad. La sabiduría también representa nuestra cosecha de experiencia, que contiene las lecciones aprendidas por las malas. Esta filosofía sirve para organizar la comprensión mental de los significados y valores que tienen que ver, por ejemplo, con los conceptos de Dios, lo que significa ser un ser humano y qué clase de lugar es el universo (hostil, indiferente o amistoso). Nuestros principales conceptos pueden organizarse según prioridades centradas en Dios y sabiamente equilibradas.

Cuando no somos conscientes de que funcionamos de un modo más o menos filosófico, no vemos lo importante que es esta actividad, y es mucho menos probable que busquemos más educación en este ámbito. Considero que la civilización moderna está gravemente desequilibrada, ya que da prioridad a la ciencia y al progreso material, y bastante menos a la espiritualidad y al crecimiento holístico, mientras que la sabiduría ocupa un distante tercer lugar.

Algunos filósofos han señalado que a lo largo de la historia de la filosofía podemos encontrar versiones de tres actitudes básicas: el dogmatismo, el escepticismo y el pensamiento

aventurero. En el mejor de los casos, el dogmatismo es leal a principios importantes, pero rechaza las verdades equilibradoras. El escepticismo en el mejor de los casos ve errores importantes y critica incisivamente, pero no sabe cuándo dejar de ser negativo. El pensamiento aventurero se orienta por las verdades básicas y está abierto a aprender de la crítica.

La ciencia, la filosofía y la espiritualidad buscan los tipos de verdad que pertenecen a sus propios ámbitos de la materia, la mente o el espíritu. Pero toda verdad es la verdad de Dios, y la filosofía encuentra sentido en los tres ámbitos. La verdad tiene un centro vivo y espiritual, una periferia científica y un puente filosófico entre ambos.

Hay que trabajar para armonizar ciencia y religión. Por ejemplo, el psicólogo Sigmund Freud utilizó su brillante mente para criticar el concepto de amor al prójimo. Consideremos algunas de sus críticas, por ejemplo, acerca de no implicarse emocionalmente con todas las personas que uno conoce, no confiar ciegamente en la gente y tener formas psicológicamente sanas de lidiar con la propia agresividad. Podríamos decirnos tontamente que la ciencia ha demostrado que el amor al prójimo es una mala idea. O podríamos transformar estas críticas en advertencias para hacer nuestro amor más inteligente y sabio.

La siguiente discusión sobre la verdad, la belleza y la bondad es otro ejemplo de interpretación filosófica. No podemos saber hasta qué punto participó Jesús en la filosofía de su época; probablemente no organizó su discernimiento como yo. Sin embargo, no puedo evitar pensar con una sonrisa que debía de estar de acuerdo con algunas ideas que yo considero perspicaces.

Verdad, belleza y bondad en la respuesta de Dios a la oración

La verdad, la belleza y la bondad son cualidades de Dios y valores que podemos vivir. Los considero valores divinos porque los encontramos en todos los niveles. En Dios, en la mente y en el mundo material podemos descubrir la verdad, encontrar y crear la belleza y participar en hacer el bien. Estos valores universales permiten al Padre Creador y al hijo criatura compartir un lenguaje común.

Veo la verdad, la belleza y la bondad como una escalera que Dios baja del cielo a la tierra para que haya algo que podamos entender y que nos permita subir más alto. Estos valores afectan a nuestra forma de pensar, sentir y actuar. Si una aparente respuesta a la oración nos hace sentir bien pero es intelectualmente problemática, o nos atrae intelectualmente pero no

nos hace sentir bien o no se puede poner en práctica, entonces podemos luchar más con ella o simplemente rechazarla.

Dios es la fuente de estos tres valores; y «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Considero que estos valores forman un camino hacia el amor y son ingredientes esenciales del amor. Las verdades más elevadas son verdades de amor, y el amor es la belleza más plena y el mayor bien.

La verdad, la belleza y la bondad nos preparan para todo tipo de situaciones en las que debemos decidir y hacer. Dios no llama por teléfono ni materializa un impreso o una hoja de ruta, pero la fe recibe orientación suficiente para aclarar nuestra elección; luego la decisión pone en marcha la acción, el curso de acción.

Cuando Dios responde a nuestra oración, el Creador no pone los tres valores en un plato como pondría una piña, un plátano y un mango. En lugar de eso, Dios nos da una mezcla, un batido, que podemos encontrar delicioso sin tener que preguntar por estos tres valores.

Me parece que una respuesta a la oración que mezcle verdad, belleza y bondad puede incluir:

- Intuición clara o percepción *de la verdad* de la situación por la que se reza.
- Visión moral de la *bondad* del curso de acción que se abre.
- Un sentimiento intuitivo de paz o regocijo, en respuesta a la *belleza* de ver estos valores reunidos.

En esas percepciones e intuiciones, discernimos los valores de Dios.

Sorprendentemente, estas mismas cualidades de claridad (verdad), satisfacción moral (bondad) y paz (belleza) pueden surgir tras oraciones rápidas.

Entonces, ¿por qué deberíamos dedicar tiempo a explorar la verdad, la belleza y la bondad? Por la misma razón por la que Jesús rezó tanto al Padre. Podría parecer que se contentaba con oraciones rápidas, pero los períodos más largos de oración cultivan la mente de tal manera que es más probable que nuestras oraciones rápidas se acerquen más a lo que Dios quiere que encontremos. De lo contrario, las oraciones rápidas podrían parecer un juego.

En el juego de los dardos, los jugadores se turnan para intentar lanzar sus dardos de modo que se claven en el centro de la diana; pero la mayoría de las veces dan en otra parte de la diana, y a veces no aciertan. Si tuviera que crear una diana, el centro simbolizaría el

cumplimiento de la voluntad de Dios, y los círculos circundantes representarían aproximaciones humanas a esa meta que son menos divinas.

He aquí la solución que propongo al problema del discernimiento de la voluntad de Dios. Dado que los valores divinos se entretejen en la experiencia religiosa, lo ideal es que reflexionemos para distinguirlos en una respuesta a la oración. El pensamiento encuentra verdad en ella; el sentimiento encuentra belleza en ella; y encontramos bondad en la guía de nuestra decisión. Cuando hemos sido sinceros en el proceso de oración (aunque sea una oración rápida, si tenemos tiempo para ello), podemos darnos por satisfechos con lo mejor que hemos sido capaces de encontrar.

Dios trabaja con nosotros en amorosa misericordia para ayudarnos a sacar lo mejor de nuestra decisión. El Padre acepta y adopta el mejor esfuerzo del hijo. Podemos relajarnos y alegrarnos. *El discernimiento no tiene que dar en la diana; solo tiene que dar en el blanco*.

Discernir no significa intuir la fuente de una entrada impresionante, sino intuir la verdad, la belleza y la bondad.

Es nuestra elección explorar esta frontera. Cuanto más la probamos, más interesante resulta.

Vivir la voluntad de Dios

Después de discernir la voluntad de Dios, lo que sigue es actualizarla, hacerla realidad decidiendo y haciendo.

Vivir la voluntad de Dios es un proceso continuo: es como la fe viva, que abarca tanto la fe receptiva como la fe activa. Vivir la voluntad de Dios implica

- Movilizar nuestro deseo supremo de la voluntad de Dios.
- Todo el proceso de buscar, encontrar, discernir y elegir la voluntad de Dios.
- La creciente madurez de cómo respondemos a las luchas con sus fracasos y victorias, si estamos haciendo la voluntad de Dios de manera consciente o inconsciente.

Ten en cuenta que, después de haber encontrado la voluntad de Dios, puede ser mejor vivirla inconscientemente. Por ejemplo, piensa en vivir la regla de oro, en tratar a los demás como

queremos ser tratados. El cumplimiento consciente de las normas es inadecuado; lo mejor es la espontaneidad amorosa.

A veces pienso en la voluntad de Dios en términos de *eso, qué y cómo*: La voluntad de Dios *es que* la deseemos de todo corazón, que discernamos *lo que* Él quiere y que encontremos *cómo* hacerlo con amor y misericordia. Ser sinceros sobre la voluntad de Dios hace que el qué y el cómo sean mucho más fáciles.

Buscar la voluntad de Dios no es perseguir un ideal imposible; el Creador no espera un nivel de discernimiento más allá de lo que el niño pueda alcanzar de forma realista. Pero Dios quiere que busquemos con diligencia.

Vivir la voluntad de Dios puede parecer imposible, a menos que lo veamos como un proceso de crecimiento gradual, y hasta que recordemos que la comunión divina, la abundante misericordia y la generosa paciencia están con nosotros en cada paso del camino. Sí, a veces necesitamos gritar «muéstrame el camino»; pero las expectativas razonables nos permiten dejar la ansiedad en la puerta y entrar en la satisfacción. Respetar un ritmo sabio de esfuerzo y relajación nos permite disfrutar del viaje de los ciclos continuos de pedir, buscar, encontrar, discernir, elegir y hacer la voluntad de Dios. Cada ciclo refuerza nuestra motivación para repetirlo una y otra vez hasta que vivamos continuamente la voluntad de Dios.

Resumen y transición

Este capítulo ha desplegado un camino lleno de aventuras de buscar, encontrar, discernir, elegir, hacer y vivir la voluntad de Dios. Se ha especulado sobre la práctica de la oración rápida de Jesús y sobre las pruebas de su oración insistente. Consideramos una parábola que puede sugerir un proceso de oración más minucioso. A continuación, cuando parece que hemos recibido una respuesta a nuestra oración, puede surgir la pregunta de si la respuesta procede de Dios o de la mente humana. Ante el problema del discernimiento, examinamos brevemente algunos recursos, en particular la filosofía.

Después desarrollé la propuesta de que una respuesta divina a la oración trae verdad para que el pensamiento comprenda, belleza para que el corazón sienta y bondad para regir nuestro obrar. Todos estos valores están entretejidos, por lo que puede que necesitemos reflexionar sobre nuestra experiencia para detectarlos. Pero habiendo sido sinceros e insistentes en nuestro proceso de oración, si queremos evitar el escepticismo (abandonar el esfuerzo del discernimiento), tenemos todo el derecho a seguir adelante confiando en que la voluntad de

Dios, nuestro amigo, es adoptar y trabajar con lo mejor que podamos encontrar. Si no hemos dado en la diana, sí que hemos dado en la diana realista, que es todo lo que nos pide nuestro Padre.

Después de estos capítulos introductorios y todo su serio esfuerzo mental y espiritual, es importante considerar otro tipo de equilibrio en la vida de Jesús: la alegría. Encontraremos la belleza de su alegría cuando exploremos el tema más amplio de la vida abundante.

Preguntas e invitaciones

- Cuando quieres la guía divina, ¿hasta qué punto confías en las oraciones rápidas?
- ¿En qué fuentes de sabiduría confías más?
- Cuando rezas durante más tiempo, ¿qué haces? Después de leer este capítulo, ¿hay algo que te gustaría añadir a lo que haces?
- Escribe algunas notas que describan una experiencia de oración respondida. En tu descripción, incluye qué verdad, belleza y bondad encuentras presentes en esa respuesta.

8

¿Qué podemos aprender de Jesús cuando tenía doce años?

Jesús nació en Belén, pero poco después fue llevado a Egipto por su seguridad, ya que el paranoico y violento rey Herodes había enviado soldados para matarlo. Tras la muerte de Herodes en el año 4 a.C., Jesús y sus padres se trasladaron a Nazaret, en Galilea, donde el niño pasó la mayor parte de sus primeros años. El crecimiento de Jesús antes de los doce años fue resumido así por Lucas: «El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y el favor de Dios era sobre él» (Lucas 2:40). Estas frases indican los objetivos que propongo para crecer con Jesús: desarrollar un carácter fuerte, sabiamente equilibrado y centrado en Dios.

A los doce años es cuando vemos a Jesús en acción por primera vez. Un par de acontecimientos importantes revelan el tipo de persona en que se estaba convirtiendo. Tuvieron lugar en el Templo de Jerusalén, donde acudió con sus padres y muchos otros galileos para celebrar la fiesta anual de la Pascua, que celebraba la salida de Moisés de Egipto para liberar a su pueblo.

Podemos trazar su ruta probable de Nazaret a Jerusalén. La aldea de Nazaret estaba a veinticuatro kilómetros al oeste del extremo sur del mar de Galilea, y a ciento cuatro kilómetros al norte de Jerusalén. Justo al sur del sur de Galilea estaba la hostil Samaria, por lo que los viajeros de Nazaret probablemente habrían ido principalmente hacia el este rodeando Samaria, luego hacia el sur en el lado este del río Jordán a través de la amistosa Perea, hasta que estuvieron cerca de Jericó, que estaba en el camino a Jerusalén. Normalmente, el grupo que caminaba unido desde Nazaret habría tardado entre cinco y siete días en recorrer el trayecto de más de ciento cuarenta y cinco kilómetros. [18]

Jesús enseñó en el Templo

En el Templo, Jesús probablemente pasó por su ceremonia de mayoría de edad, algo así como un bar mitzvá, para convertirse en un «hijo del mandamiento». De ser así, en ese momento se le consideraba responsable de sus propios actos. Era un miembro de pleno derecho de la comunidad judía que podía leer las Escrituras en la sinagoga, dirigir los servicios y participar en los debates del Templo.

Intencionadamente o no, Jesús se separó de sus padres tras su estancia en Jerusalén, cuando partieron con la multitud de regreso a Galilea. Sea como fuere, se dio cuenta de que Dios tenía un propósito para él, y tomó la decisión de quedarse para participar en los debates del Templo.

Jerusalén albergaba la sede de una religión mundial. Durante los días sagrados más importantes acudían allí judíos de Europa, África y Asia, así como de lo que hoy llamamos Oriente Próximo, para rezar y rendir culto, pagar el impuesto del Templo y organizar los sacrificios necesarios. Los setenta y un miembros del Sanedrín funcionaban como tribunal supremo de la ley religiosa y se reunían casi a diario.[19] En el Templo, los maestros eruditos conversaban y debatían.

A este distinguido grupo llegó un niño de doce años de Nazaret. Estaba sentado «en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas» (Lucas 2:40-52). Estas dos afirmaciones sugieren muchas cosas. Jesús actuaba como un rabino, un maestro formado. Podemos deducir que, durante sus años en la sinagoga local, debió de ser un alumno aventajado de la Biblia hebrea. Para ganar el apoyo que obtuvo en las discusiones del Templo, su forma de enseñar debió ser respetuosa y justa, libre de antagonismos. Jesús enseñaba entonces, como haría a menudo después, haciendo preguntas. Y ellos también le hicieron preguntas. El relato da la impresión de un estilo de enseñanza abierto e interactivo.

La interrupción y la respuesta equilibrada de Jesús

Durante el primer día completo de su viaje con la multitud que regresaba a Galilea, José y María no se dieron cuenta de que su hijo no estaba con ellos. Después de regresar a Jerusalén, pasaron tres días buscándolo. Cuando lo encontraron en el Templo, Jesús estaba completamente enfrascado en una discusión.

Durante este momento álgido de su vida, interactuando con los dirigentes de Israel, Jesús oyó la irrupción de su madre. «Niño, ¿por qué nos tratas así? Mira, tu padre y yo te hemos estado buscando ansiosamente».

Es natural que unos padres que habían perdido a un hijo durante tres días estuvieran angustiados, pero ella interrumpió todo el procedimiento y se dirigió a Jesús con un término, «niño», que no se ajustaba a su nueva condición y forma de actuar.

Al verse sorprendido por ella, Jesús respondió haciéndole dos preguntas: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabías que debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?» (Lucas 2:49).

Por un lado, vemos aquí la fuerza de carácter de Jesús, centrada en Dios. Había adquirido un sentido definido de su misión como maestro. La defensa de su permanencia en Jerusalén para participar en los debates del Templo implicaba que nuestro primer deber es hacer la voluntad de Dios. Tenemos razones para creer que las preguntas de Jesús a sus padres estaban exentas de todo desafío defensivo-agresivo.

Leer palabras en una página apenas transmite lo que habría sido ver y oír a Jesús. Una vez participé en un taller dirigido por un actor y director de teatro que nos asignó por parejas la tarea de leer en voz alta historias de breves interacciones entre individuos y Jesús. Era fascinante tener que decidir *cómo* decir lo que Jesús había dicho. De repente, teníamos que pararnos a pensar. No solo comunicaba ideas con palabras que se pueden escribir: también comunicaba actitudes y sentimientos. Al leer en silencio, normalmente no nos preguntamos esas cosas. Pero si entendiéramos el arameo, la lengua en la que enseñaba, y pudiéramos ver una película de Jesús, oír su voz y ver sus gestos, reconoceríamos lo incompleta que es nuestra lectura. Inconscientemente hacemos suposiciones sobre la dimensión sentimental de la historia.

Después de plantear estas preguntas, Jesús dio la segunda parte de su respuesta a sus padres. En silencio, salió del Templo con ellos e inició el camino de regreso a Nazaret. La partida demostró su capacidad para coordinar su primer deber para con Dios con las obligaciones hacia otras personas.

Me imagino que salió caminando, no mirando al suelo humillado, ni enfadado y resentido, sino con dignidad, la cabeza bien alta, y con compasión y respeto por sus queridos padres. Al fin y al cabo, la

voluntad de Dios incluye también obligaciones humanas, por ejemplo, «Honra a tu padre y a tu madre» (Éxodo 20:12). Encuentro un hermoso equilibrio en esta doble respuesta.

Cuando hablo de equilibrio, no quiero decir que todos los valores tengan el mismo peso. El verdadero equilibrio en la vida solo se alcanza cuando ponemos a Dios en primer lugar. El carácter justo de Dios siempre es equilibrado. Lo que vemos en la respuesta de Jesús es cierto también para nosotros. La fuerza sin mansedumbre es brutalidad; la mansedumbre sin fuerza es debilidad.

Cómo la vida familiar puede haber preparado la respuesta equilibrada de Jesús

A los doce años, Jesús habría fortalecido su carácter resolviendo los desacuerdos que normalmente surgen entre padres e hijos. El niño hace algo que va en contra de las expectativas de sus padres, o el padre dice algo y el hijo no está de acuerdo. No se puede esperar que las convicciones de un niño inteligente y vigoroso coincidan con todas las ideas, prácticas y expectativas tradicionales de sus padres.

Cuando surgen diferencias así, ¿qué opciones tiene un niño? La inmadurez solo ve dos: reprimir las propias convicciones o rebelarse. En el episodio del Templo, lo primero que hizo Jesús fue afirmar que lo que hacía era la voluntad de su Padre. Así que está claro que Jesús no había elegido una estrategia de sumisión pasiva a sus padres. A continuación, salió obedientemente del Templo con ellos. Esto demuestra que no permitió que sus propias opiniones se convirtieran en una autoafirmación rebelde, haciendo lo que quería a pesar de las obligaciones familiares.

Evitando los extremos inmaduros, Jesús encontró una tercera vía madura. Parece que aprendió a escuchar a sus padres, respetarlos y ser justo con lo que le pedían. Jesús también había descubierto que, cuando surgen desacuerdos, a veces es posible llegar a un buen compromiso y a veces no. Algunas veces sus padres tomaban decisiones que él simplemente tenía que aguantar. En el primer caso, desarrollamos la virtud del trabajo en equipo; en el segundo, la cooperación necesita una resistencia extra para mantener la buena voluntad a la hora de sacar lo mejor de la decisión que se ha tomado.

Si esta idea sobre el equilibrio de carácter de Jesús es correcta, entonces el amor por sus padres habría adquirido una madurez que no se puede alcanzar mediante ningún atajo espiritual. La voluntad de Dios no nos aparta de las responsabilidades terrenales; al contrario, nos lleva a desarrollar un equilibrio de virtudes que nos ayudan a conciliar nuestro deber para con Dios con nuestras obligaciones sociales.

Las virtudes que Jesús adquirió superando esas dificultades en casa son transferibles. Se pueden aplicar al trabajo y a cualquier otro lugar. Aprender a escuchar bien y a respetar a las personas independientemente de sus opiniones, y la capacidad de trabajar juntos como parte de la mayoría o de

la minoría: estas cualidades hacen que las organizaciones sean duraderas, armoniosas y eficaces. Creo que son aplicables a cualquier civilización.

Lucas resume el tiempo transcurrido entre el episodio de los doce y el bautismo de Jesús afirmando: «Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia divina y humana» (Lucas 2:52).

Conclusiones, previsiones de crecimiento y transición

Ahora podemos ver mejor el valor de la experiencia en la familia humana, el plan A de Dios para nuestro crecimiento. Hay pruebas que apoyan la idea de que lo ideal es que las virtudes básicas se aprendan en la familia.[20] Vislumbramos la posibilidad de que trabajar las tensiones que surgen en la vida cotidiana lleve a adquirir más virtudes que fortalezcan el vínculo familiar. Estas cualidades incluyen, por un lado, el valor de defender las propias convicciones y, por otro, la capacidad de escuchar, comprender y expresar abierta y justamente el aprecio por las opiniones de los demás. A ello se añade la voluntad de actuar de forma constructiva, sea o no posible un buen compromiso. Cada virtud adquirida de forma equilibrada contribuye a la calidad de nuestro amor. De este modo, la familia humana nos prepara para la vida en la familia mundial de Dios.

Cuando nos centramos demasiado en las luchas cotidianas, perdemos fácilmente de vista la perspectiva cósmica: pasar por pruebas forma parte del diseño del Creador para nuestro crecimiento. Jesús no refunfuñó ante las dificultades: parece que las asumió con una actitud positiva, como parte de vivir la voluntad de Dios, a quien tanto amaba.

Considera las facetas del crecimiento que ya hemos revisado, e imagina el progreso del Jesús humano que continúa hasta el momento de su bautismo. Su fe receptiva se había profundizado hasta la plenitud, y su fe activa había adquirido excelencia en una gama más amplia de tareas. Su relación con el espíritu de Dios en su interior, más estrecha de lo que podemos imaginar. Su comprensión de la tradición judía había sido superior a la de los expertos. Su conocimiento del mundo había desarrollado aún más su realismo científico para equilibrar su creciente conciencia de la verdad, la belleza y la bondad divinas. Su recta devoción a la voluntad de Dios había llevado su búsqueda de la perfección a las cimas del potencial humano. Había alcanzado el nivel de «dar en la diana» sistemáticamente en el discernimiento de la voluntad del Padre. Ya estaba preparado para desplegar en su carrera pública un carácter soberbiamente fuerte, centrado en Dios y sabiamente equilibrado.

Transición

Tras reflexionar sobre las decisiones que Jesús tomó a los 12 años, tenemos un mejor punto de vista para considerar las decisiones de gran alcance que tomó en torno a su bautismo.

Preguntas e invitaciones

- Intenta formular preguntas que enseñen con claridad y expresen actitudes que combinen fuerza y dulzura.
- ¿Qué implicaciones sobre la vida familiar tiene para ti este capítulo?

9

¿Qué podemos aprender de las decisiones de Jesús que pusieron en marcha su ministerio público?

Tras haber esbozado el crecimiento de Jesús durante sus primeros años, ahora lo vemos a finales de la veintena o principios de la treintena. Creo que ha alcanzado la cima del potencial humano de crecimiento, está totalmente preparado para tomar las poderosas decisiones que lanzarán su ministerio público. Se jugaba mucho al acudir al bautismo de Juan y después en el desierto.

Para cumplir toda justicia

Puede parecer obvio que Jesús fuera a ser bautizado en el río Jordán por Juan, su pariente y precursor (Mateo 3). No me imagino que Jesús lo debatiera en su mente, pero sí creo que pensó profundamente en sus implicaciones, entró en comunión con su Padre y tomó la decisión plena, deliberada y consciente de cumplir la voluntad divina.

Juan proclamaba el arrepentimiento como la forma de prepararse para la llegada del reino de Dios. Cuando Jesús estaba a punto de ser bautizado, Juan protestó: «Yo necesito ser bautizado por ti… ¿tú vienes a mí?». La pregunta de Juan implica que quien bautiza es normalmente mayor que el bautizado.

En respuesta, Jesús expuso su razón más profunda para acudir a Juan: «para cumplir toda justicia» (Mateo 3:15). Al hacerlo, Jesús relacionó abiertamente el comienzo de su carrera pública con la labor de su precursor, a quien llamaría el más grande, quizá porque fue el profeta que reconoció a Jesús y proclamaría al Maestro por lo que era (Mateo 11:11). El significado más amplio de este bautismo era que marcaba el comienzo de los años más trascendentales de la vida de Jesús y de la historia judía. Dios había hecho una alianza con Abraham; y Moisés, Elías y los profetas habían marcado el camino a seguir. Era voluntad de Dios que los seguidores de Jesús se nutrieran de lo mejor de esta herencia. Además, la venida de Jesús para el bautismo confirmaba el mensaje de Juan de prepararse para la llegada del reino

de Dios; Juan podía avanzar con confianza y preparar a sus seguidores para el nuevo maestro que los bautizaría con el Espíritu Santo (Marcos 1:8; Hechos 1:5).

Los riesgos relacionados con el plan A de Dios

Cuando Jesús apareció en escena, el judaísmo había sido sostenido divinamente desde la época de la alianza, dos mil años antes. La red de sinagogas, centrada en Jerusalén, era extensa. Que esta red llevara el mensaje de Jesús habría sido el primer paso ideal para que el evangelio se estableciera en todo el mundo. Parece plausible considerar esto como el plan A de Dios.

Pero además de ser leal a la voluntad de su Padre, Jesús también era realista. Conociendo la mentalidad de los líderes religiosos, habría reconocido la posibilidad de que rechazaran su misión.

Es concebible que Jesús hubiera podido ir a otra parte y comenzar una nueva religión libre del lenguaje del reino y del Mesías, con sus engañosas y peligrosas connotaciones políticas y militares. Pero Jesús fue a bautizarse con Juan para abrazar el plan A. Esto le exigía cumplir toda justicia dedicando por completo su voluntad al cumplimiento de la voluntad de su Padre.

En respuesta, en la voz del bautismo, Dios proclamó la verdad sobre Jesús: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17).

El problema de los odres

Lúcido ante las dificultades a las que se enfrentaba, Jesús dijo que no se «echa vino nuevo en odres viejos» (Mateo 9:17). Esta metáfora se basa en el hecho de que cuando el vino nuevo fermenta en odres viejos produce dióxido de carbono. El gas se expande y hace que los odres se rompan y el vino se derrame. Esta imagen simbolizaba el hecho de que la religión de Jesús, la religión del espíritu, no podía encajar en un marco rígido. La esperanza era que una masa crítica de líderes religiosos se volviera lo bastante flexible como para aceptar el nuevo mensaje y permitir que su tradición se renovara. Jesús haría todo lo posible por ganarse a esta gente. Cumplir toda justicia significaba aceptar las dificultades y los peligros del camino divino, con sus altibajos y su progreso a largo plazo que, en la mayoría de los casos, va despacio.

El problema de los odres ha causado división en repetidas ocasiones; ocurrió entre los seguidores de Jesús no mucho después de que dejara el planeta, y sigue entre nosotros hoy en día. Un grupo se mantiene fiel a lo que considera la verdad de la tradición, mientras que otro avanza en lo que considera la nueva verdad que se necesita ahora. El problema es distinguir entre lo que es una verdad

duradera en la propia herencia religiosa y lo que es un odre inflexible que necesita ser sustituido por algo mejor. También hay que distinguir la diferencia entre verdades oportunas y errores populares.

La respuesta de Jesús a este problema es un modelo para nosotros.

- El Maestro no era ni tradicionalista ni innovador unilateral. Defendió la verdad eterna que se había expresado en el pasado, al tiempo que proclamaba una nueva verdad para liberar a sus oyentes.
- Desde el principio, su enfoque fue positivo. No expuso ni atacó los errores de la tradición hasta que las circunstancias extremas y el tiempo de Dios le indicaron que debía cambiar su enfoque (como veremos en el capítulo 18, en la sección sobre el estallido del conflicto).
- Enfatizaba las verdades comunes, citando a veces imágenes seleccionadas e ideas de las Escrituras.

Si entendemos la estructura del problema de los odres y conocemos la estrategia de Jesús, tenemos una guía para compartir las enseñanzas de Jesús hoy en día.

Afrontar la rebelión contra Dios

Después de su bautismo, el Hijo del Hombre se fue solo al desierto durante cuarenta días. Allí encontró y venció tres tentaciones relevantes para su ministerio público. Sus decisiones en respuesta a estas tentaciones guiarían el cumplimiento del compromiso con toda justicia que acababa de asumir al acudir a Juan para ser bautizado.

Para entender las tres opciones de Jesús, necesitamos algunos antecedentes. Dios y los seres humanos no son las únicas personalidades que habitan el universo. También hay otros seres, superiores a los humanos e inferiores a Dios, que también tienen libre albedrío. Hace muchos miles de años, un ser superior inició una rebelión contra Dios. «Estalló la guerra en el cielo» (Apocalipsis 12:7). El diablo vino a este mundo para traer el pecado: la rebelión deliberada contra la voluntad de Dios.

Fue el diablo quien le tentó. Jesús no experimentó la tentación en el sentido ordinario de la palabra. Sus respuestas fueron inmediatas y contundentes. Nunca vaciló, nunca contempló la posibilidad de transigir, nunca se sintió su alma desgarrada ni necesitó orar. No necesitaba deliberar sobre hechos y valores. En cada caso, la elección consistía en obtener un valor secundario a costa del camino de Dios. Jesús sabía exactamente lo que estaba en juego, y era plenamente consciente de la voluntad de Dios. Juzgaba con intuición y perspicacia; sus respuestas eran previsoras y decisivas.

Las tres decisiones de Jesús en el desierto

Las tres decisiones de Jesús abarcan las dimensiones material, intelectual y espiritual de la vida (Mateo 4:1-11). A cada una de las propuestas del diablo, Jesús respondió simplemente como un ser humano justo, fuerte en el poder de la fe, bien provisto de verdad y seguro en Dios. A cada tentación respondía citando un pasaje de la Biblia hebrea. Con ello daba a entender que los seres humanos corrientes, conocedores de Dios, pueden triunfar sobre cualquier tentación.

La primera tentación tenía que ver con la satisfacción de las necesidades materiales normales y naturales. Los seres humanos son criaturas muy materiales. El Creador nos ha colocado al principio de nuestro viaje al cielo en este cuerpo asombrosamente diseñado, con sus necesidades y deseos, placeres y dolores; pero estos pueden convertirse en cadenas que atan. El Creador provee para satisfacer las necesidades y disfrutar los placeres; sin embargo, algunas veces debemos escoger entre gratificarnos a nosotros mismos y complacer a Dios.

Cuando Jesús tuvo hambre, el diablo le dijo: «Ordena a estas piedras que se conviertan en panes». Jesús respondió: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Deuteronomio 8.3). Su respuesta implicaba que satisfaría sus necesidades materiales de forma ordinaria, como hacen los demás seres humanos. Con Jesús, rezamos: «Danos hoy nuestro pan de cada día» (Mateo 6,11). Reconocemos al Creador como fuente y proveedor último de las necesidades humanas. *Rezamos en plural*, sabiendo que el Creador no quiere que ninguno de sus hijos se muera de hambre. Pero si la comida se consigue a costa de un trato con el diablo, es mejor pasar hambre.

La segunda tentación tenía que ver con cómo perseguir objetivos idealistas. Algunas personas utilizan cualquier talento, habilidad, dinero y poder que tengan para perseguir el éxito con medios sensacionales y contundentes. Pero en el trabajo espiritual, los métodos que utilicemos deben ajustarse al Dios al que servimos.

El diablo tentó a Jesús para que se arrojara desde lo alto del Templo, confiando en que los ángeles le impedirían caer. Si lo hubiera hecho, el impacto en las multitudes habría sido sensacional. ¡Qué manera de ganar adeptos! ¿Pero qué clase de seguidores serían? Su entusiasmo por los signos milagrosos y los prodigios eclipsaría el mensaje. Jesús respondió: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Deuteronomio 6:16). Los verdaderos seguidores no juegan con Dios; no hacen cosas imprudentes suponiendo que la providencia divina intervendrá para salvar el día. Esta decisión implica que las curaciones y otros prodigios de Jesús no se hicieron para deslumbrar a la gente y que creyera en él. En la mayoría de los casos, se hacían en respuesta a la fe de otros.

La tercera prueba versó sobre a quién adoramos y qué es lo que más deseamos. El diablo ofreció dar a Jesús los reinos de este mundo si el Maestro solo accedía a adorarle. Si Jesús hubiera utilizado sus poderes humanos y sobrehumanos para dirigir un ejército contra Roma, seguramente habría sido anunciado por los líderes del Templo y el pueblo como el Mesías.

Pero todo lo que se hubiera podido ganar apartándose del camino de Dios no era nada comparado con el más alto compromiso de Jesús: «Adora al Señor, tu Dios, y sírvele solo a él» (Deuteronomio 6:13). Adorar y servir solo a Dios significa que servimos a los demás solo de acuerdo con la voluntad de Dios.

En esta desafiante interacción, el Jesús humano soportó la visita de la personificación de la mentira, la fealdad y el pecado, y salió victorioso. De hecho, Jesús mostró cómo podemos manejar la tentación. Cabe señalar que cuando experimentamos la tentación, no debemos concluir que el diablo está presente. El corazón humano puede generar muchas tentaciones por sí mismo. Dijo Jesús: «Del corazón del hombre salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, el robo, el asesinato, el adulterio, la codicia, la maldad, el engaño, la sensualidad, la envidia, la calumnia, la soberbia, la insensatez» (Mateo 15:19; Marcos 7:21-22.).

Esta franca afirmación sobre el mal que puede salir del corazón humano nos ayuda a comprendernos a nosotros mismos y a los demás de forma realista. Cuando vivimos en nuestro mejor momento, estos potenciales están latentes y son inconscientes. Pero cuando se agitan y cobran consciencia, hacemos bien en tomarlos en serio acudiendo primero a Dios o a Jesús, y tal vez pidiendo ayuda a un amigo o a un consejero.

Creo que la madurez plena para todos incluye decisiones importantes que abarcan el autodominio en el plano material, el uso recto de nuestros poderes y un compromiso supremo con las lealtades y los valores más elevados.

El camino de la vida contra el mal y el pecado

Para que Jesús pudiera revelar el modo de vida celestial en la tierra, parece que tuvo que enfrentarse a la oposición. Para comprender lo que Jesús venció, debemos distinguir entre el mal y el pecado. El plan de evolución biológica del Creador creó a la humanidad con tendencias naturales hacia el materialismo y el egocentrismo. *El potencial* para el mal es inevitable, pero cuando somos lo suficientemente mayores como para reconocer la diferencia podemos elegir el bien en su lugar.

Cuando nos enredamos en el mal (el nuestro, el de los demás, o ambos), podemos entrar en la oración de Jesús: «Líbranos del mal» (Mateo 6:13). Cuando esta oración está llena de fe, la respuesta de Dios nos capacita para vivir los valores del camino divino.

El pecado está en otra liga. El pecado rechaza la moralidad, traiciona los valores divinos y se rebela contra la voluntad de Dios con los ojos bien abiertos. El pecado no es el arquero que falla el blanco, sino el que desafía la idea misma de blanco y dispara flechas a otros arqueros. El pecado sabe lo que Dios quiere, pero ha dejado de importarle o se enorgullece de la acción desafiante.

El camino de la vida contrasta con el mal y el pecado de muchas maneras.

- El camino de la vida dice SÍ a Dios y sigue adelante. El mal se autoengaña; va por el camino equivocado, pero no se permite afrontar honestamente lo que está haciendo. Puede confundir su propio vicio con una virtud y causar atrocidades. El pecado se enorgullece de vivir al revés.
- El camino de la vida utiliza el libre albedrío para buscar y hacer el bien. El mal persigue satisfacciones envueltas en el yo. El pecado afirma la engañosa libertad de hacer lo que a uno le dé la gana y acaba con amargas consecuencias.
- El camino de la vida afronta los problemas con una concentración eficaz, un corazón alegre y una resistencia tenaz. El mal posterga y toma el camino fácil. El pecado reúne sus fuerzas para distorsionar la verdad y el amor.
- El camino de la vida aspira a amar adecuadamente a cada persona. El mal solo da afecto a quien es afectuoso a cambio. El pecado solo encuentra aliados en compañía de quienes se ciegan orgullosamente a la bondad de Dios y al privilegio de servir a nuestros hermanos.
- El camino de la vida conduce a un futuro glorioso. El mal frena el progreso de todos los afectados. El pecado puede acumular un impulso que estrangule el destino de una persona como hijo de Dios. En otras palabras, si el pecado se convierte en un hábito endurecido, el individuo se vuelve cada vez más sordo a cualquier otro llamamiento misericordioso. En el peor de los casos, «la paga del pecado es la muerte»; en otras palabras, la consecuencia final es una muerte que equivale al suicidio espiritual del alma (Romanos 6:23). Esto no debe confundirse con la sobredosis desesperada de un adolescente presa de la oscuridad ilusoria de la depresión.

Desde la perspectiva omnisciente de Dios, la vida de una persona entre el nacimiento y la muerte muestra dónde está su centro de gravedad, a un lado u otro de la gran división entre el camino de la vida y el camino de la muerte. Es cierto que nuestro crecimiento es siempre incompleto; vagamos y

tropezamos. Solo Dios conoce el corazón, solo Dios puede juzgar. Con misericordia y paciencia, perdona una y otra vez. Pero Dios sabe cuándo se le rechaza consciente y deliberadamente, y sabe cuándo ese rechazo equivale a la respuesta definitiva de un individuo.

Jesús lloró sobre Jerusalén al anticipar las consecuencias del pecado que se estaba gestando en el Sanedrín, el grupo gobernante que se reunía en el Templo (Lucas 19:41). Imagino a Jesús llorando por nuestros pecados, ya que violan las sabias leyes del Creador, debilitan el carácter, dañan nuestra conexión con Dios, perjudican a los demás y dificultan que el planeta realice su destino.

¿Quién no ha caído en el mal y en el pecado? Pero la buena noticia es que podemos aceptar el perdón divino y transformador.

El triunfo personal de Jesús sobre el mal y el pecado fue completo cuando tomó sus decisiones en el desierto. Su carácter había adquirido la fuerza que le daba el impulso de vivir con constancia el camino de la vida durante décadas. Al crecer, adquirió un equilibrio de virtudes derivadas de experimentar una serie de desafíos, y su carácter estaba centrado en la justa voluntad del Dios del amor y la misericordia.

Buscar la madurez de Jesús es como pilotar un avión: las corrientes de viento nos empujan continuamente hacia arriba o hacia abajo, a la izquierda o a la derecha. Estas corrientes pueden no ser fuertes, pero requieren que el piloto haga correcciones de rumbo para mantener el rumbo hacia el destino. En el mejor de los casos, un carácter bien equilibrado se mantiene firme sin importar de qué dirección venga el siguiente empujón o tirón.

Resumen del capítulo

Repasando este capítulo, hemos considerado cuatro desafíos a los que se enfrentó Jesús al lanzar su misión pública. En cada uno de ellos, respondió con una decisión que colmó toda justicia. Eligió:

- Aceptar de todo corazón la voluntad de su Padre en su carrera pública como maestro, aun sabiendo que los odres de la tradición podrían ser incapaces de recibir el vino de la religión del espíritu.
- Ejercer autodominio sobre las necesidades y deseos del cuerpo.
- Comprometerse a utilizar sus poderes únicamente de forma coherente con el carácter espiritual de su misión.
- Hacer frente al mal y al pecado mediante la decisión incondicional de adorar solo a Dios y servirle solo a él.

Está claro que la calidad de nuestras decisiones es esencial a la hora de dar los pasos humanos diarios para cooperar con Dios. Nadie podría contar las decisiones cotidianas que formaron el carácter de Jesús. Le prepararon para enseñar en el Templo y para volver a casa, a Nazaret. Y más años de decisiones sentaron las bases de su magnífica actuación antes y después de su bautismo por Juan. Y las decisiones solo son reales en la medida en que se llevan a cabo.

10

¿Cómo encontró Jesús la alegría de vivir?

En una frase, Jesús reveló otro aspecto de su misión, de su vida y de la vida de sus seguidores: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Juan 10:10). «En abundancia» implica un desbordamiento que es más que suficiente para llegar al cielo. Para Jesús, la vida abundante se centraba en las cosas espirituales, pero no se limitaba a ellas. Crecer con él es una aventura holística.

El Hijo del Hombre era un maestro de un arte de vivir que lo abarcaba todo. Jesús era fresco, vivo, realista, imaginativo, original, espontáneo, creativo, vivamente expresivo, de buen humor y alegre.

Cuando Jesús exhortó a «tener buen ánimo», es probable que estuviera revelando su propia disposición general (Juan 16:33). También había encontrado esta actitud en Proverbios: «El corazón alegre constituye buen remedio»; «El corazón alegre hermosea el rostro» (17:22 y 15:13). Yo sugeriría que hay niveles de actitud y que el imperativo de estar de buen humor es la actitud universal que anima actitudes específicas de respuesta espiritual a tipos particulares de desafío, como abrazar la incertidumbre, responder vigorosamente cuando el trabajo se pone difícil y movilizar la resistencia cuando un problema parece abrumador. En la vida de los sentimientos, el imperativo universal del buen ánimo es el equivalente afectivo de la utilidad universal de la regla de oro en el ámbito de la acción.

En el capítulo anterior retratamos la verdad, la belleza y la bondad en los planos espiritual, intelectual y material, que implican nuestro pensar, sentir y hacer. Este capítulo se centra en los sentimientos y especialmente en la alegría, que es prácticamente sinónimo de buen humor. Todos los sentimientos ricos en valores se apoyan y refuerzan mutuamente. Este capítulo encuentra la alegría en la dimensión afectiva del ámbito amplio de la vida abundante. Consideramos la belleza en la naturaleza, las artes, la experiencia espiritual y el trabajo evangélico. Reservaremos más ejemplos para capítulos posteriores y para algunas situaciones más oscuras.

Belleza en la naturaleza

Podemos entrar en la alegría de Jesús participando en experiencias similares a las suyas. La curiosidad del niño que hay en cada uno de nosotros descubre que hay mucho que apreciar en la naturaleza. Al menos en su adolescencia, Jesús habría conocido los cambios de humor del mar de Galilea, la estabilidad fiable de las montañas cercanas y el aspecto agradable de los campos, los rebaños y los huertos regados.

Jesús habría apreciado la poesía del sol y las estrellas del Salmo 19.

> Los cielos cuentan la gloria de Dios
> y el firmamento proclama la obra de sus manos.
> Día a día derrama el habla
> y la noche a la noche declara el conocimiento.
> No se habla, ni hay palabras;
> su voz no se oye;
> pero su voz se extiende por toda la tierra
> y sus palabras hasta el fin del mundo.
> En los cielos ha puesto una tienda para el sol,
> que sale como un novio de su palio nupcial,
> y como un hombre fuerte sigue su curso con alegría.
> Su nacimiento es desde el fin de los cielos
> y su circuito hasta el fin de ellos
> y nada se oculta a su calor.

El salmo da voz a cualidades expresivas de la naturaleza. Reflejan cualidades del Creador (gloria, artesanía) y la imaginación del autor (un novio que corre por los cielos con fuerza y alegría).

Jesús se regocijaba en la obra del Creador. Llamó la atención de sus discípulos sobre la belleza de la naturaleza: «Mirad cómo crecen los lirios. No trabajan ni hilan. Os aseguro que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos» (Lucas 12:27). En este contexto, hilar significa preparar el hilo para tejer la tela. Además, Jesús se deleitaba observando cómo el Creador proveía a todos los seres vivos. «Fíjate en los cuervos: No siembran ni siegan, no tienen ni alfolí ni granero, y Dios los alimenta» (Lucas 12:24). El aprecio de Jesús por las aves y otros animales no humanos sugiere que no fueron creados únicamente para los seres humanos.

Por último, Jesús manifestaba en todo su ser una naturalidad que se basaba en estar en casa, en la naturaleza. Jesús fue un vagabundo durante gran parte de su carrera pública como maestro; pasó cuarenta días solo en el desierto. Mientras difundía el mensaje con sus discípulos, caminó por toda Palestina y más allá.

Las artes

El puente perfecto entre el arte de vivir del Maestro y las artes particulares es esta joya que Jesús habría disfrutado del primer Isaías: «El Señor es mi fuerza y mi canción» (Isaías 12:2 RSV). La fuerza en la vida proviene principalmente de estar centrados en Dios, y la sola idea de Dios como nuestra canción es tan hermosa que me niego a hacer un comentario al respecto.

En las artes prácticas, Jesús era experto en carpintería. En las bellas artes, puso su toque inolvidable en la narración. Su parábola de los talentos retrata la alegría de las recompensas para las personas dignas de confianza que invierten sus dones de forma sabia y provechosa para el reino: «Bien hecho, siervo bueno y digno de confianza; has sido digno de confianza en pocas cosas, yo te pondré al frente de muchas cosas; entra en el gozo de tu señor» (Mateo 25:21, ligeramente alterado). Jesús, el Maestro alegre, nos regaló, para empezar, su vida y sus enseñanzas; y entramos en su alegría cuando somos creativos (inteligentes y productivos) al trabajar con esos dones. Una manera de entrar en la alegría del Maestro es estudiar sus parábolas y crear algunas propias para utilizarlas.

Entre las artes de la diversión están el juego, los deportes y el humor. Un corazón alegre tiene sentido del humor. Vale la pena subrayarlo porque es fácil pasar por alto este sabor de alegría en Jesús. Él preguntó: «¿Por qué ves la paja en el ojo de tu prójimo, y no reparas en la

viga que tienes en el tuyo?» (Mateo 7:3). La exageración llevada a extremos imposibles es una señal de comedia.

Muchos estamos familiarizados con la frase «lobos con piel de cordero», pero en el siglo I a sus oyentes les habría resultado cómico imaginárselo (Mateo 7:15).

Sacada de contexto, la más divertida de todas las imágenes de Jesús fue su crítica a los fariseos que «colaban un mosquito pero se tragaban un camello» (Mateo 23:24). Algunos de sus enemigos tenían sumo cuidado en no consumir ni el más mínimo alimento prohibido por «impuro», pero esos mismos fariseos se contaminaban groseramente al ignorar lo espiritual esencial. Como medio de crítica, en algunos entornos, el humor hace que la gente sea receptiva a lecciones que de otro modo no serían bienvenidas.[21]

Vida abundante en el trabajo espiritual

Uno de los mayores deberes, privilegios y alegrías de ser seguidor de Jesús es hacer trabajo espiritual. Jesús había enviado a setenta evangelistas para enseñar, predicar y sanar (Lucas 10:1-24). Ellos regresaron regocijados y reportaron sus obras de poder en la restauración de personas que sufrían. El Hijo de Dios les advirtió que no se alegraran de sus asombrosos éxitos, sino que se centraran en lo que era aún más grande: «Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo». En otras palabras: su vida eterna estaba asegurada, algo mayor incluso que su trabajo espiritual.

Al escuchar estos informes, Jesús se sintió profundamente conmovido por la forma en que vio al Creador obrando en los evangelistas. Su visión espiritual encierra un mensaje esencial para todos nosotros. «Se regocijó en el Espíritu Santo y dijo: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los inteligentes y se las has revelado a los niños de pecho; sí, Padre, porque tal fue tu bondadosa voluntad"» (Mateo 11:25).

Cuando Jesús habló de «los sabios y los inteligentes», parece que se refería a personas dotadas intelectualmente, bien educadas y sabias de forma limitada. De ellos era la sabiduría espiritual oculta y el poder para hacer el trabajo espiritual. Sus dones y logros mentales no sustituían a una fe dinámica. Por el contrario, los setenta en general carecían de brillantez intelectual y sabiduría mundana; y Jesús se regocijó en la evidencia de que la gente común puede hacer un trabajo poderoso como mensajeros del evangelio.

La mayor enseñanza de Jesús sobre la alegría del éxito del trabajo evangélico es esta parábola:

> ¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas y perdiendo una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se ha perdido hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la echa sobre los hombros y se alegra. Y cuando vuelve a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: «Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido». Así os digo que habrá más alegría en el cielo de Dios por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse. (Lucas 15:4-7).

Esta parábola expresa la afirmación más completa del valor inimaginablemente grande de un individuo. El pastor se alegra, llama a sus amigos y vecinos a alegrarse. Del mismo modo, hay alegría en el cielo por la persona infinitamente amada que se perdió, fue encontrada y devuelta a los círculos de la comunidad amorosa. Sin duda, la persona que se salvó sintió la alegría de ser recibida en casa por personas visibles e invisibles.

Podemos entrar en la belleza de la alegría de Jesús compartiendo esta labor: guiar a los que están perdidos para que encuentren el camino a casa, a la familia de Dios. Algunos lectores pueden pensar: «Me dedicaré a la mayoría de estas otras alegrías, pero dejaré la alegría de la evangelización para otros». Todo este libro puede leerse como un esfuerzo por atraer a estos lectores al campo de trabajo.

Como hemos visto antes, las enseñanzas de Jesús invitan al oyente a la alegría: «El Padre mismo os ama». «A vuestro Padre le ha placido daros el Reino» (Juan 16,27; Lucas 12,32). La alegría y los sentimientos afines pueden evocarse conmovedoramente sin ser mencionados. Con la fe de un niño pequeño, una persona puede entrar en el reino de Dios (Marcos 10:13-16). En la parábola del pequeño grano de mostaza, a partir de comienzos humildes, desarrollamos gradualmente misteriosas conexiones celestiales (Mateo 13:31-32). Si leemos estos pensamientos con un corazón de piedra, nos perdemos la dimensión afectiva que es esencial para la respuesta receptiva al mensaje original de salvación de Jesús; él hablaba a toda la personalidad.

Si reflexionamos sobre las promesas de Jesús, podemos responder a ellas con sentimiento. «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá la puerta» (Mateo 7:7). Sentimos su carácter abierto, acogedor y alentador.

Nos regocijamos en las bienaventuranzas que trazan un camino óctuple que constituye el núcleo espiritual de la felicidad. Comenzamos con «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Le sigue (más arriba, en la Parte I) «bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados».

Siempre que nos sentimos cansados y agobiados por una tarea ingente, Jesús nos llama: «Venid a mí todos los que estáis cansados y lleváis pesadas cargas, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera» (Mateo 11:28-30).

«El reino de Dios está dentro de vosotros» es una enseñanza parecida a la parábola de Jesús del «tesoro escondido en un campo, que un hombre encontró y volvió a enterrar; entonces, gozoso, fue, vendió todo lo que tenía y compró aquel campo» (Mateo 13:44). El espíritu de Dios en nuestro interior puede ser el regalo que más alegría nos proporcione.

Resumen y transición

Jesús reveló un aspecto de su vida personal, una faceta esencial de su misión y un gran don que quería que compartiéramos: la vida en abundancia. Se trataba de una vida centrada en lo espiritual, pero con un alcance global. El arte de vivir de Jesús, natural, de buen humor y creativo, implicaba toda su personalidad y abarcaba toda la vida.

Entramos en la alegría de Jesús haciendo cosas similares a las que él hizo. Las promesas de Jesús sobre la alegría en el trabajo espiritual pueden inspirarnos a diseñar caminos para nosotros mismos y para los demás que incluyan, esperen, recen y celebren esta dimensión.

Algunos de los ejemplos reseñados aquí son desafiantes. Entrar en la alegría de Jesús no es como ir a una fiesta y simplemente atiborrarse de postres. Hay alegrías de entrada y alegrías avanzadas en el camino divino para cada uno de nosotros a medida que encontramos el camino a través de las bienaventuranzas, otras enseñanzas y etapas de la vida de Jesús.

Pero la alegría ilumina el camino y nos anima paso a paso. Me imagino a Jesús diciendo con Isaías: «Mi alma se alegrará en el amor de mi Dios, porque me ha vestido con las vestiduras de la salvación y me ha cubierto con el manto de su justicia» (Isaías 61:10). En otras palabras: a medida que damos los pasos humanos hacia adelante con Dios, nuestro Padre nos da aquello de lo que tenemos hambre y sed.

Ahora, sobre la base de esta celebración del lado afectivo y emocional del carácter equilibrado de Jesús, avanzamos hacia el territorio de la acción. El capítulo anterior sugería que

la verdad, la belleza y la bondad deben guiar nuestro pensar, sentir y hacer. En el nivel introductorio de la primera parte ya hemos cubierto las dos primeras dimensiones.

Preguntas e invitaciones

- ¿Qué te produce alegría? ¿Qué te ha resonado al leer este capítulo? ¿Cómo contagias la alegría de Jesús? ¿Cómo *podrías* difundirla más?

Reflexiones sobre la primera parte

La primera parte está impregnada de un sentido de propósito. El preludio histórico concluyó con la idea de que la misión o propósito de Jesús en su vida en la tierra era conducirnos a una tierra espiritual prometida: el reino de Dios. El reino trae la vida eterna para el individuo y un destino glorioso para nuestro planeta; pero el propósito de la vida de Jesús tenía muchos aspectos, que expresó en diferentes momentos. Vislumbramos su robusto sentido de la misión cuando enseñó en el Templo. En su vida posterior, expresó su misión diciendo que había venido a buscar y salvar a los perdidos. Podemos mejorar nuestro sentido de propósito en la vida entrando en aspectos del propósito de Jesús.

Objetivo y método

El objetivo principal de la primera parte es retratar el crecimiento del Jesús humano hasta la plenitud de la madurez adulta. El segundo objetivo era mostrar cómo crecer con él y ser como él. Para cumplir estos objetivos, el método utilizado consistió sobre todo en recurrir a las enseñanzas implícitamente autobiográficas del mensaje original con suficiente detalle como para que pudiéramos entender cómo vivirlas.

Por último, vimos a Jesús a través del prisma de la acción. Lo observamos interactuando con los maestros del Templo, con sus padres, con Juan el Bautista, con el diablo y, a través de todo ello, permaneciendo conectado con Dios. Podemos tomar decisiones análogas a las de Jesús. Podemos promover la religión del espíritu, lograr el autodominio, utilizar métodos morales para perseguir

nuestros objetivos sociales, económicos y políticos, y establecer la primacía de Dios como alguien a quien adoramos y cuya voluntad buscamos.

Al parecernos a Jesús, llegamos a conocerle a él y a su mensaje de una manera única.

El núcleo del evangelio de Jesús

Mi propósito en la siguiente parte de esta reflexión es destacar de la primera parte lo que considero los temas centrales del evangelio de Jesús: el Padre y la familia. Los demás temas evangélicos nos hablan más de Dios, más de lo que significa relacionarse bien con los demás, o de ambas cosas.

El mensaje se centra en Dios, y la salvación se ofrece a todos los que la buscan con la fe sincera y humilde de un niño pequeño. No se exige creer en Jesús. El hambre y la sed de justicia se centran en Dios y en su justicia; el don de la justicia se otorga cada vez más a cada persona de la familia de los que tienen fe en Dios a medida que progresan.

Nuestro Padre celestial es el Padre Creador de todos; nadie más es creador de personas. En este sentido, todos somos hermanos. El concepto de familia universal de Dios cobra sentido y valor por la verdad de que el espíritu de Dios interior está presente, no solo en los creyentes, sino en todas las personas. Las llamadas a amar al prójimo, a ser misericordiosos y a vivir la regla de oro amplifican el concepto de familia universal. Además, la verdad a todos los niveles, la belleza gozosa y la bondad de la fe activa hablan al pensamiento, al sentimiento y a la acción de todos.

Además de la familia universal y de la familia del reino de Dios que Jesús inauguró, hemos hablado de la familia de la fe, que incluye a personas sinceras de cualquier religión o de ninguna. Así pues, *el término «familia» tiene un significado flexible según el contexto*. Aclararemos esta idea en el capítulo 12, pero por lo que hemos visto hasta ahora, ya está claro: el concepto de familia de Jesús está lleno de significado y valor.

Una filosofía de superación personal

La meta de ser como Jesús es un objetivo que la primera parte interpreta como una invitación a desarrollar un carácter fuerte, centrado en Dios y sabiamente equilibrado. Quiero repasar estas cualidades, que se refuerzan mutuamente, enfatizando el equilibrio en los valores divinos.

Cuando hacemos un gran avance en nuestro crecimiento, experimentamos una explosión de nuevas fuerzas. Zaqueo lo hizo con tanta valentía que creó un poderoso impulso, pero se necesita más que un avance para adquirir una fortaleza o virtud de carácter digna de confianza. Para tenerla, necesitamos el hábito.

Por encima de todo, nuestra fuerza proviene de estar centrados en el Creador, cuyo espíritu mora en nuestro interior.

Cuando permitimos que la verdad, la belleza y la bondad guíen nuestro pensar, sentir y hacer, la verdad divina nos hace libres; la belleza divina alegra nuestro corazón y la bondad divina nos lleva hacia adelante. Cuando estos valores están vivos en nosotros, irradian.

Ante todo, la verdad es espiritual. Entre los ejemplos, además de los mencionados anteriormente, se incluyen las siguientes promesas. Podemos pedir y recibir; buscar y encontrar; llamar y se nos abrirá la puerta. El reconocimiento realista de nuestras limitaciones espirituales (ser «pobres de espíritu») conduce a la felicidad que supone recibir realmente la seguridad de la salvación, ser acogidos en la familia de Dios en la tierra y en el cielo.

Sobre esta base, podemos aprender a vivir de forma liberada. Así, el espíritu interior de Dios se expresa a través de nosotros. Así revelamos a Dios.

Este pensamiento requiere un comentario. Los que aspiramos a estar centrados en Cristo hacemos bien, creo, en darnos cuenta de que Cristo quiere que primero estemos centrados en el Padre, como Él. Él reveló al Padre, y nosotros también podemos hacerlo. Del mismo modo*, a medida que crecemos y nos asemejamos a Jesús, también le revelamos cada vez más.*

Nota: cada vez que vivimos verdadera y sinceramente el espíritu de cualquiera de las enseñanzas del mensaje salvífico de Jesús, en este capítulo o en cualquier otro, durante cualquier período de tiempo, no solo estamos llegando a ser *como Él, sino que estamos* siendo *como Él.* La excepción es que Jesús nunca tuvo ocasión de arrepentirse.

La verdad también se encuentra en el plano de los hechos materiales y del realismo científico. Aquí añado algo al mensaje original basado en lo que sabemos que es Jesús. El Creador nos ha plantado en el suelo de los hechos de las condiciones materiales de la vida en la tierra; además, estamos inmersos en nuestro entorno social y cultural. Para equilibrar nuestra rectitud, adquirimos conocimiento de los hechos, incluidas las verdades de la ciencia.

Una perspectiva científica ayuda a crecer. Pensemos en lo a menudo que nos dejamos llevar por el miedo o la ira cuando reaccionamos a circunstancias internas o externas; funcionamos en el nivel material de causa y efecto biológico-emocional. Aunque nuestra comprensión científica sea escasa, ya es una gran ventaja reconocer cuándo este tipo de motivación está impulsando el comportamiento. Ya se trate de una dificultad en una relación personal o de noticias sobre la nación o el mundo, el realismo ayuda a la mente a encontrar los caminos de la acción amorosa, compasiva y eficaz.

La verdad también se encuentra en el plano de la mente. La mente no puede tomar decisiones morales sólidas basándose únicamente en los hechos del mundo material y las verdades de la ciencia, o únicamente en percepciones espirituales y convicciones religiosas. Somos personas completas en el universo en evolución del Creador; el crecimiento holístico une el cuerpo y sus necesidades con los valores del espíritu mediante las decisiones de la mente. Por ejemplo, la madurez del carácter recto y el discernimiento filosóficamente sabio requieren que la mente integre el idealismo con el realismo. Vimos el equilibrio de Jesús entre diferentes niveles de valor en sus decisiones a la edad de doce años. Por sus decisiones firmes y centradas en torno a su bautismo, Jesús también aceptó los costes realistas de su idealismo. Me refiero al problema de los odres y a sus decisiones en el desierto.

Simplificando por un momento, la ciencia se especializa en los hechos, la religión en los valores y la filosofía en los significados. A la hora de tomar decisiones, la filosofía se pregunta por los significados de los hechos y valores relevantes: ¿Qué implican en esta situación para los posibles cursos de acción? Cuando un proceso de oración concilia realismo e idealismo maduros, aunque sea de forma sencilla, surge una cualidad particular de belleza.

La belleza en diferentes formas trae alegría en varios sabores. Este valor divino abarca un amplísimo espectro de sentimientos en todos los niveles. Recordemos el placer de Jesús por las bellezas de la naturaleza y su humor. Las bienaventuranzas nos traen el tema de la alegría: ser humildes, pobres de espíritu; con hambre y sed de justicia. Hay alegría al hacer realidad el tesoro espiritual en el reino y regocijo en el don de Dios de la justicia. Si nos estremecemos al contemplar una advertencia realista sobre un reino dividido, también podemos estar seguros del triunfo final del bien. Y tenemos las alentadoras bellezas del amor y la amistad, humana y divina.

A medida que crecemos, el valor universal y divino de la bondad domina cada vez más nuestro hacer. La mejor acción es la que sigue a decisiones que integran todas las dimensiones de la persona en su totalidad. Encontramos la bondad en el Dios del amor y en la vida humana moralmente activa. La bondad florece en las familias humanas que ayudan a sus hijos a madurar y a encontrar a Dios, como hicieron María y José con Jesús. La bondad culmina en vivir la voluntad de Dios.

Todo lo bueno que hacemos nos acerca al día de un mundo mucho mejor. Si no solo somos hermanos, sino que también estamos conectados, entonces hacer cualquier cosa buena tiene algún grado de efecto en los demás; ralentiza el declive de la humanidad y refuerza nuestro progreso hacia niveles más altos de bienestar y el bien del individuo y del conjunto.

No tenemos que alcanzar el nivel de perfección de Jesús para ser fuertes, equilibrados y centrados. Para no sentirnos abrumados por estos ideales, aprendemos a vivir alegremente con ellos.

No esperamos demasiado de nosotros mismos ni de los demás. Nos recordamos a nosotros mismos que nuestro crecimiento es gradual, nuestro destino es celestial y nuestro apoyo es constante: la comunión divina, la misericordia abundante y la paciencia generosa.

Transición

Pasamos ahora a la segunda parte de este libro. La primera parte expuso *la fe* viva; la segunda parte explora la *verdad* viva, que encontramos en los conceptos del reino de Dios y la familia de Dios. La primera parte introdujo el ser nacido del espíritu en conexión con Nicodemo; la segunda parte nos lleva a ser enseñado por el espíritu. La primera parte se refiere a Dios como Padre y Progenitor; la segunda parte tiene un capítulo sobre la paternidad y maternidad de Dios. La primera parte introdujo el amor; la segunda parte tiene un capítulo sobre lo que significa amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. La primera parte se ha centrado en gran medida en el individuo; la segunda parte se adentra en hacer realidad el amor al prójimo perdonando y sirviendo a los demás. La primera parte trata de la oración y de las diversas experiencias espirituales; la segunda parte culmina con capítulos sobre el amor, la misericordia y el servicio.

Preguntas e invitaciones

- Cuando contemplo el ideal de las mejores decisiones de Jesús, descubro que necesito acercarme a él poco a poco. Necesito repetir una y otra vez mis mejores decisiones para que sean eficaces en mi vida a lo largo de los años. Según mi experiencia, después de tomar una buena decisión, esta duerme en mí y necesita que se le insufle nueva vida. ¿Son tus decisiones como las mías? Encuentro un gran poder en convertir una decisión noble pero cansada en una decisión moral auténtica y de todo corazón. ¿Y tú?
- Jesús enseñó la verdad en paquetes pequeños. ¿Hay alguna enseñanza en este capítulo que te llame especialmente la atención? Lo ideal sería que encontraras alguna forma de interpretarla y aplicarla en tu vida antes de volver a por el siguiente paquete.
- ¿Qué grandes decisiones has tomado ya? ¿Cómo las has tomado? ¿Te enfrentas ahora a una decisión importante? Si es así, ¿cuáles son los hechos y las verdades más importantes sobre la situación y las personas implicadas? ¿Qué verdades hay que vivir? ¿Qué cualidades de sensibilidad ante la belleza (incluido el sentido del humor) y creatividad son necesarias? ¿Qué equilibrio de virtudes de bondad se necesita?

- ¿Qué puedes hacer para centrarte en Dios? ¿Fortalecer tu carácter? ¿Equilibrar tu carácter?

II. El Hijo del Hombre enseña su mensaje original

En la primera parte describimos cómo la humildad permite que nazca del espíritu una fe viva (receptiva y activa). Esta misma apertura infantil también nos hace enseñables. La fe viva es enseñable por la verdad viva. Es necesario aclarar el concepto de verdad viva; lo observamos primero en el capítulo sobre el modo de enseñar de Jesús. Después, vemos la verdad viva y en movimiento en el concepto que Jesús tiene del reino de Dios y cómo se relaciona con su concepto de la familia de Dios. A medida que la segunda parte continúa centrándose en el mensaje original de Jesús, cultiva que lleguemos a ser enseñados por el espíritu.

11
¿Cómo enseñaba Jesús?

Jesús estaba vivo, era libre y respondía a las personas y grupos con los que se encontraba y a sus situaciones siempre cambiantes. Dijo que su misión era «proclamar el mensaje» (Marcos 1:35-38), pero no lo hizo como algunos políticos que se presentan a las elecciones y pronuncian el mismo discurso una y otra vez o utilizan el mismo puñado de temas de conversación.

Cuando leemos lo que Jesús enseñó, a veces se interpone un enfoque intelectual. Sus enseñanzas no estaban pensadas para atraer especialmente a las élites intelectuales y religiosas: eran para todos. Jesús evitó las definiciones intelectuales, los comentarios y las explicaciones. Proporcionaba una orientación que satisfacía las necesidades de los demás sin decir demasiado.

La forma de enseñar de Jesús era parte natural de su forma de vivir. El Jesús humano vivió la verdad hasta tal punto que se convirtió en parte de lo que él era. Exploramos su manera de enseñar en este capítulo para prepararnos para el siguiente, en el que nos encontramos con el concepto y la experiencia de vivir la verdad.

Ejercer virtudes particulares

Jesús enseñaba expresando espontáneamente las cualidades del carácter que había desarrollado. Hubo un episodio instructivo de enseñanza durante la última semana de la vida de Jesús, cuando algunos de sus enemigos intentaron meterle en problemas haciéndole una pregunta capciosa.

> Entonces los fariseos fueron y tramaron tenderle una trampa en lo que decía. Enviaron, pues, a sus discípulos y a los herodianos, diciendo: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios según la verdad, sin hacer acepción de personas. Dinos, pues, lo que piensas. ¿Es lícito pagar impuestos al emperador, o no?». Pero Jesús, consciente de su malicia, les dijo: «¿Por qué me ponéis a prueba, hipócritas? Mostradme la moneda con que se paga el impuesto». Y le trajeron un denario. Entonces les dijo: «¿De quién es este denario y a quién pertenece?». Ellos respondieron: «Del emperador». Entonces les dijo: «Dad, pues, al emperador lo que es del emperador y a Dios lo que es de Dios». Al oír esto, se asombraron; lo dejaron y se fueron. (Mateo 10:16)

La trampa tendida a Jesús planteaba un dilema. Si se limitaba a decir: «Sí, es lícito pagar los impuestos», podía ofender a sus partidarios, que los aborrecían intensamente. Si se limitaba a decir: «No, no es lícito», sus enemigos podían quejarse al gobernador romano, Pilatos, de que Jesús estaba incitando a la rebelión.

Muchos de los oyentes de Jesús sabían lo que era vivir bajo gobernantes que les cobraban impuestos, y sabían que no podían salirse con la suya si se resistían a pagarlos. Pagarlos era necesario para sobrevivir. La respuesta de Jesús a la pregunta transformó un dilema de «una cosa o la otra» en una solución de «las dos cosas o la otra». Sus interlocutores simplemente se marcharon, no enfadados, sino asombrados.

En esta interacción, Jesús mostró las siguientes virtudes, que yo asocio con verdades que Jesús vivió.

El aplomo de Jesús en esta situación potencialmente tensa le permitió desenmascarar *sin miedo* la hipocresía en una sola frase. Verdad: no hay nada que temer.

Luego, *libre de antagonismos*, procedió *de manera inteligente* y *sabia*. Verdades: los enemigos son hermanos; y si razonamos juntos, es notable lo que podemos hacer en Dios.

Fue *compasivo* con los que pagaban impuestos elevados, al tiempo que insistía con firmeza en que adorásemos solo a Dios. Verdades: podemos ser compasivos como Dios es compasivo; y si un gobernante nos obligara a adorar a un dios falso, tenemos la opción de libre albedrío de entregar nuestra vida y venerar solo a Dios.

Al hacerlo, Jesús demostró una astucia filosófica y práctica que asombró a sus interlocutores. Verdad: siempre hay un camino divino, sea cual sea la situación.

Uso de diversas técnicas

Jesús no usó técnicas en un sentido premeditado y manipulador, sino como una forma espontánea de relacionarse, aunque imagino que pudo haber elaborado sus parábolas con cuidado. Ya hemos visto una serie de técnicas que Jesús utilizaba. Enseñó con humor, por ejemplo, lo de intentar sacar una paja del ojo ajeno cuando tenemos una viga en el nuestro. El humor nos relaja y nos abre para que disfrutemos de la lección con su corrección implícita. Una verdad general del humor es que también nos permite vislumbrar a nuestro Amigo Creador. Si Dios tiene sentido del humor, ¿nos atrevemos a pensar que, en última instancia, el universo es amistoso?

Jesús también dio promesas, por ejemplo, en las bienaventuranzas. La primera bienaventuranza sienta las bases de la confianza en las demás promesas divinas (Mateo 5:3-12). El humilde hijo de Dios

que realmente recibe el reino experimenta la felicidad ahora: en la experiencia personal y espiritual, y en el apoyo social de quienes se unen al regocijo. El pastor de la parábola de Jesús de la oveja perdida llama a sus amigos y vecinos a alegrarse juntos cuando encuentra a la oveja perdida (Lucas 15:3-7). Cada día de vida como hijo de Dios y seguidor de Jesús renueva esta alegría. Una verdad general de las promesas divinas es que, si cumples la condición, la bendición está en camino.

Jesús dio advertencias, que protegen a sus seguidores informándoles de las consecuencias de obrar mal o para alertarles de peligros relacionados con su misión. Por ejemplo, estamos llamados a trabajar por la unidad espiritual entre la familia de seguidores de Jesús: «Un reino dividido contra sí mismo es asolado» (Mateo 12:25).

Jesús hizo muchas preguntas, basadas en la verdad de que podemos hacer descubrimientos por nosotros mismos y ayudar a los demás a hacer lo mismo. «¿Por qué me llamáis "Señor, Señor" y no hacéis lo que os mando?». (Lucas 6:46).

Jesús combinó enseñanzas claras y directas con imágenes vívidas y parábolas. Las parábolas atraen los sentidos, estimulan la imaginación, conmueven el corazón, desafían la mente y elevan el alma. La verdad implica a toda nuestra personalidad.[22]

Por último, Jesús enseñó ordenando, por ejemplo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Otro semejante. Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Marcos 12, 28-31). Si hubiéramos podido ver y oír a Jesús, nos habríamos dado cuenta de que, cuando Jesús ordenaba, estaba haciendo otras cosas al mismo tiempo. En este caso, también lo hacía:

- Ejerciendo su autoridad como líder y maestro en el reino.
- Tratándonos como familia y revelando así el reino como una familia.
- Revelando el amor de Dios por nosotros.
- Compartiendo las principales prioridades de su propia vida.
- Expresando el corazón de la espiritualidad para todos nosotros.
- Dándonos poder por su fe en nosotros, y en lo que podemos hacer y ser.
- Atrayéndonos hacia una relación dinámica con él.
- Llamándonos a tratar a todos los demás con el amor adecuado.
- Dando a entender que el bien proviene de la obediencia a los mandamientos y que de su desobediencia se derivan consecuencias indeseables.
- Aportando la seguridad del apoyo divino en cada paso del camino.

- Llenando de alegría a las personas receptivas que están presentes con él.

Basándonos en estas técnicas, estamos preparados para una más.

Las pequeñas porciones de verdad que Jesús dio nunca fueron exactamente iguales. No todas encajaban perfectamente en un sistema intelectual ordenado. Las diferencias entre ellas creaban tensiones creativas en la mente de los oyentes. Esta es una de las formas en que la verdad viva provoca una nueva percepción. Es lo suficientemente cercana a lo que ya creemos como para que no la rechacemos de inmediato, y lo suficientemente nueva como para estimular una fe viva que se esfuerce por hacerla realidad.

En todos estos sentidos, Jesús fue un maestro de maestros. Yo también lo considero *el* maestro de maestros, y me refiero a él como el Maestro (Juan 13:13, Lucas 17:13). Para evitar malentendidos, permítanme aclarar que este título no implica que sus seguidores sean esclavos. De hecho, dijo: «Estoy entre vosotros como quien sirve». Ser siervo en este sentido es plenamente compatible con la dignidad de servir, como hizo Jesús (Lucas 22:27).

Repasando este capítulo, podemos recoger algunas ideas e ideales para nuestra propia práctica. Las cualidades de carácter y los modos de enseñar de Jesús nos muestran el modo de ser y de enseñar a los demás. Podemos ser:

- Sabios ante los enemigos y libres de antagonismo
- Equilibrados e intrépidos
- Inteligentes y sabios
- Compasivos y fuertes
- Astutos en la lógica y en la práctica

Y podemos:

- Relajarnos y expresar nuestro sentido del humor.
- Expresar las promesas divinas con nuestras propias palabras, no solo citando la Biblia.
- Enseñar las promesas divinas, advertir y hacer preguntas.
- Compartir las parábolas que hemos creado.
- Dar órdenes ancladas en nuestra experiencia de obedecerlas.

- Hablar, no basándose en un sistema de ideas intelectuales, sino en la relación espiritual viva con personas y grupos en respuesta a la situación particular.

A medida que practicamos y crecemos, estas cualidades y formas de enseñar se convierten en parte natural de nuestra forma de vivir.

Ahora estamos preparados para el siguiente capítulo, en el que profundizamos en el concepto de verdad viva y lo ilustramos en dos grandes grupos de enseñanzas de Jesús.

Preguntas e invitaciones

- Elige una cualidad del carácter de Jesús que creas que Dios quiere que adquieras. Ora para que te coloque en situaciones que desarrollen esta cualidad.
- Elige una técnica de enseñanza de Jesús que te gustaría adquirir. Piensa qué puedes hacer para empezar. Si estás listo para decidirte a hacerlo, entonces hazlo y encuentra la manera de empezar ahora.
- Comparte tu experiencia con una o más personas.

12

¿Cuál es la verdad viva del reino de Dios y de la familia de Dios?

En un mundo que presenta una mezcla de verdades, medias verdades, errores, distorsiones deliberadas y mentiras descaradas, la verdad es un valor básico que orienta la vida cotidiana y pone la mente y el alma en tierra firme.

Aunque gran parte de Dios está más allá de la comprensión humana, la verdad es un valor que podemos comprender en un grado significativo. Para quienes tienen hambre de basar su vida en la verdad, las enseñanzas de Jesús son un festín. Animó a los buscadores de la verdad con una promesa: «Buscad y encontraréis» (Mateo 7:7).

Cuando Jesús enseñaba, la calidad de su persona y la forma en que interactuaba con sus oyentes nos proporcionan el mejor ejemplo de la verdad viva. Como demostró Zaqueo, cuando la fe viva se encuentra con la verdad viva, el resultado cambia la vida (Lucas 19:1-10).

En este capítulo, consideramos los dos principales ejemplos de verdad viva en la enseñanza de Jesús y, a continuación, exploramos el concepto de verdad viva. Algunos lectores lo entenderán mejor si empiezan por la última sección de este capítulo.

El reino de Dios

En el evangelio del reino, Jesús se dirigió a las necesidades de visión interior espiritual de las personas en circunstancias y aspectos de la vida muy diversos. Subrayo estas diferencias presentando el evangelio en pares de lados contrastados. Cada lado ilustra la respuesta divina a personas o grupos que necesitan una verdad específica en un momento concreto.

- El reino de Dios es la familia de Dios, los que se han convertido en hijos e hijas de Dios, que reciben el reino como un niño pequeño, con fe humilde y confiada. A la familia del reino se puede pertenecer. La vida y las enseñanzas de Jesús redefinen el concepto de Dios como nuestro Padre, y lo que significa ser miembro de su familia.
- Por otra parte, «el reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas 17:20). En el espíritu divino, Dios está presente en el individuo.
- Jesús proclamó que «el Reino de Dios está cerca», ahora (Marcos 1:15).
- Por otra parte, el reino de los cielos está en el futuro. Rezamos: «Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). Esta visión del reinado de Dios que llega a su plena realización en nuestro destino planetario puede tardar miles de años en hacerse realidad, pero a nivel individual Jesús ya nos ha mostrado el camino.
- Para los que tienen una fe receptiva, es fácil entrar en el reino. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». (Mateo 5:3 Hechos 3:47). «Llamad y se os abrirá la puerta» (Mateo 7:7).
- Por otra parte, el reino es un blanco en movimiento. «El reino de los cielos es semejante a una red que, echada en el mar, recoge peces de todas clases; cuando está llena, la sacan a tierra, se sientan, echan lo bueno en cestas y lo malo fuera» (Mateo 13:47-48). Todas las personas de fe que llaman a la puerta del reino son bienvenidas. Pero para permanecer dentro hace falta crecer, lo que requiere esfuerzo, quizá duras pruebas; y algunos se rinden por el camino, dicen NO a la vida como respuesta final, y desarraigan la hermosa salvación que habían recibido.

- El reino rebosa alegría y felicidad. «El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, que alguien encontró y luego escondió; entonces, gozoso, va y vende todo lo que tiene y compra ese campo» (Mateo 13:44).
- Por otra parte, los seguidores pueden elegir entre progresar a un ritmo más gradual o seguir a Jesús en el servicio desinteresado de «cumplir toda justicia» (Mateo 3:15), lo que puede llevar a la persecución y la muerte. A los que sufren por su lealtad a la verdad que Jesús enseñó, les dijo: «Alegraos y regocijaos». Lo mismo les sucedió a los profetas anteriores. «Vuestra recompensa es grande en los cielos» (Mateo 5:11-12). Esto implica: «¡Deberíais verlas ahora!». En efecto, para *todos los miembros de la familia de la fe (todos los que dicen SÍ con su vida*), hay más alegría después de esta vida que durante ella.

Nótese que la familia de la fe incluye a todas las personas de fe viva que pertenecen a otras religiones o a ninguna. Muchas de las enseñanzas de Jesús coinciden con las de otras religiones. No es sorprendente que Jesús pudiera celebrar la fe de un centurión romano que no era judío (Mateo 8:5-10).

La familia de Dios

Hemos visto que, para empezar, la familia de Dios son los que han entrado en el reino por la fe; pero una de las formas en que las enseñanzas de Jesús manifiestan la verdad viva es que el mismo término clave puede tener significados distintos en contextos diferentes. Para verlo, consideren la pregunta: «¿Quién está en la familia de Dios?». Además de la familia del reino, hay tres respuestas más a esta pregunta.

Jesús dijo una vez: «¿Quién es mi madre, mis hermanas y mi hermano? El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 12:50). Aquí estar en la familia de Jesús implica algo más que nacer del espíritu. Los miembros de la familia deben hacer la voluntad de Dios.

Jesús también enseñó: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5:10). Esta es también una norma más elevada que la creencia de entrada. El tiempo futuro aquí puede implicar que nuestra condición de hijos de Dios es una realidad que se sella eternamente solo en el cielo. Si esta idea es correcta, ninguno de nosotros está completa y finalmente certificado como hijo de Dios.

La última respuesta a la pregunta de quién forma parte de la familia de Dios incluye a todas las personas. Si Dios es el Creador de cada persona, entonces todos son hijos de Dios. Este concepto inclusivo está implícito en muchas enseñanzas importantes de Jesús.

- «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Marcos 12:31; Levítico 19:18). El prójimo es cualquiera que pueda verse afectado por nuestra acción o inacción.
- «Haz a los demás lo que quieras que los demás hagan contigo» (Lucas 6:31; Mateo 7:12). Este es el principio moral más universal del planeta.
- «Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mateo 6:12). ¿A quién debemos perdonar? ¿Solo a otros creyentes?
- «En cuanto lo hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mateo 25:40). ¿Se preocupaba Jesús de cómo se trataban sus seguidores, pero no tanto de cómo tratábamos nosotros a los demás? Al contrario. Dijo que su misión era «buscar y salvar a los perdidos». (Lucas 19:10).
- «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros» (Juan 13, 34-35). ¿Podemos cumplir nuestra misión en el mundo si nuestro amor se dirige principalmente a los creyentes?

El siguiente ejemplo es el apoyo más directo a lo que considero el eje que sirve de fundamento a las demás verdades del evangelio de Jesús.

Pocas personas ven a sus enemigos como familia, sobre todo en medio de un conflicto en el que está en juego la propia vida. Pero durante la última semana de su vida, en el punto álgido del conflicto con los líderes religiosos, Jesús hizo una declaración dramática que incluía a todas las personas en la familia de Dios. Pronunció su último discurso en el Templo ante una multitud en la que había seguidores y enemigos. El Hijo del Hombre les dijo: «Todos sois hermanos» y «todos tenéis un mismo Padre» (Mateo 23:8-9). Con estas palabras sencillas, claras y directas de vida, Jesús proclamó el corazón de su mensaje: la paternidad de Dios y la hermandad del hombre. Estas realidades pueden expresarse diciendo, por ejemplo, que Dios es nuestro Padre y nosotros somos hermanos.

De una manera u otra, la verdad viva de estas dos enseñanzas abre el camino para todas las demás enseñanzas evangélicas presentadas en este libro. En la mayoría de los casos, las ilustran o las aplican. Incluso la enseñanza de Jesús como Hijo de Dios puede interpretarse como que Jesús revela la paternidad de Dios y también nos muestra cómo vivir como hijos de Dios y hermanos en la familia universal.

Es un diagrama peligroso por su aparente actitud de «yo soy mejor que ellos». Para contrarrestar esta impresión, párense a pensar. Muchas personas de fe que no son seguidores de Jesús

están más cerca de Dios que muchos seguidores profesos de Jesús. Jesús estaba especialmente interesado en llegar a las personas del círculo exterior que no eran personas de fe; reveló a un Padre que nos ama a todos por igual y hasta el infinito.

Volviendo a la pregunta «¿quién está en la familia de Dios?», la imagen completa puede simbolizarse mediante tres círculos alrededor del mismo centro. El centro representa a Dios. El círculo exterior incluye a todos los seres humanos. El círculo del medio incluye a todas las personas de fe; estos hermanos se dirigen a la eternidad. El círculo más cercano a Dios es la familia de creyentes del reino de Jesús.

La verdad viva

Jesús dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:32). Esta sección reúne algunas imágenes y pensamientos para sugerir algo de cómo sucede esto.

El Dios vivo pone la escalera de la verdad viva que desciende del cielo a la tierra. Procedente de esta alta fuente, la verdad es eternamente fiable. Pero, a pesar de su estabilidad, la verdad no puede fijarse ni congelarse. Dios habla a individuos únicos en formas particulares que ellos pueden entender, por lo que no todos reciben la misma expresión de una verdad particular. Además, Dios inspira a profetas que se dirigen a un gran número de personas que viven en su tiempo. Hasta cierto punto, cada generación tiene sus propios problemas de crecimiento espiritual. Esta es otra razón por la que la verdad divina se expresa de manera flexible.

Piensen en la conocida historia del elefante descrita de forma diferente por personas que tienen los ojos vendados y solo tocan la trompa o la cola, o solo un colmillo, una oreja o una pata. Sonreímos al ver lo limitada que es cada descripción. La Verdad patrocina todas las percepciones disponibles desde todas las perspectivas. La verdad nos encuentra donde estamos y nos lleva más allá. A menudo nos lleva hasta donde están los demás, para que podamos mirar al elefante desde allí. La verdad tiene muchas caras.

Si miramos en un caleidoscopio, vemos espejos y trozos de cristal de colores que dan reflejos encantadores y cambiantes de luz y color. En los aspectos entrelazados del mensaje multifacético de Jesús, vemos la belleza de la verdad en la forma en que el Maestro enseñó espontáneamente gemas a este individuo y a aquel grupo. Y vemos la bondad de la verdad en la forma en que Jesús recurrió a su rico mensaje para dar a sus oyentes lo que mejor les serviría. Esta belleza y bondad muestran la vida de la verdad.

La verdad viva se mueve como una bobina de película en un proyector. Se puede detener la película ante una sola imagen y tomarse un tiempo para reflexionar sobre ella. Del mismo modo, podemos escribir y reflexionar sobre determinadas verdades, pero los seres humanos no podemos formular y definir la verdad viva.

La verdad viva nos conduce finalmente a toda verdad, tanto científica y filosófica como espiritual. Toda verdad es la verdad de Dios. Cuando estamos dispuestos a seguirla adondequiera que nos lleve y a obedecer la verdad, tenemos un ejemplo de ser enseñados por el espíritu; y el mensaje de Jesús hace su trabajo a un nuevo nivel. No es como una idea abstracta. En la mente y el alma, es más un *quién* que un *qué*.

Ahora estamos en condiciones de entender la seguridad de Jesús cuando dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:32). Esta liberación se produce cuando la verdad viva se encuentra con la fe viva. La verdad funciona como una vitamina de liberación prolongada. Jesús solía dar la verdad en pequeñas porciones. Si una de estas «cápsulas» habla de una dificultad espiritual que te está deteniendo, te das cuenta y prestas más atención. La verdad comienza de inmediato, por lo general en la mente. Cuando te tomas tiempo para detenerte y reflexionar, cuando dejas que se asimile, la verdad se traslada a tu alma, sigue liberando su bondad y nos conduce a la presencia del Dios cuyo espíritu habita en nuestro interior. Desde lo alto, desde lo cercano y desde este centro espiritual interior, la verdad divina te libera para entrar o avanzar en la vida de fe.

Para resumir, hemos considerado la verdad viva en las enseñanzas de Jesús sobre el reino de Dios y la familia de Dios y luego hemos presentado el concepto general en sí.

Sin citas particulares de Jesús sobre el reino y la familia, hablar de la verdad viva nos dejaría en el caos en lugar de la libertad. Para empezar, «el reino de Dios» se refiere a una red de personas centrada en Dios. Entrar en él trae la salvación, con bendiciones espirituales en esta vida y en la otra. Jesús solía hablar del reino utilizando el lenguaje de la familia. Así, entrar en el reino implica convertirse en miembro de la familia de Dios. Pero las enseñanzas de Jesús también implican otro significado, inclusivo, en el concepto de la expresión «familia de Dios». El Dios Creador es el Padre de todos. Nadie más crea personas. Por eso, a veces utilizo la expresión «familia de Dios» en un sentido que lo abarca todo. Y a veces digo «únete a la familia universal» para animar a una persona a dar un paso adelante.

Una vez que reconocemos la verdad viva en el evangelio de Jesús, intuimos que seguirá adaptándose y ampliándose para satisfacer las nuevas necesidades espirituales de cada generación.

A veces hablo del evangelio de la verdad y el amor de Jesús. Este capítulo es el punto culminante de nuestra incursión en la verdad. El capítulo siguiente continúa esta indagación y se centra en el lenguaje que Jesús utilizó para expresar su concepto de Dios.

Preguntas e invitaciones

- ¿Cuáles son las ventajas de hablar de la realidad espiritual primaria en términos del reino de Dios?
- ¿Cuáles son las ventajas de hablar en términos de familia de Dios?
- Jesús solía hablar del reino utilizando el lenguaje de la familia. ¿Combinaba enfoques conservadores y liberales? ¿Cómo crees que hablaría de estas realidades con los distintos grupos actuales?

13

¿Cómo reveló Jesús a Dios como Padre y Madre?

Cada uno tenemos nuestra propia historia sobre cómo hemos desarrollado nuestra forma de hablar a Dios y sobre Dios. Vivir en una sociedad polarizada hace más difícil que muchos demos voz a los significados y valores que son más importantes para nosotros. Pero, independientemente de cómo rememos a través de los rápidos de la elección del lenguaje para hablar con los demás, es bueno alcanzar nuestra propia percepción respecto a la verdad de algunas de las alternativas. Aquí tenemos otra aventura con la verdad viva.

En la vida y las enseñanzas de Jesús, la paternidad de Dios se convirtió en una verdad viva. Para entender lo que estaba haciendo hay que retroceder cuatro mil años, hasta el comienzo de la tradición judía. Dios se reveló como poseedor de una voluntad soberana. La fe en el Creador todopoderoso y justo de los cielos y la tierra (un solo Dios) sustituyó a los dioses alternativos, plurales, de menor estatura. El énfasis monoteísta en la unidad de Dios contrastaba, por ejemplo, con los dioses griegos. Eran personales, pero creados originalmente a imagen de los seres humanos. El concepto de Zeus, rey de los dioses, evolucionó; pero a veces el comportamiento de los dioses mostraba vicios humanos. [23]

Como vemos en Jesús, la clara verdad del monoteísmo es un ancla ideal para crecer en Dios y relacionarse de manera madura con Él. El monoteísmo clásico también es de gran importancia para proclamar el evangelio de Jesús con otras religiones. La vida de Jesús y su evangelio original estaban centrados en Dios. Por lo tanto, una teología trinitaria con sus recursos para reconocer la maternidad de Dios no debería simplemente sustituir al monoteísmo clásico en nuestra fe diaria y en la evangelización.

Pero lo describamos o no en estos términos, creo que en Dios experimentamos tanto el amor paternal como el maternal. Moisés e Isaías se refirieron a Dios como padre (Deuteronomio 32:6; Isaías 63:16). Moisés comparó a Dios con un ave hembra que levanta suavemente a sus pequeños. «Como el águila que levanta su nido y se cierne sobre sus crías; extiende sus alas, las levanta y las lleva en volandas» (Deuteronomio 32:11). Dios habló por medio del profeta Isaías: «Como una madre consuela a su hijo, así os consolaré yo» (Isaías 66:13). En mi opinión, el

vocabulario del amor de Dios en la Biblia sugiere que los aspectos nutritivo, misericordioso y maternal del amor también se sienten comúnmente.

Tal como lo veo, parte de la misión del Maestro consistía en revelar la *personalidad* de Dios; quería que la gente compartiera en la medida de lo posible la estrecha relación personal que él mantenía con Dios. Podría haber dicho: «Dios es mi Padre y vuestro Abuelo». En lugar de eso, de un modo fraternal, se refirió a Dios como nuestro Padre. Alguien que quiera encontrar a Dios como su Padre puede simplemente relacionarse con Dios con la fe receptiva y activa de un niño.

Las posibles expresiones de Jesús sobre la maternidad de Dios

Creo que Jesús preparó deliberadamente el camino para acabar haciendo realidad la maternidad de Dios. Con lo que dijo e hizo, también plantó semillas espirituales para que se hiciera realidad en la sociedad la igualdad de la mujer con el hombre, además del final del patriarcado y el reconocimiento de la maternidad de Dios.

Jesús bien pudo prever que cada vez habría más personas que necesitarían la seguridad de la maternidad de Dios; entonces podrían aceptar a Dios como justo y sentirse acogidos en la familia.

Considera lo que dijo Jesús a este respecto.

«¿A qué compararé el Reino de Dios? Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina hasta que toda ella quedó leudada» (Lucas 13:20-21). Al igual que la levadura se esparce por el pan para hacerlo crecer, la verdad y el amor acabarán impregnando a la humanidad. La mujer simboliza el papel de Dios o de Jesús en el reino, lo que tiene implicaciones para que las mujeres lleguen a ser líderes religiosas. Además, Jesús consideraba el trabajo diario, como la preparación de las comidas, un servicio significativo comparable a las funciones habituales de los hombres, lo que podría implicar que la crianza de los hijos también es un trabajo que pueden compartir los hombres.

«¿Qué mujer que tiene diez monedas de plata, si pierde una de ellas, no enciende una lámpara, barre la casa y busca cuidadosamente hasta encontrarla? Cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: “Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que había perdido”'. Os aseguro que los ángeles de Dios se alegran por un pecador que se arrepiente»

(Lucas 15:8-10). La mujer simboliza a Dios o a Jesús o a cualquiera que trabaje con Dios, y busca afanosamente cómo llegar a alguien que está perdido. Cada persona es infinitamente preciosa.

Jesús incluso se comparó a sí mismo con una madre. «¡Jerusalén, Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡*Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas*, y no quisiste!» (Mateo 23:37). ¿Qué experiencia hay detrás de este lamento? Jesús debió de pasar tiempo observando a las gallinas, fijándose en cómo la madre gallina da consuelo y seguridad a sus polluelos cuando su bienestar exige que los reúna bajo sus alas. Es posible que se identificara con esas gallinas. Algunos comportamientos animales prefiguran el tierno cuidado que los seres humanos podemos dar a medida que nos asemejamos a Dios.

Jesús defendió a las mujeres en varias ocasiones. Sus enemigos le presentaron a una mujer sorprendida en adulterio. Afirmaban que Moisés les había ordenado matarla tirándole piedras; y le preguntaron a Jesús qué tenía que decir al respecto. Sospechaban que la compasión de Jesús le llevaría a entrar en conflicto con la ley, lo que les daría una excusa para denunciarlo a las autoridades. En silencio, Jesús escribió algo en la arena delante de cada uno de sus acusadores. Ellos siguieron insistiendo en su pregunta, y él respondió.

Se enderezó y les dijo: «Que el que esté libre de pecado entre vosotros sea el primero en tirarle una piedra». Y agachándose una vez más, escribió en el suelo. En respuesta a lo que decía, se fueron marchando uno a uno. Jesús se quedó solo con la mujer que tenía delante. Se levantó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?». Ella respondió: «Nadie, Señor». Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno». (Juan 8:3-11)

Nótese que, en la cultura de Jesús, llamarla «mujer» era una forma totalmente correcta y respetuosa de dirigirse a una mujer adulta.

Cuando su vida en la tierra tocaba a su fin, Jesús visitó a sus amigas María y Marta. María aprovechó la ocasión para ungirle con un aceite muy caro y perfumado. Judas Iscariote expresó lo que otros pensaban: la criticó por no dar el dinero a los pobres. Jesús la defendió con firmeza.

«Déjala en paz. ¿Por qué la molestas? Ella me ha hecho una cosa hermosa. Porque siempre tienes a los pobres contigo, y cuando quieres, puedes hacer el bien por ellos. Pero no siempre

me tendrás a mí. Ella ha hecho lo que ha podido; ha ungido de antemano mi cuerpo para la sepultura. Y en verdad os digo que dondequiera que se proclame el Evangelio en el mundo entero, se contará lo que ella ha hecho en memoria suya». (Mateo 26:6-13)

> El relato aparece también en los otros tres evangelios (Marcos 14:3-9; Lucas 7:38-36; y Juan 12:1-8).
>
> Sobre este último dato, simplemente quiero plantear una pregunta. «Jesús iba por ciudades y aldeas, anunciando y llevando la buena nueva del reino de Dios. Iban con él los doce, y también algunas mujeres que habían sido curadas (…): María, llamada Magdalena (…), y Juana, mujer de Chuza, jefe de la casa de Herodes, y Susana, y muchas otras, que les proporcionaban sus recursos». ¿Por qué es tan fácil suponer que estas mujeres no predicaban, enseñaban ni ejercían ningún otro ministerio?

El Espíritu Santo como Madre

Si aceptamos la paternidad de Dios, y si consideramos que las mujeres y los hombres son igualmente esenciales para revelar a Dios, surge una pregunta: ¿es posible que la unidad de Dios incluya más de una personalidad? Una revelación le llegó a la predicadora del siglo XIX Rebecca Jackson:

> Aquella noche vi por primera vez una Madre en la Deidad. Esta era en verdad una nueva escena, una nueva doctrina para mí. Pero supe cuando la tuve, y fui obediente a la visión celestial (…) ¡Y no me alegré cuando descubrí que tenía una Madre! ¡Y esa noche Ella me dio una lengua para contarlo! El espíritu del llanto se apoderó de mí, y cayó sobre toda la asamblea. Y aunque nunca lo habían oído antes, Su Santo Espíritu de Sabiduría me hizo capaz de explicarlo tan claramente que un niño podría entenderlo.[24]

Cuando hablo de Dios como nuestro Padre, pienso en nuestro Padre y nuestra Madre unidos como uno solo.

Jesús parece haber querido que sus seguidores primero reconocieran a Dios Padre y se vincularan fuertemente con Él, y más tarde se dieran cuenta de que él mismo era el Hijo divino de Dios. Creo que también quería que la gente descubriera al Espíritu Santo como nuestra

Madre. Esta secuencia explicaría por qué Jesús utilizó métodos indirectos para transmitir la maternidad de Dios. Cuando todas las piezas del rompecabezas trinitario estén sólidamente colocadas en el corazón, el alma, la mente y la fuerza de los creyentes, el resultado será majestuoso.

¿Es una metáfora la palabra «Padre» para Dios?

Muchas personas de todo el mundo consideran sexista hoy día el concepto de Dios como padre, pero la mayoría de los participantes en el debate coinciden en dos cosas. En primer lugar, la justa indignación por el hecho de que un número incalculable de personas tengan recuerdos horribles de un padre maltratador. Hacemos bien en unirnos para apoyar a las víctimas, promover la justicia y la rehabilitación de los maltratadores y trabajar por un mundo mejor para las familias.

Otra cosa en la que casi todos coinciden en el debate es que el concepto paterno de Dios es una metáfora. Se trata de un uso del lenguaje como el de Moisés al llamar a Dios «la roca» (Deuteronomio 32:4). El significado primario de este término son las rocas visibles en la naturaleza. Dios es estable «como una roca», pero no es, propiamente hablando, una roca. Si la palabra *Padre* para Dios es una metáfora, Jesús habría tenido en mente imágenes biológicas o sociológicas que proyectó sobre Dios como base para llamar a Dios «Padre».

Un uso diferente del lenguaje se ilustra diciendo que Dios es bueno. La bondad de Dios es la fuente y el modelo de la bondad de la criatura. El ser humano se hace bueno entrando o participando en la bondad de Dios. Esto no es una metáfora sino, técnicamente hablando, una «analogía».

Pero ¿por qué hemos de suponer que el concepto paterno de Dios es como llamar a Dios «la roca» y no como llamar «bueno» a Dios?

Creo que Jesús conocía a Dios mejor que cualquier otra persona que haya pisado esta tierra. En cualquier caso, podemos optar por considerar *la proclamación del Padre por parte de Jesús como una revelación descendente de la relación, no como una proyección ascendente de la imagen de un varón biológico o sociológico sobre Dios*.

Creo además que *Jesús enseñó la paternidad de Dios, no en contraste con la maternidad de Dios, sino en contraste con la idea de Dios como un rey remoto y poderoso.*

Sin la revelación de una fuente divina, estaríamos proyectando en Dios imágenes e ideas humanas. Imagino que, en un futuro lejano, cuando estemos «cara a cara» con el Creador en el

cielo, comprenderemos lo inadecuado que es proyectar en Dios la imagen de un varón biológico y sociológico. También creo que comprenderemos por qué Jesús eligió utilizar el concepto de padre para expresar su revelación de la personalidad del Creador a los seres humanos.

El misterio de Dios

Otra cosa en la que casi todos los participantes en el debate están de acuerdo es que el Dios infinito y eterno está mucho más allá de nuestra finita capacidad humana de comprensión. Por tanto, es sabio reconocer con humildad nuestros límites y dejar espacio en nuestro concepto de Dios para el misterio. El misterio divino es trascendente y asombroso, espacioso y hermoso, cálido y delicioso. Nos invita a relajarnos pensando que Dios es siempre mucho más de lo que podemos abarcar.

Al comienzo de la oración que Jesús enseñó hay un sentido de misterio: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre». Aquí el Hijo del Hombre utilizó la profunda palabra *nombre* en singular. Jesús sabía muy bien que hay muchos nombres para Dios. Creo que lo que hace que un nombre de Dios sea santificado (sagrado o santo) es que, cuando lo usamos con sentido en actitud reverente, activa nuestra relación con Dios.

Cuando Moisés preguntó por el nombre de Aquel que le llamaba, Dios respondió sencillamente: YO SOY (Éxodo 3:14). Este nombre es el comienzo primigenio de la revelación de Dios como realidad personal. YO SOY habita para siempre en el misterio. Cuando nos dirigimos al Creador, pisamos terreno sagrado. Dios dice: «Estad quietos y conoced que yo soy Dios» (Salmo 46:10).

Conclusiones, resumen y transición

Jesús no debatió. Proclamó la paternidad de Dios, pero no la impuso. Su concepto es amistoso y acogedor. No exige la conformidad de quienes piensan, sienten y hablan de otro modo.

Debido a los problemas generalizados con la paternidad de Dios hoy en día, a menudo trato esta enseñanza como semiavanzada, no como algo con lo que empezar. En muchas situaciones, es sabio hacer lo que Jesús hizo la mayor parte del tiempo: mantener la sencillez, evitar controversias innecesarias, atribuir a Dios todas las cualidades y funciones divinas.

Innumerables personas conocedoras de Dios han utilizado diferentes nombres y han desarrollado grandes relaciones con el Creador. La calidad de nuestra relación es lo que más importa.

Al exponer mis ideas, me gustaría creer que Jesús me anima; pero cuando rezo por aquellos cuyas creencias y prácticas difieren de las mías, también me los imagino rezando por personas como yo. Sonrío cuando recuerdo lo fácil que es suponer que los propios caminos son mejores.

Nuestro progreso espiritual se debe en parte a nuestras creencias y prácticas y en parte a pesar de ellas. Incluso cuando las creencias son verdaderas y las acciones correctas, puede que necesitemos crecer en cómo mantenemos nuestras creencias y cómo hacemos las cosas. Las buenas relaciones entre nosotros son enormemente importantes para las buenas relaciones con nuestro(s) Padre(s) celestial(es). Afortunadamente, *no necesitamos estar de acuerdo intelectualmente para disfrutar de unidad espiritual.*

Este capítulo ha retratado una aventura sin respuestas fijas aplicables a todas las situaciones. Hemos recordado algunas cualidades del monoteísmo clásico que siguen siendo virtudes hoy en día. En el marco de ese monoteísmo, el vocabulario bíblico sugiere que los aspectos nutricios, misericordiosos y maternales del amor divino también se sienten de manera generalizada.

Examinamos varios textos que sugieren que Jesús estaba deseoso de incluir a las mujeres como iguales y líderes en la familia del reino de Dios y como hermanas en la familia universal. A esto siguió el relato de una experiencia reveladora en la que se proclamaba la realidad de una Madre en la divinidad, que puede interpretarse como un apoyo a la idea del Espíritu Santo como nuestra Madre.

Expongo una alternativa a la idea de que el concepto paterno de Dios que tenía Jesús era una proyección metafórica de la imagen de un varón biológico o sociológico sobre Dios. Por el contrario, propongo considerar el concepto de Jesús de Dios como nuestro Padre como una revelación descendente de la personalidad de Dios. Además, el principal contraste definitorio de la paternidad de Dios no es con la maternidad de Dios, sino con Dios como rey principalmente remoto y poderoso.

Los intereses del intelecto filosófico y teológico difieren de las necesidades del alma. Como siempre ocurre con la verdad viva, el aspecto del misterio está presente. Al nombrar a Dios, pisamos terreno sagrado. Y somos libres de elegir nombres para Dios que se ajusten a nuestra experiencia.

Después de considerar cómo expresar la verdad de Dios en el mensaje de Jesús, pasamos ahora a iniciar una serie de tres capítulos que se centran en el amor y su manifestación en el perdón y el servicio a los demás.

Preguntas e invitaciones

- ¿Te afecta este debate sobre el lenguaje religioso para referirse a Dios? Si no es así, ¿qué opinas? Si es así, ¿cómo lo afrontas? ¿Ayuda la idea de una aventura en la verdad viva?
- ¿Eres capaz de mantener un sentimiento y una convicción de unidad espiritual con personas cuyo enfoque del lenguaje religioso difiere del tuyo? ¿En qué te basas para hacerlo? Si a veces te cuesta, ¿cómo consigues adquirir la actitud que refleja tu entrada en la bondad de Dios?
- Si alguna de las ideas anteriores te resulta útil, considera la posibilidad de compartirla con otras personas.

14

¿Cómo podemos amar a Dios y al prójimo de todo corazón?

Todo lo dicho anteriormente en este libro conduce al amor, y todo lo que viene después fluye del amor.

De las enseñanzas que había dado Moisés, Jesús seleccionó y dio la máxima prioridad a dos leyes del amor. A la primera la llamó «el mandamiento más grande», y de la segunda dijo que era «semejante»: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. La segunda es semejante. Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Marcos 12:28-31, Mateo 22:34-40, Lucas 10:25-28; Deuteronomio 6:4-5; Levítico 19:18).

Enfatizar estos dos mandamientos dio un enfoque necesario para la vida religiosa de muchos de los seguidores judíos de Jesús. Habían estado agobiados por la presión de obedecer cientos de leyes de las escrituras más la ley oral. También se pensaba que esta segunda colección de leyes estaba respaldada por la autoridad de Moisés y el poder del Creador. Esta interpretación infundía miedo a muchos creyentes. En términos más sencillos, el Hijo del Hombre quería sustituir la religión del miedo por la religión del amor.

Centrarse en estos dos mandamientos podía ser liberador en el siglo I, pero necesitamos otra liberación para los retos actuales. Los grandes mandamientos están enraizados en las grandes verdades: la paternidad de Dios y la hermandad del hombre / Dios como progenitor y la hermandad de la humanidad. Solo el amor puede motivarnos a cooperar eficazmente para hacer de la hermandad una realidad práctica en este mundo.

Recibir el amor de Dios y devolverlo es el primer circuito del amor. Su belleza y verdad nos capacitan para el segundo circuito: extender el amor de Dios al prójimo. Participar activamente en el segundo circuito nos despierta cada vez más a la bondad y el poder del primer circuito.

El primer circuito del amor parte de Dios, fuente del amor.

Recibir el amor de Dios

Nos han dicho que Dios nos ama, pero creerlo y experimentarlo son cosas distintas. Creo que Jesús quería que compartiéramos lo más posible su experiencia de ser amados por nuestro Padre y de amarle a cambio.

Dios nos amó primero, antes de que tuviéramos idea alguna del Creador. La forma más sencilla de experimentar el amor de nuestro Dios es abrirnos con la fe confiada y receptiva de un niño pequeño. Nuestro Padre quiere llenarnos de amor, y ya ha enviado el espíritu a nuestros corazones para hacerlo.

A algunas personas les resulta difícil permitir que el amor de Dios entre en ellas. Por ejemplo, puede existir la necesidad de liberar malos sentimientos sobre nuestro cuerpo y nuestra mente. Cuando nos miramos en el espejo, es común ver algunas ventajas y desventajas físicas. Cuando observamos nuestra mente, es común ver algunas cosas con las que nos sentimos bien y otras no tanto. Esta mezcla humana puede parecer que no encaja con nuestra idea de que Dios nos ama de verdad, pero cada uno de nosotros es profundamente respetado como hijo de Dios y aceptado tal como es ahora.

El yo que vemos en el espejo y experimentamos en nuestra mente no es el yo verdadero y más profundo: el alma. El afecto de las personas que nos conocen y nos quieren de verdad no se basa principalmente en nuestras cualidades corporales y mentales. Nos aman por lo que realmente somos.

Algunas personas luchan por amarse a sí mismas. Si le damos unas vacaciones a este esfuerzo estresante y nos atrevemos a dejar entrar el amor de Dios, podemos descubrir algo más satisfactorio para el alma que aquello por lo que nos habíamos estado esforzando. Podemos dejar que el amor de Dios nos revele quiénes somos en realidad.

Cuanto más experimentamos el amor de Dios por nosotros, más se convierte Dios en nuestro *primer amor.* Imagina que ves a tu mejor amigo y le preguntas: «¿Qué puedo hacer por ti?». Tu amigo responde: «Solo ámame». Te relajas en la sencillez de una relación natural, abierta y libre. El afecto se apodera de ti, y te satisface tanto a ti como a tu amigo.

Dios nos da a todos todo el amor que podemos recibir. Creo que Jesús destacó los mandamientos del amor en parte porque amar a Dios y al prójimo aumenta nuestra capacidad de recibir el amor divino.

Amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza

De todo corazón

Amar a Dios empieza en el corazón. Amar a Dios con todo el corazón es amar de todo corazón. Esta cualidad puede definirse por contraste: no a medias, ni tibio, ni indeciso, ni conflictivo. La entereza es señal de que toda la personalidad está comprometida. Si no estoy amando a Dios con toda mi mente, mi alma o mis fuerzas, esto se manifestará como una falta de entereza.

Algunas enseñanzas de Jesús nos ilustran sobre el corazón. A algunos fariseos les dijo: «Isaías profetizó con razón sobre vosotros, hipócritas, como está escrito: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me adoran..."» (Marcos 7:6-7). El corazón es la sede de la motivación. Si decimos que valoramos a alguien o algo, pero nuestra vida no lo demuestra, entonces el corazón está anhelando en realidad otra cosa que compite con este valor.

Jesús dijo: «Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón». El corazón de las personas ricas y codiciosas está encadenado a los lingotes de oro que tienen bajo la almohada. La verdad divina es el tesoro de un corazón amante de la verdad. Lo mismo ocurre con un corazón enamorado de la belleza divina y con una persona hambrienta y sedienta de la bondad divina. Podemos experimentar estos valores en los planos espiritual, intelectual y material.

Jesús dijo: «Es de dentro, del corazón humano, de donde salen las malas intenciones: la inmoralidad sexual, el robo, el asesinato, el adulterio, la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, el orgullo, la insensatez» (Marcos 7:21-22, Mateo 15:19). El franco realismo de Jesús sobre el potencial del mal en el corazón humano nos ayuda a afrontarlo con honradez. Dios sabe perfectamente que las tendencias al mal no se van a vencer totalmente en esta vida. No queremos poner una valla de alambre alrededor de ningún área de nuestra vida y poner un cartel: «Prohibido para Dios». Pero tampoco nos dijo Jesús que nos examináramos cada noche antes de acostarnos y escarbáramos en busca de barro. Si buscamos barro, siempre encontraremos más.

Jesús hizo hincapié en un enfoque positivo. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». La promesa de ver a Dios es en parte para la otra vida, pero también podemos experimentar un corazón puro en esta vida en tres pasos (que propongo).

El primer paso es alimentar la bondad que ya está presente en el corazón. La psicóloga positiva Barbara Fredrickson ha descubierto una tendencia natural a que los sentimientos positivos del corazón florezcan y nos llenen, si permitimos que esto ocurra y lo fomentamos. Algunos ejemplos de emociones positivas son la gratitud, la alegría, el asombro, la inspiración, la serenidad, el interés, la diversión, el sentirse bien con uno mismo y el amor. [25]

Creo que Fredrickson ha descubierto algo de cómo actúa el espíritu de Dios en el corazón. Lo que empieza como un sentimiento cálido puede llegar hasta la adoración.

Filosóficamente, considero que cuerpo, mente, alma y espíritu son las partes de la personalidad humana. Considero que el corazón incluye las emociones de la mente y los sentimientos del alma, en respuesta a los valores. Una forma de que los puros de corazón vean a Dios es reconocer la bondad de Dios en nuestra vida diaria y apreciar también la verdad a través de la participación intelectual y la belleza en la naturaleza.

El segundo paso consiste en hacer frente a la falta de belleza que de vez en cuando surge en el corazón. Una forma sencilla y positiva es dejar que esta oración florezca y llene el corazón: «Crea en mí, oh, Dios, un corazón limpio, y pon en mí un espíritu nuevo y recto» (Salmo 51:10). Sumergirnos en esta oración aumenta la receptividad a la transformación divina que no podemos hacer por nosotros mismos. Como resultado, nos sentimos capacitados para dar pasos humanos que cooperen con nuestra limpieza mientras seguimos buscando crecer en el amor a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. Avanzamos con un corazón feliz y perdonado.

El tercer paso es regocijarse en la misericordia divina que nos da un corazón puro para amar a Dios de todo corazón. El Creador ha diseñado nuestra sociedad para que una decisión poderosa pueda liberarnos mucho más de lo que podríamos haber anticipado. Una vez que nos comprometemos a amar a Dios de forma suprema, comienzan a suceder grandes cosas. Cuando oramos por nuestra transformación y cooperamos con ella, el espíritu de Dios en nuestro interior puede dejar fuera la falta de belleza. Es como patinar sobre hielo grueso: las aguas de abajo no amenazan en absoluto nuestra seguridad, nos dan el gusto de ser puros de corazón.

Este es el sentido en el que podemos amar a Dios con todo nuestro corazón.

Con toda nuestra alma

Si tengo razón en que los sentimientos del corazón en respuesta a los valores proceden en gran medida del alma, entonces mucho de lo que se ha dicho sobre la entereza y la pureza de corazón se aplica al alma.

Según mi concepto, el alma es un trabajo en curso. Un alma puede estar perdida, herida, desgarrada o incluso rebelde. El alma puede pasar de perdida a encontrada, de herida a radiante, de desgarrada a unificada, y de rebelde a totalmente enamorada de Dios. Sin embargo, en mi opinión, el alma es más la sede de los sentimientos positivos, mientras que la mente, junto con sus grandes potenciales positivos, está más expuesta a los estímulos negativos.

Para amar a Dios con toda nuestra alma, alimentamos lo mejor de nuestra vida interior y permitimos que florezca. Podemos «gustar y ver que el Señor es bueno» (Salmo 34:8). El alma es la

parte de nosotros que hace eso: percibir la presencia de Dios y discernir la bondad divina. En este camino tenemos hermosos sabores misericordiosos de amor con toda el alma, y a medida que avanzamos en la fe, la confianza y el hambre de la familia de Dios y la justicia de Dios, las cosas mejoran cada vez más.

Cuando estamos llenos de sentimientos somos auténticos, lo que realmente somos. La mayoría, la mayor parte del tiempo, estamos centrados en el cuerpo y la mente; pero cuando nos movemos hacia el alma es como cambiar a una marcha superior: menos agotador para el motor y más eficaz para viajar por la carretera. Es más relajante, estamos menos atenazados por las tensiones de la mente cuando nos permitimos entrar en ese lugar mejor. Es nuestro verdadero yo, nuestro yo superior, el alma. Yo lo expreso así. Tengo una mente y un cuerpo; el alma es lo que *soy*.

El alma es la parte perdurable de nosotros que puede sobrevivir en la otra vida. Jesús habló de enemigos que pueden «matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mateo 10:20). El poder del alma quedó patente en el reformador protestante Martín Lutero cuando fue llevado ante un tribunal teológico. Intentaron presionarle para que renunciara a algunas de sus controvertidas enseñanzas. Con su vida en juego, respondió con firmeza: «Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa».[26] Es el alma la que habla. Independientemente de las diferencias teológicas, los mártires de todos los siglos han mostrado la misma cualidad de valentía.

Para muchas personas, uno de los principales retos a la hora de amar a Dios es cómo afrontar con gracia el hecho de que el amor es un mandamiento. La mente puede estar motivada a obedecer los mandamientos de nuestro justo y sabio Soberano para cumplir con un deber, pero la motivación más elevada es el amor. El Salmo 19 nos da más que una muestra de cómo un intelecto con una compleja conciencia del deber puede desempeñar un papel de apoyo a la hora de amar a Dios con toda el alma. Me imagino al joven Jesús alimentando su mente y su alma con este pasaje y viéndole y oyéndole más tarde dirigiendo un culto y leyendo esta selección.

La ley del Señor es perfecta,
reaviva el alma.
Los decretos del Señor son seguros,
hacen sabio al sencillo.
Los preceptos del Señor son rectos,
alegran el corazón.
Los mandamientos del Señor son claros,

iluminan los ojos.
El temor del Señor es puro,
perdurable para siempre.
Las ordenanzas del Señor son verdaderas
y justas por completo.
Son más deseables que el oro, y que
mucho oro fino;
más dulces también que la miel,
y que las gotas del panal.
Además, por ellas es amonestado tu siervo;
en guardarlas hay gran recompensa. (Salmo 19:7-11)

A través de las palabras del autor sentimos un alma rebosante de amor por nuestro justo, sabio y amoroso Creador. El Salmo relaciona los mandamientos de Dios con la revitalización del alma, la sabiduría y el regocijo, la claridad iluminadora, la pureza y la permanencia, la verdad y la rectitud, la dulzura más deseable, la advertencia y la recompensa. En este contexto, «temor» se refiere a respeto reverente y asombro. La ley, los decretos, los preceptos, los mandamientos y las ordenanzas de Dios no se acatan como exigencias respaldadas por amenazas. Por el contrario, se acogen como revelaciones de la bondad del Dios cuya «misericordia es eterna» (Salmo 118.1).

Una imagen nos puede ser útil para comprender la relación entre mente y alma. Imagina que conduces por una carretera sinuosa y con algo de niebla y llegas a una curva cerrada, en la que un espejo curvo colocado a un lado de la carretera permite a los viajeros ver de forma parcial lo que podrán ver mejor después de la curva. El conductor que se acerca a la curva es como la mente, que es consciente de un reflejo parcial de lo que ve el alma. Al igual que el conductor que ha pasado la curva, la percepción que el alma tiene del espíritu no es perfectamente clara, pero percibe más de lo que ve la mente.

Con toda nuestra mente

A pesar de toda la belleza de un salmo conmovedor, poético y saturado de amor, las leyes del amor siguen siendo mandamientos. El Maestro no dijo: «Intenta amar», «Haz todo lo posible por amar». Jesús nos mandó amar porque sabía que *podemos amar*. Las exhortaciones demasiado suaves se limitan a mendigar amor; carecen de la fuerza vigorizante de un mandato divino y de la cualidad de amor que lo

motiva. Libres de dureza, los mandamientos divinos nos animan a persistir cuando surgen decepciones y dificultades. Hacer todo lo posible de todo corazón nos abre a recibir la plenitud de lo que Dios está dispuesto a hacer en nosotros.

Al poner en práctica el amor, tomamos las decisiones diarias en la mente. Para empezar a amar a Dios con toda nuestra mente a lo grande, podemos entregar a Dios la decisión de dedicar nuestra mente a amar a nuestro Padre en todo lo que hacemos.

Una mente enamorada de Dios no se dejaría dominar por el lado material de la vida ni por la conciencia del deber de la mente. Filosóficamente hablando, a medida que somos capaces, ejercitamos y desarrollamos cada una de las tres capacidades básicas de la mente, dadas por Dios: el conocimiento práctico, factual y científico; la sabiduría que proviene de la experiencia, la filosofía y las fuentes sobrehumanas; y la aventura de relacionarse con Dios, cuyo espíritu vive en el interior.

Equilibrar estas tres capacidades significa que ninguna se omite y ninguna se toma en exceso. En cada región de la realidad (material, intelectual y espiritual) podemos obtener una percepción intuitiva. Del mismo modo que podemos permitir que nuestros sentimientos positivos florezcan en la adoración, podemos intentar que la mente florezca en la intuición perspicaz.

El ejemplo de Zaqueo muestra todos estos niveles de la mente trabajando juntos. Al razonar intuitivamente sobre hechos físicos, vio que la multitud frente a él estaba abarrotada. Como era de baja estatura y se daba cuenta de que no podría ver a Jesús, intuyó que subirse a un árbol resolvería el problema.

Cuando Jesús vio a Zaqueo en el árbol y lo llamó por su nombre, hubo una inmediata conexión intuitiva y espiritual entre ellos. Le dijo que se quedaría con él. Jesús estaba revelando la misericordia divina. Cuando Zaqueo comprendió que había sido perdonado, se produjo su renacimiento espiritual.

Entonces Zaqueo comprendió intuitivamente el significado moral de la injusticia de enriquecerse oprimiendo a los pobres. En respuesta, se comprometió en público a dar la mitad de sus posesiones a los pobres y a pagar el cuádruple a quien hubiera engañado (Lucas 19:1-10).

Amando a Dios con toda nuestra mente, podemos experimentar significado y valor *comenzando con el más pequeño paso adelante*. Descubrimos lo *fácil que* puede ser, lo *agradable* que es, lo *significativo que* es cooperar con los dones del Creador y *lo maravillosamente que cada capacidad complementa a las demás*.

Así es como nuestro amor espiritual se vuelve inteligente y sabio.

Con todas nuestras fuerzas

Para amar a Dios plenamente, movilizamos todas nuestras fuerzas para lo que nuestro Padre tiene para nosotros. Activamos toda la personalidad (cuerpo, mente y alma) para cumplir la voluntad divina. Esta movilización es un proceso cooperativo, y Dios es el socio principal. El Soberano todopoderoso es la fuente primaria de todos nuestros poderes. «El Señor es mi fuerza y mi cántico» (Salmo 118:14 RSV). «El día que llamé, me respondiste; aumentaste mi fuerza [o denuedo] de alma» (Salmo 138:3). «Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas» (Isaías 40:31). Depender de Dios exigía de Jesús una fe y una confianza totales en Dios.

La fuerza física es esencial porque el cuerpo sostiene una mente capaz de albergar el espíritu divino y también nos permite actuar en el mundo. Así es como el amor se hace realidad. La fuerza física, la flexibilidad y la resistencia son necesarias cuando hay que luchar por la supervivencia. Muchos trabajos como la carpintería requieren fuerza física. Cuidamos el cuerpo con hábitos saludables de nutrición, descanso y ejercicio.

También necesitamos la fuerza de la mente, como el conocimiento y la sabiduría. Jesús había comprendido la idea del proverbio: «Los guerreros sabios son más poderosos que los fuertes, y los que tienen conocimiento, más que los que tienen fuerza [solo física]» (Proverbios 24:5; Isaías 11:1-4).

Recibir el amor de Dios y devolverlo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas muestra la belleza y el poder del primer circuito del amor.

Amarás a tu prójimo como a ti mismo

El amor quiere hacer el bien a los demás. A medida que el amor a Dios nos llena, se derrama en el amor a otras personas. En la medida de nuestras posibilidades, queremos hacer el bien a todos, directa o indirectamente.

Si le preguntamos a Dios: «¿Qué puedo hacer por ti?», la respuesta podría ser: «Ámame, ama a mi familia. Yo amo a todo el mundo. A medida que te vayas pareciendo a mí, aprenderás cada vez más a amar a cada persona que tengas la oportunidad de conocer. Y recuerda: tu amor ha de ser inteligente y sabio».

Jesús dijo que el mandamiento de amar al prójimo era *como* el mandamiento de amar a Dios. Esto es cierto en tres sentidos:

- El amor al prójimo puede denominarse el segundo circuito del amor. Puesto que el espíritu divino también está presente en nuestro prójimo, el amor que damos a los demás también lo recibe Dios.

- Nuestro amor incondicional a Dios se expresa también en el cumplimiento incondicional de la voluntad divina al servir al prójimo.
- Dios es la fuente del amor que damos tanto a nuestro Padre como a los demás.

Si nos identificamos con el amor de Dios por los demás, se abre un nuevo panorama. No solo amamos con el amor de un hermano, sino también con un amor paternal. *Dejamos que nuestro Padre viva a través de nosotros*.

El gran reto con el prójimo es amar a personas muy distintas de nosotros, extraños, competidores, adversarios y enemigos. Jesús enseñó: «Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen; rezad por los que os maltratan» (Lucas 6:27-36, Mateo 5:43-48). En el antiguo mundo mediterráneo estaba muy extendida la máxima de hacer el bien a los amigos y el mal a los enemigos. ¿Con qué frecuencia tratamos generosamente a los que nos caen bien y a los que son como nosotros, motivados por la expectativa o la esperanza de ser bien tratados a cambio? Cuando el motivo dominante es egocéntrico, el amor de Dios espera al borde del camino otra oportunidad para introducirnos (de nuevo) en la alegría del olvido de uno mismo, del servicio por amor.[27]

El trabajo del proyecto de una estudiante es relevante para este tema. Durante su primer proyecto en el curso de religiones del mundo, esta estudiante (que desea permanecer en el anonimato) utilizó la oración centrante para comprender mejor la presencia de Dios en su interior. Concluyó: «Creo que lo más importante que aprendí de este proyecto es que si tienes la actitud y la mente correctas, eso afecta a todo tu ser, tus acciones, palabras, sentimientos, etc. Si te tomas el tiempo para sentirte bien y dejar que brille tu divinidad interior, también puedes influir en los demás».

Su segundo trabajo empezaba así:

> Parece que todos los días oyes a alguien decir que odia algo, ya sea una clase, un familiar, un amigo o alguien de quien apenas sabe nada. Yo también solía ser así, pensaba y creía de verdad que odiaba ciertas cosas y personas. Este proyecto me ha hecho ver que odiar es mucho peor de lo que yo pensaba; no es algo que deba decirse sin más.
>
> El objetivo de este proyecto era aportar dos cosas a mi vida. Una era amar a Dios con todo lo que tengo y amar a mi prójimo como a mí misma. Empecé este proyecto bastante rápido después de que me lo explicaran. Estaba ansiosa por salir al mundo con una nueva perspectiva y ver a todo el mundo con nuevos ojos…

Cuando empecé, pensé que iba a ser bastante fácil, pero me equivoqué. Al principio, hacía lo mínimo y no me esforzaba. Sabía que tenía que esforzarme más y, al final de la segunda semana, ya ponía todo mi empeño en ello. He aprendido mucho y he crecido como persona. Tuve que superar muchos retos durante este proyecto, y algunos fueron bastante difíciles de afrontar.

Sabía que había un significado más profundo en este proyecto, algo sobre lo que realmente necesitaba reflexionar. ¿Por qué me resultaba difícil amar a los demás? Esto es lo que me han enseñado en la iglesia durante toda mi vida, así como la enseñanza de amar a Dios con todo el corazón. Después de una semana de escribir y reflexionar, me di cuenta de que había algo en mí a lo que no quería enfrentarme, pero sabía que tenía que hacerlo.

[Enumeró una serie de cosas de sí misma que no le gustaban, entre ellas su cuerpo y sacar malas notas en los exámenes a pesar de esforzarse mucho.] Me preocupaba no amar a Dios todo lo que podía porque no estaba lo suficientemente agradecida por el cuerpo, la mente y el alma con los que fui hecha. Cada vez que escribía estas ideas en mi diario y lo leía, me sentía como si estuviera en un pozo que se hundía y no pudiera salir. Era un momento deprimente para mí, y tenía miedo. Sin embargo, me educaron para no rendirme nunca, sin importar lo que se interponga en mi camino.

Decidí dar un paso atrás de nuevo y centrarme en la regla de oro sugerida, tratar a la gente como quiero que me traten… Esta vez pensé en ser compasiva y ponerme en el lugar de la otra persona. Pensaba en cómo me sentía cuando alguien hacía algo bueno por mí. Me hace sentir muy bien… Incluso si se trata de un pequeño gesto como una sonrisa, siento que no me están juzgando, me hace sentir que no soy invisible.

Cuando tenía esta mentalidad, realmente me cambiaba mucho. Quería hacer estas cosas para que la gente se sintiera importante y alegrarle un poco el día a alguien.

Entonces ocurrió algo asombroso. Sentí que… necesitaba un mensaje de Dios. [La siguiente vez que fui a la iglesia], toda la misa trataba sobre amar a Dios y amar al prójimo como los dos mandamientos más importantes. Se suponía que tenía que estar en esa misa; las lecturas y la explicación de las lecturas por parte del Padre eran mi mensaje. Durante esa misa hablamos de amar al prójimo y amar al único Dios como dos caras de la misma moneda. Fue una gran analogía, y realmente me hizo entender la cuestión. Dios es amor. No puedes amar a Dios sin amar a tu prójimo, y no puedes amar a tu prójimo sin amar a Dios… Cada vez que pensaba en esto me invadía un gran sentimiento de felicidad y alegría. Casi parecía que me reventaba el

alma, casi como si irradiara mis sentimientos de alegría. Me di cuenta de que Dios me amaba por mí. Dios es amor. Dios no va a juzgarme por mis errores. No soy perfecta… Dios hizo a todo el mundo a su imagen y semejanza, así que si él me ama, no hay razón para que yo no me ame a mí misma. Fue una experiencia tan grande y me invadió una cantidad de emociones tan abrumadora que es difícil de explicar. Ocurrió, y también cambió mi vida.

Por suerte, no es lo único que cambió aquel día… Ese impresionante sentimiento de amor seguía invadiéndome y me sentí muy en paz. [Entonces pudo dejar de odiar a su exnovio, que la había engañado.]

Con todas estas nuevas formas de vida rebotando en mi alma, mente y corazón, me siento una persona mucho más feliz. Sé que amo a Dios con todo lo que tengo. Aprecio todo lo que me ha dado y se lo agradezco cada día. También sé que amo a mi prójimo como a mí misma y me siento muy bien porque sé que no lo hago solo porque sea un mandamiento: lo hago porque se lo debo a Dios y porque lo amo. Dios hizo a todos los que me rodean, y yo debería estar abierta a intentar amarlos al menos.

Hacia el final de este proyecto me di cuenta de muchas cosas. Me di cuenta de la fuerte conexión que podemos tener con Dios y de lo importante que es amar al prójimo como a uno mismo. Para hacer todas estas cosas, tienes que aceptarte tal como eres. También tuve la suerte de darme cuenta de cosas increíbles sobre la vida y sobre Dios. Mi viaje fue algo que siempre recordaré, y estoy orgullosa de mí misma por no rendirme cuando las cosas no iban bien.

Los dos capítulos siguientes describen el amor como el cumplimiento de su misión hacia el prójimo mediante el perdón y el servicio.

Preguntas e invitaciones

- ¿Qué es lo que más te cuesta de amar a Dios y al prójimo?
- ¿Cómo has triunfado cuando ha habido obstáculos?
- Piensa en cómo podrías compartir tus experiencias con los demás e indaga sobre sus experiencias y lecciones aprendidas.

15

¿Cómo podemos aprender de Jesús a ser misericordiosos y perdonar?

Saber que estamos verdadera y divinamente perdonados es una experiencia transformadora. Comienza despacio y a menudo continúa gradualmente. Nos sentimos completos. Podemos ver una imagen sobre esto en una película, *La milla verde*. La mayor parte de la acción transcurre en una prisión en la que esperan a ser ejecutados hombres que han sido condenados a muerte por delitos punibles con la pena capital. Surge una amistad entre uno de los guardias (interpretado por Tom Hanks) y un enorme, magnífico y compasivo preso negro que resulta ser inocente (interpretado por Michael Clarke Duncan). Un día, el guardia estaba tosiendo y estornudando. Por casualidad, caminaba muy cerca de la celda de este preso, que de repente lo agarró con ambos brazos y lo estrechó contra los barrotes de su celda, lo más cerca posible de su pecho. Entonces la película mostró una visualización de luz naranja, cálida y brillante en el pecho del preso, mientras este inhalaba motas negras de enfermedad en sus propios pulmones, donde las motas se desvanecían en la nada.

Personalmente, considero que esta imagen de la curación simboliza la obra de la *misericordia divina, motivada por el amor y realizada en última instancia en el alma por el espíritu de Dios*.

Jesús dijo: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lucas 6:36). *Esta es una de las formas más importantes en que los seres humanos podemos empezar a ser como nuestro Padre divino.* El concepto de misericordia se asocia con la ternura, la piedad, la bondad, la compasión y un castigo menor del que exigiría la justicia. Considero la misericordia como una actitud divina, que equiparo a la compasión. Cuando hablo de perdón, tengo en mente la misericordia más las diversas prácticas que la aplican en situaciones específicas.

Cuando el Creador decidió crear seres imperfectos, sonrió. Sabía que íbamos a necesitar misericordia. Apenas podemos intuir lo lejos que estamos de la perfección a la que se nos invita. La buena noticia es que nuestra necesidad de misericordia está abundantemente provista en la naturaleza amorosa de Dios, además de su perfecta comprensión de nosotros y el conocimiento completo de nuestros errores, maldad, pecado, defectos de carácter, falta de experiencia y otras limitaciones de nuestro entorno y nuestro cuerpo, mente y alma.

Si el amor divino y la comprensión perfecta conducen a la misericordia, esto nos sugiere un camino cuando nos cuesta ser misericordiosos. En primer lugar, podemos recurrir más profundamente al amor que está presente en nuestro interior y utilizarlo como lente a través de la cual mirar a la otra

persona. A continuación, buscamos comprender mejor a las personas implicadas, incluidos nosotros mismos.

La misericordia es esencial para la práctica del amor al prójimo.

La compasión de Dios es una actitud divina global

Jesús expresó la actitud divina de misericordia en el corazón de su misión cuando dijo que había «venido a buscar y salvar a los perdidos». La parábola de Jesús sobre el hijo pródigo enseña el camino de la compasión divina. Un padre tenía dos hijos, y el menor pidió a su padre que le diera su herencia antes de tiempo. Al recibirla, se marchó de casa, la malgastó en una vida desenfrenada, cayó en desgracia, volvió en sí y emprendió el camino de regreso. «Pero cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y se llenó de compasión; corrió, lo abrazó y lo besó». El hijo pidió que se le recibiera como a un siervo, pero el padre desechó esa idea y celebró la completa restauración de su hijo con una gran cena.

El hecho de que el padre lo viera cuando aún estaba lejos y se llenara de compasión simboliza la constancia de la actitud misericordiosa de Dios.

La importancia de restaurar a una persona que se había perdido queda clara en la última parte de la parábola. Al hijo mayor y obediente le molestaba que se hiciera una fiesta por su hermano menor. El padre le animó a unirse a la celebración, diciendo: «Este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida». Esto equivale a la resurrección. *Regresar a casa, al Dios de la misericordia, y volver al lugar que nos corresponde en la familia es una cuestión de vida y muerte espiritual*.

Cómo Jesús perdonó el pecado de una persona

Jesús dijo que «no había venido a llamar a justos al arrepentimiento, sino a pecadores». Cómo lo hizo en la práctica se mostró en otra fiesta.

> Uno de los fariseos invitó a Jesús a comer con él, y él entró en casa del fariseo y se sentó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, que era pecadora, al enterarse de que comía en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con ungüento… [Ella, llorando, comenzó a bañarle los pies con sus lágrimas y a secárselos con sus cabellos. Luego siguió besándole los pies y ungiéndoselos con el ungüento. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si este hombre fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando: que es una pecadora». Jesús tomó la palabra y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». «Maestro», le respondió,

> «habla». «Cierto acreedor tenía dos deudores; uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Como no podían pagar, canceló las deudas de ambos. Ahora, ¿cuál de ellos le querrá más?». Simón respondió: «Supongo que aquel a quien le condonó la deuda mayor». Jesús le dijo: «Has juzgado bien». Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa; no me diste agua para los pies, pero ella ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste ningún beso, pero desde que entré ella no ha dejado de besarme los pies. Tú no ungiste mi cabeza con aceite, pero ella ha ungido mis pies con ungüento. Por eso os digo que sus pecados, que eran muchos, le han sido perdonados; por eso ha mostrado un gran amor. Pero a quien poco se le perdona, poco ama». Entonces le dijo: «Tus pecados te son perdonados». Pero los que estaban a la mesa con él empezaron a decir entre sí: «¿Quién es este que hasta perdona los pecados?». Y dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado; vete en paz».

Es verosímil que la mujer formara parte de la multitud que había visto a Jesús; había escuchado su mensaje y se había dado cuenta de que sus palabras de amor, misericordia, seguridad y esperanza también iban dirigidas a ella. Transformada por la fe, entró en aquella casa (según la costumbre) donde se daba de comer a varias personas. Expresó con valentía su gratitud y su amor.

Antes de despedirla en paz, Jesús le dejó claro que sus pecados habían sido perdonados y que *su fe la había salvado, en el sentido de que su fe receptiva y activa era esencial para completar la obra de la misericordia divina*. La seguridad de Jesús también sugiere otra lección. *Una vez que realmente sabemos que hemos sido perdonados, nuestro trabajo consiste en mantener la fe en la misericordia que hemos recibido.* Es fácil sentir que una especie de olor persistente se aferra a uno mismo, como una mancha ineludible. Pero no importa cómo nos vean los demás, la fe viva avanza con seguridad y confianza. *Cuando el perdón divino se recibe realmente en el alma, nace un nuevo sentido de uno mismo.* Ser hija o hijo de Dios adquiere ahora más significado y valor. Creo que esta mujer perdonada también experimentó en su corazón que el perdón amoroso de Jesús había destruido su pecado. Además, la salvación que había recibido por la fe le devolvió las fuerzas, de modo que pudo empezar de nuevo en la nueva y mejor forma de vivir.

En este episodio, los críticos de Jesús señalaron correctamente que perdonar pecados es actuar en nombre de Dios. Jesús habló con autoridad y manejó la situación con el poder de Dios. Es sorprendente que Jesús nos llamara a ser como él: misericordiosos como Dios es misericordioso. La misericordia puede formar parte de nuestra actitud diaria hacia las personas.

Perdón y reconciliación

Jesús insinuó claramente la necesidad de *perdonar primero a los demás antes de buscar el perdón de Dios*. Nos enseñó a rezar: «Perdónanos nuestras deudas *como también nosotros hemos perdonado* a nuestros deudores» (Mateo 6:12).

Un amigo había estado dándole vueltas en la cabeza a cómo su mujer le había hecho daño. Entró en el salón y la vio inclinada sobre su labor de punto. Como tejedora de mantas, estaba creando otra pequeña y artística manta para algún niño al que nunca vería. En cuanto la vio, tuvo una visión de la misericordia divina que bajaba del cielo, rodeándola como un gran silo de luz compasiva. Luego, totalmente asombrado, vagó sin rumbo por la cocina, asombrado por la misericordia que acababa de ver abrazándola. Se le ocurrió que esa misma misericordia debía estar a su disposición. Inmediatamente se vio rodeado de un silo idéntico de luz y se sintió completamente libre.

Del mismo modo que necesitamos responder con el perdón a quienes nos maltratan, también necesitamos, con quienes hemos hecho daño, arreglar las cosas en la medida de nuestras posibilidades. Jesús no dijo: «Perdónate a ti mismo». Dijo: «Cuando estés ofreciendo tu ofrenda en el altar, si te acuerdas de que tu hermano o hermana tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete; reconcíliate primero con tu hermano o hermana, y luego ven y ofrece tu ofrenda». (Mateo 5:23-24). Solo entonces, dio a entender Jesús, podremos adorar «en espíritu y en verdad» (Juan 4:24).

Arrepentirse puede incluir muchos pasos

Antes de entrar en el tema del arrepentimiento, es importante aclarar una confusión. Algunas personas luchan con sentimientos de culpa opresivos y necesitan distinguir dos tipos de culpa. La verdadera culpa es la conciencia de haber violado el camino divino. La falsa culpa puede surgir cuando uno ha ido en contra de las expectativas sociales que no reflejan lo que es verdaderamente correcto e incorrecto. O podemos habernos quedado cortos de nuestro propio ideal, pero no de la voluntad del Dios realista y compasivo.

Pero después de hacer cosas malas, algunas personas se confiesan de labios para fuera pero no hacen nada por cambiar. Para que el arrepentimiento, el cambio de mentalidad, sea real, implica una serie de cosas:

- Reflexionar moralmente para comprender mejor lo que hemos hecho.

- Aclarar con hechos qué cadena de acontecimientos condujo al comportamiento problemático, con qué consecuencias y cómo podríamos haber actuado de otra manera.
- Hacer las cosas bien en la medida de nuestras posibilidades.
- Pedir perdón al Padre del hijo infinitamente amado al que hemos hecho daño.
- Recibir con fe el perdón divino.

Sobre el «polvo y la ceniza» de nuestro arrepentimiento cae una promesa: «Serás como un jardín regado» (Job 42:6; Isaías 58:11).

Un proceso comunitario de perdón

Es frecuente oír a la gente recomendar el perdón porque libera a quien perdona de ser destrozado por actitudes negativas. Este hecho es gloriosamente cierto, y puede costar mucho trabajo llegar hasta ese punto. Pero además de estos beneficios auténticos e importantes, el perdón que Jesús enseñó también puede requerir que el que perdona interactúe con el malhechor, si hacerlo entra dentro de lo razonable y posible. A veces, este proceso requiere más de una persona.

El Maestro dio instrucciones para un procedimiento de queja dirigido a una comunidad de creyentes que comienza con la misericordia de uno a uno y puede terminar en la justicia según lo determinado por el grupo (Mateo 18:12-35). Lo introdujo con la parábola de la oveja perdida. Comienza así: «¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas y perdiendo una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se ha perdido hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la echa sobre los hombros y se alegra». El hecho de que el pastor salga en busca de la oveja descarriada tiene una clara implicación en este contexto. La parábola implica que *el propósito del procedimiento de perdón que sigue es devolver un alma perdida a los circuitos de la comunidad amorosa*.

Para lograrlo, pueden ser necesarios tres pasos:

1. Jesús dijo que si alguien peca contra ti (en el sentido de una mala acción grave y deliberada), ve con esa persona cara a cara y establece un entendimiento compartido de lo que ha ido mal. Si el malhechor se niega a cooperar, pasa al siguiente paso.
2. Ve a ver a la persona por segunda vez y lleva a una o dos personas más que puedan aportar pruebas para confirmar el hecho de la falta, sobre todo si el problema persiste.

3. Si el infractor sigue negándose a reconocer lo que ha hecho y persiste en su comportamiento dañino, entonces todo el grupo puede reunirse para escuchar la disputa. El grupo puede decidir dejar de recibir a esa persona en sus reuniones.

Pensando en la tercera etapa, es fácil imaginar que miramos por encima del hombro a una persona que está siendo juzgada. Para corregir una actitud juzgadora, Jesús aclaró primero que hay que estar dispuesto a perdonar muchas, muchas veces. Un malhechor puede tardar mucho tiempo en reemplazar los malos hábitos y triunfar sobre las malas tendencias. Quien lucha por crecer necesita que los demás sean pacientes, amables y comprensivos.

Después Jesús contó otra parábola. A una persona, su superior le perdonó una deuda enorme, pero este hombre perdonado metió en la cárcel a alguien que le debía una deuda muy pequeña, pero que no podía pagar. Cuando el superior se enteró de lo que había hecho el hombre perdonado, lo castigó severamente. Esta parábola nos recuerda lo grande que es la salvación que hemos recibido al ser acogidos con misericordia en la familia de Dios, por graves que hayan sido nuestras faltas anteriores.

Una de las razones por las que este procedimiento de tres pasos no se realiza más a menudo es que muchas personas que reconocen el daño causado por una actitud crítica no entienden que hay algunos tipos de juicios que debemos hacer como miembros responsables de la sociedad. Algunos creyentes citan la enseñanza de Jesús, «no juzguéis», fuera de contexto. Pensemos en ello.

> «No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque el juicio que hagáis será el juicio que recibáis, y la medida que midáis será la medida que recibáis. ¿Por qué ves la paja en el ojo de tu prójimo y no reparas en la viga que tienes en el tuyo? ¿Cómo puedes decir a tu prójimo: "Déjame sacarte la paja del ojo", mientras tienes la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la paja del ojo de tu prójimo. No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos, porque las pisotearán y se volverán y os atacarán» (Mateo 7:1-6).

Al combinar estas enseñanzas, Jesús incitó a sus oyentes a hacer una distinción: juzgar a las almas no es asunto nuestro, pero una de nuestras responsabilidades es juzgar con sabiduría y reconocer el peligro que representan algunas personas en la sociedad.

¿Debe una comunidad hacer cumplir las normas básicas cuando son violadas? Esto es sobre lo que Jesús está orientando. Es un ejemplo de la necesidad de realismo práctico para complementar el idealismo espiritual.

Considerando las dos parábolas y el procedimiento en tres etapas, observamos que la misericordia se aplica al individuo teniendo en cuenta la justicia y el bienestar de la comunidad, el bien a largo plazo del conjunto.

Está claro que la conversación en privado del primer paso, que se podría llamar *cariñontar*[1], tiene muchas ventajas sobre la reacción airada. Las conversaciones del segundo paso son sorprendentemente poderosas. Y la mayoría de las personas que entran en un grupo se beneficiarían si se entrenaran en este procedimiento. He visto a grupos beneficiarse de sesiones sobre cada uno de los tres pasos, explorando por qué el procedimiento de queja de Jesús parece tan difícil de trabajar, y cómo adaptarlo a su situación particular.

Sin amor, la misericordia se convierte en una actitud de desprecio hacia la otra persona. Sin comprensión, el amor es difuso y menos útil. Las prácticas del perdón, la reconciliación y la rehabilitación sostienen poderosamente las relaciones individuales y de grupo.

Resumen y transición

Oímos a algunas personas hablar de la misericordia como si inmediatamente se deshiciera de todo y nos dejara impunes. No hay juicio que afrontar; nunca tendremos que rendir cuentas; no tenemos que arrepentirnos como miembros de una comunidad.

Las enseñanzas de Jesús nos dan la altura y la profundidad de una misericordia penetrante y transformadora. El Maestro también dejó claro que tenemos que arrepentirnos de forma socialmente responsable y perdonar sabiamente a los demás también.

La misericordia es la actitud divina constante y global de amor en la que estamos llamados a participar. Nuestra necesidad de misericordia puede ser una cuestión de vida o muerte espiritual. Como destinatarios de la misericordia, necesitamos participar en la fe viva para completar el circuito de la bendición divina.

La actitud de misericordia motiva nuestro proceso personal de arrepentimiento, que puede implicar muchos pasos, y los pasos del proceso comunitario que Jesús enseñó.

La misericordia es la primera aplicación del amor de Dios a la aventura de amar al prójimo. En mi opinión, la actitud de misericordia y la realización del perdón ya están contenidas implícitamente en el amor de Dios.

[1] *Carefrontation* en el original (del inglés *care* (cuidado) y *confrontation* (enfrentamiento) (N. de la T.)

En todo lo que pensemos, sintamos y hagamos sobre este tema, haremos bien en recordar la amistad de Dios y el espíritu interior. Cuando nos acercamos a las personas en una actitud de amistad, nuestro trabajo de perdón, reconciliación y rehabilitación tiene la mejor oportunidad de ser un éxito salvador. Los que somos principiantes en estas cosas puede que no tengamos experiencia de una comunidad dedicada a estas prácticas. El realismo nos impide esperar demasiado de nosotros mismos, demasiado rápido, mientras aprendemos los caminos de estas nuevas direcciones. Recordamos nuestro hermoso y amistoso apoyo: la misericordia divina, el compañerismo personal y la abundante paciencia.

La siguiente aplicación del amor divino es el servicio, que entra en acción haciendo el bien a los demás. Ahora nos damos cuenta de que el servicio que es verdaderamente amoroso es también misericordioso. La misericordia aporta los ojos de la comprensión compasiva a la cuestión de cómo servir mejor a los demás. Hacer el bien completa adecuadamente las aplicaciones del amor al prójimo. El siguiente capítulo muestra tres tipos de servicio de Jesús.

Preguntas e invitaciones

- ¿Puedes identificarte con la actitud global de misericordia de Dios cuando recuerdas que Jesús dijo que debemos ser misericordiosos como Dios es misericordioso?
- ¿Qué obstáculos te impiden poner en práctica uno o más de los procedimientos comunitarios de queja que enseñó Jesús? Considera la posibilidad de utilizar el *cariñontar* para ayudar a otra persona a entender lo que sucedió y por qué estuvo mal, incluso mientras la apoyas en su proceso de crecimiento.
- ¿Quién te ha perdonado de una manera que te ha parecido hermosa y constructiva?

16

¿Cómo hizo Jesús el bien a los demás?

Durante varios años, trabajé en Berkeley (California) con un grupo de evangelización, que contaba con más de cuarenta voluntarios. Una mujer que se unió al grupo consiguió trabajo en el Hospital Infantil de Oakland. Su tarea consistía en amar a los bebés que estaban tan privados de atención afectuosa que se encontraban en estado grave. Para amarlos, abrazaba a cada uno, los tocaba y movía suavemente las manos y las piernas; y les arrullaba, hablaba y cantaba alegremente durante cuarenta y cinco minutos. A los pocos días acababa agotada al final de cada jornada. Entonces, una mañana, dijo: «Está bien, Padre. Ámalos a través de mí». Aquel día hizo toda su jornada laboral con buena energía. Durante el resto de los meses que permaneció en ese trabajo, utilizó el mismo método todos los días y obtuvo los mismos resultados. Hablaba de esta experiencia sin ningún atisbo de prepotencia, e irradiaba la alegría del servicio.

Había entrado en el camino de servicio desinteresado de Jesús, estaba motivada por el amor que viene de Dios y tenía una comprensión compasiva de las necesidades de aquellos a quienes servía. Su cálida sonrisa y su corazón risueño derramaban amor de una manera fácil, suave y natural.

Jesús se describió a sí mismo y a su misión en términos de servicio. «Estoy entre vosotros como el que sirve»; «el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Lucas 22:27; Marcos 10:45).

El amor quiere hacer el bien a la gente, y el servicio realmente lo hace. La importancia del *hacer* en la vida espiritual se subraya en la parábola de Jesús que comienza así: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica será como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca» (Mateo 7:24).

Este capítulo destaca tres aspectos del servicio amoroso de Jesús: el servicio social, especialmente la curación; la enseñanza, especialmente la regla de oro; y la evangelización (interactuar

con los demás y dar voz a la verdad del evangelio). Cada sección presenta normas desafiantes e ideas para acercarse poco a poco a ellas.

También nos acercamos a los tipos de servicio más exigentes profundizando en el conocimiento de los fundamentos del servicio presentados en los dos capítulos anteriores. Volvemos a entrar en el primer circuito del amor: recibimos el amor de Dios por nosotros en la medida de nuestras posibilidades y amamos a nuestro Padre a cambio con el corazón, el alma, la mente y las fuerzas. Luego, en el segundo circuito del amor, practicamos el amor al prójimo con la actitud primordial de la misericordia y volvemos a comprometernos con la reconciliación y el perdón. Sobre esta doble base, nuestro servicio amoroso y compasivo puede crecer sin límites.

Servicio social

Colectivamente hablando, los individuos y organizaciones dedicados al servicio social ofrecen ayuda a personas que cubren todo el espectro de problemas humanos. Algunos ejemplos familiares son trabajar en un comedor social o participar en un equipo de Hábitat para la Humanidad que construye casas para personas que no pueden permitirse una.

Gran parte del servicio por amor es discreto, como las sonrisas, los saludos amistosos y abrir la puerta a alguien; el siguiente nivel es comprobar cómo están los demás, lo que lleva tiempo y puede implicar que hagamos más. Jesús nos llamó a todo tipo de servicio, y su vida demostró que podemos ocuparnos de los asuntos de Dios de un modo u otro cada día.

Llegar a extremos sorprendentes en el servicio desinteresado a veces se llama recorrer «el segundo kilómetro». En tiempos de Jesús, un soldado romano podía obligar legalmente a un judío a llevar su carga durante un kilómetro. Un hombre desarmado que era obligado a servir podía luchar contra el soldado u obedecer pasivamente. Pero Jesús quería que fuéramos activos y respondiéramos con el bien a cualquier mal que se nos presente. Imagina cómo afectaría al soldado si el hermano judío tuviera que cargar con su mochila durante un segundo kilómetro. ¿Qué calidad de silencio podrían haber experimentado, qué calidad de conversación, qué unión al final del segundo kilómetro?

En mi opinión, el mayor ejemplo de servicio social que hay en las enseñanzas de Jesús es el del buen samaritano. Jesús contó esta parábola en una discusión con un experto en leyes religiosas que pretendía desafiar al Maestro; pero el experto acabó confesando que el camino hacia la vida eterna es amar a Dios y al prójimo. Un poco más tarde, el abogado preguntó a la defensiva: «¿Quién es mi prójimo?». Esta fue la respuesta de Jesús (Lucas 10:25-37).

> Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que lo desnudaron, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Por casualidad bajaba por aquel camino un sacerdote, el cual, al verlo, pasó de largo. Así también un levita, cuando llegó al lugar y lo vio, pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino se le acercó, y al verle se compadeció de él. Se acercó a él y le vendó las heridas, echándoles aceite y vino. Luego lo montó en su propio animal, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y le dijo: «Cuida de él; y cuando vuelva, te devolveré lo que gastes de más». ¿Cuál de estos tres te parece que era prójimo del hombre que cayó en manos de los ladrones? Respondió: «El que le mostró misericordia». Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo».

Jesús contó esta parábola para desafiar el prejuicio de siglos de muchos judíos hacia los samaritanos, que tenían una larga historia de antagonismo hacia los judíos. La parábola muestra que un ejemplo sobresaliente de ministerio puede encontrarse en una persona de la familia de la fe que no forma parte de nuestro propio grupo religioso. La parábola también retrata las posibles implicaciones prácticas del amor al prójimo. Este ejemplo de curación requirió tiempo, habilidad, fuerza, dinero y responsabilidad después del esfuerzo inicial. El samaritano exhibe un carácter de rectitud en perfecta madurez.

Durante sus últimos años en la tierra, Jesús se centró en dirigir el movimiento de la verdad viva que había iniciado, su movimiento evangélico. Pero *el servicio de palabra y obra formaba parte del mensaje*. La forma más común de servicio social de Jesús era la curación. Estaba lleno de compasión, y su poder curativo fluyó en muchas ocasiones.

Al curar a Bartimeo, que había nacido ciego, Jesús utilizó una táctica instructiva. El Maestro respondió a su fe de una manera que se adaptaba a una de sus creencias erróneas. El método parece extraño: Jesús escupió en el suelo para hacer un poco de arcilla húmeda, que luego utilizó para ungir los ojos del hombre. Existía la superstición popular de que la saliva de un hombre santo tenía un poder especial. Entonces Jesús hizo que actuara según su fe diciéndole que se lavara la arcilla en el estanque de Siloé, cerca del Templo. Cuando el hombre lo hizo, pudo ver. Lo llevaron ante un grupo de fariseos incrédulos, que lo interrogaron agresivamente sobre su curación; pero su testimonio fue firme y claro al defender a su sanador como un santo varón de Dios que había realizado un prodigio sin precedentes. Después, Jesús le encontró y entabló conversación con él, lo que le llevó a reconocer a Jesús como Hijo de Dios y a adorarle.

Jesús llamó a sus apóstoles y evangelistas a curar a los enfermos, y a veces lo hicieron con obras de poder. Pero también es plausible que a menudo atendieran a los enfermos de forma natural y

ordinaria, apoyando su fe mientras recuperaban la salud y el bienestar en cuerpo, mente y alma. Todos tenemos alguna capacidad para realizar ambos tipos de curación; y es nuestro privilegio desarrollar nuestro potencial de oración y servicio desde cualquier nivel en el que nos encontremos.

No soy sanador, aunque espero que mis esfuerzos en la conversación sirvan para algo. Cuando rezamos por alguien que necesita curación, podemos rezar para que la mente de la persona se llene completamente de fe a fin de facilitar la labor del espíritu divino. Además, podemos volvernos y sumergirnos en la concentración en Dios. Luego, manteniendo esta concentración, mantenemos a la otra persona en la mente y entramos en un silencio expectante. Empezamos sin tener ni idea de lo que Dios puede hacer o decidir no hacer, pero podemos recibir una intuición sobre lo que ocurrirá tarde o temprano.

Por muy principiantes que seamos en estas cosas, podemos confiar en que nuestros conocimientos actuales, nuestra sabiduría y nuestra fe viva nos capaciten para hacer lo que Dios nos pida en ese momento. Podemos aprender a participar de alguna manera en la forma de sanar de Jesús. Lo que suceda puede sorprendernos.

La regla de oro

Jesús también sirvió enseñando; una de sus máximas más conocidas es el principio universal del servicio, la regla de oro: «Haz a los demás lo que quieras que los demás hagan contigo» (Lucas 6:31; Mateo 7:12). Se trata de una regla que orienta sobre cómo poner en práctica el amor al prójimo y se aplica a todo tipo de actividades. Está enunciada con sencillez y es intuitivamente comprensible, algo con lo que cualquier persona puede trabajar y crecer.

Creo que la regla de oro es una verdad viva. Si trabajamos seriamente con ella, descubrimos nuevas interpretaciones. He aquí algunas interpretaciones que pueden ordenarse en cinco niveles de significado.

En primer lugar, trata a los demás con consideración hacia sus sentimientos, como quieres que los demás sean considerados con los tuyos. Lo ideal es aprender la práctica de la regla de oro a una edad temprana. La práctica cultiva la empatía; aprendemos a imaginarnos en el lugar del otro. Normalmente podemos esperar que la familia y los amigos nos correspondan por el bien que hacemos tratándonos de forma amable.

Pero la regla que estamos aprendiendo (la regla de oro) no se limita, por ejemplo, a la empatía, la consideración y la simpatía. Implica más que eso, lo que nos lleva al siguiente nivel, ya que la familia forma parte de una cultura más amplia.

En segundo lugar, trata a los demás en tu cultura de acuerdo con las normas establecidas, como quieres que te traten a ti. Esto puede significar entrar en el espíritu y las prácticas de fiestas populares, como la Navidad. En algunas culturas, la regla de oro funciona como un principio resumido que simboliza las normas morales y éticas de la tradición. Por ejemplo, Jesús habló de la regla de oro como expresión del espíritu de la enseñanza bíblica (Mateo 7:12). Pero las culturas son diversas, y la regla nos obliga a adaptarnos a la tradición del otro, como la Janucá. Así, la regla nos hace avanzar desde el respeto a las costumbres de la propia cultura.

Tercero, trata a los demás de acuerdo con la razón moral, como quieres que los demás te traten a ti. En sí misma, la regla de oro no da ningún consejo específico para situaciones particulares. Su generalidad no está ligada a ninguna cultura. Se encuentra en muchas culturas; de una forma u otra, es la máxima moral más universal del planeta, lo que la hace aplicable en todas las relaciones, en todas las situaciones y en todas partes. La práctica de la regla cultiva el reconocimiento y el respeto de la humanidad universal.

Cuarto, trata a los demás como hermanos, hijos de Dios, como quieres que los demás te traten a ti. Este nivel espiritual es la regla de oro como *principio de la práctica de la familia de Dios*.

Pero en la familia universal no todo el mundo va a corresponder a nuestra amabilidad, respetar nuestras normas culturales o abrigar cualquier principio de razón moral. Este hecho exige otro nivel espiritual.

En quinto lugar, trata a los demás con el amor de Dios, como quieres que te traten a ti. Como Jesús ordenó a sus seguidores: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Juan 13:34). En el amor de Jesús hay recursos para hacer frente a todas las limitaciones de las interpretaciones de nivel inferior de la regla.

Por ejemplo, en Lucas, la regla de oro se sitúa en medio de la lección de Jesús sobre amar a nuestros enemigos (Lucas 6:27-36; Mateo 5:38-48). Este contexto implica claramente que se espera que los seguidores de Jesús devuelvan bien por mal. La idea de enemigo puede generalizarse a una amplia gama de personas con las que es difícil tratar: por ejemplo, personas codiciosas que abusan de su poder económico y adversarios antagónicos en la sociedad y en todos los niveles de la política, desde la local a la mundial. No podemos esperar que todas estas personas hagan un bien recíproco a cambio de cualquier servicio que les prestemos. Aquí la regla de oro pone a prueba nuestra motivación: ¿hacemos el bien solo porque esperamos beneficios a cambio? Entonces nuestra motivación es egocéntrica, y ese no es el camino de la regla de oro.[28]

En este contexto, el mandato de Jesús de amar como Él nos amó nos llama a estar dispuestos a dar la vida por los demás. Merece la pena considerar cómo podemos prepararnos para semejante desafío. A lo largo de los años, podemos prepararnos para este tipo de prueba tomando decisiones de antemano sobre lo que haríamos si nos encontráramos en una situación que exigiera poner la vida en juego. Algunas personas lo hacen como parte de su vocación, como los soldados; y algunas personas, debido a su religión, corren peligro en su comunidad. Al menos podemos tomar decisiones preconcebidas para situaciones imaginarias. Por ejemplo, si alguien es antagónico conmigo o con un grupo del que formo parte, puedo decir: daría mi vida (si fuera la voluntad de Dios) para defender a los agredidos y a sus agresores.

Para la mayoría de la gente la mayor parte del tiempo, la práctica de la regla de oro tiene lugar en situaciones de apoyo social e implica ser padres responsables, estudiantes, trabajadores y buenos ciudadanos en general. Esta regla prevalecerá algún día entre la humanidad, y nuestro privilegio es vivir la regla de oro de una manera que presagie un mundo mejor.

Una persona que elige crecer con esta regla podría plantearse estas preguntas: ¿cómo respondería a la regla si escuchara al Maestro decírmela directamente? ¿Cómo me han tratado los demás en el pasado? ¿Me gustaría que me trataran de la misma manera que me dispongo a tratar a esta persona? ¿Qué consejo daría Jesús con respecto al mismo tipo de situación en la que me encuentro ahora? ¿Qué haría Jesús?

Dar voz al evangelio

La evangelización es una aplicación de la regla de oro. Si yo fuera uno de los perdidos, ¿cómo querría ser tratado por una persona que conociera a Dios y percibiera mi condición? Querría que esa persona me ayudara a encontrar la vida verdadera y real.

Para Jesús, proclamar el mensaje era una expresión de amor, de querer que el mundo conociera las alegrías de una vida abundante en Dios. El mensaje era el centro de su misión, su máxima expresión de servicio: «Vayamos a las ciudades vecinas, para que también allí proclame el mensaje, pues para eso he salido» (Marcos 1:38).

Proclamar significa dar a conocer algo anunciándolo públicamente. Jesús enseñaba en las sinagogas, en el Templo de Jerusalén y a cuantos se presentaban en las numerosas ciudades y aldeas por las que viajaba con los doce.

Por un lado, el anuncio auténtico se basa en vivir las verdades del mensaje de Jesús. Por otro lado, empezar a proclamar verdades que ya han cobrado sentido para nosotros en nuestra vida

dinamiza nuestro progreso en el aprendizaje de vivir más el mensaje de Jesús. Jesús proclamó sobre todo con su vida. La religión que vivió fue la religión que enseñó. En una persona plenamente comprometida con la misión del evangelio, incluso activa a tiempo muy parcial, la fuerza de la convicción y la relación sincera con el otro permiten al mensajero hablar con una fuerza añadida. No se trata de la fuerza material de las amenazas y la furia, sino del poder espiritual del amor, la misericordia y el servicio. [29]

La parábola del sembrador de Jesús puede servir de guía a los mensajeros del evangelio.

> ¡Escucha! Un sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, algunas semillas cayeron en el camino, y vinieron los pájaros y se las comieron. Otras semillas cayeron en terreno pedregoso, donde no tenían mucha tierra, y brotaron rápidamente, pues no tenían profundidad de tierra. Pero cuando salía el sol, se quemaban; y como no tenían raíz, se marchitaban. Otras semillas cayeron entre espinos, y los espinos crecieron y las ahogaron. Otras semillas cayeron en tierra buena y produjeron grano, unas cien veces más, otras sesenta y otras treinta. Quien tenga oídos para oír, que oiga. (Mateo 13:1-23)

La última línea, que dice a los que tienen oídos para oír que oigan, nos anima a perseverar. Los que aspiramos a «producir mucho grano» debemos comprender que es normal que todos los que iniciamos el camino de la fe tropecemos con serias dificultades.

Jesús proclamó las poderosas verdades del mensaje salvador que estamos explorando, y llamó a los doce apóstoles y luego a setenta evangelistas para llegar a más gente. Creo que la intención del Maestro era que todos sus seguidores participaran activamente en este movimiento. Si estoy en lo cierto, puede que Jesús esté sentado al otro lado de la mesa sonriendo mientras espera a que nos tomemos un buen trago de zumo de naranja y nos pongamos en marcha, dando voz a las verdades del evangelio lo mejor que podamos. Mejoraremos con la experiencia, especialmente si la combinamos con el estudio y la comunión con otros que participan en esta labor.

A mucha gente le echa para atrás la evangelización por diversas razones pero, dada su importancia, podríamos echarle otro vistazo. A veces nos enfrentamos a una tarea que sabemos que se nos resiste, pero nos empujamos fuera de nuestra zona de confort y empezamos, lo que suele bastar para generar ganas de más. Pero ¿hay alguna forma de ampliar primero nuestra zona de confort? Yo creo que sí. A algunas personas les resulta útil empezar por vivir la verdad y proclamarla *en silencio.* Esto incluye:

- Rezar largamente, digamos, treinta minutos, por la otra persona.
- Reflexionar sobre qué verdades del evangelio responden a la necesidad de la persona.
- Imaginar que damos voz a esa verdad.
- Considerar qué preguntas se pueden utilizar para iniciar una conversación.
- Rezar para tener la oportunidad de hacerlo.

Estas actividades silenciosas e interiores forman parte de vivir el evangelio, marcan una gran diferencia y se vuelven aún más eficaces cuando empezamos a dejarnos llevar por el mayor de los maestros silenciosos: la experiencia.

Para ser coherente con la regla de oro, dar voz a la verdad evangélica no consiste en dispensar un mensaje empaquetado, de talla única, y luego marcharse. En situaciones cara a cara, es típico empezar socializando, por ejemplo, observando y preguntando algo sobre la otra persona. A continuación, se inicia un rápido proceso para conocer a la otra persona y compartir algo personal sobre uno mismo. Cuando la relación ha empezado a ser real, la otra persona puede mostrarse receptiva a un intercambio sincero de lo que ha cobrado sentido en nuestra propia experiencia.

Ir de puerta en puerta es otro tipo de actividad. Podemos decir: «Soy tu vecino, [nombre], y te animo en la fe de que eres un [hijo o hija] de Dios». Luego calla con una sonrisa y deja que la conversación siga a partir de ahí.

El sentido del humor ayuda. Llamaba a la puerta y oía música dentro, pero nadie abría, hasta que empecé a llamar al ritmo de la música. Fue una conversación auténticamente espiritual y deliciosamente divertida.

Y hay innumerables enfoques adicionales. Cualquiera con el deseo supremo de compartir el evangelio encontrará maneras de hacerlo.

Proclamar el evangelio no es lo mismo que contar lo que dijo Jesús y comentarlo. Los grandes maestros y profetas no se contentaban con citar y comentar; esto se parece más a lo que hacían algunos escribas y rabinos (Mateo 7:29). Más bien hemos de expresar con frescura la verdad del mensaje a la luz de nuestra propia experiencia y de nuestra manera singular de exponerlo.

Uno de los mejores evangelistas que he conocido se deleitaba conociendo a gente de todo tipo. Llevaba años sin hogar y sabía llevarse bien con todo tipo de personas. Con una amplia y cálida sonrisa, recibía a la gente con amor y amabilidad; su conversación era relajada y fácil. Preguntaba y escuchaba. Daba muy pocas enseñanzas espirituales; su mensaje era a menudo una sola frase o una pregunta. Pero

lo que transmitía era un pensamiento auténtico y significativo que podía permanecer en el corazón y la mente de la otra persona; muchas veces descubría más tarde que sus breves palabras habían tenido un impacto considerable. Se sentía completamente en paz dando un simple y suave codazo (sus codazos en el manuscrito de este libro lo mejoraron mucho). Cuando le preguntaban cuál era su religión, respondía: «Soy un hijo de Dios, y soy tu hermano».

Nunca le preocupó lo mucho que quedaba por decir y conocer, lo que me recuerda a un estudiante que habló conmigo en privado durante un minuto mientras entregaba su trabajo final en una clase de ética. Durante la primera semana de clase, cuando presenté los proyectos experienciales, le dije: «Si estás viviendo al revés, puedes aprovechar esta oportunidad para darle la vuelta a eso». Al entregarme su trabajo, me dijo que no leyera nada de él en clase. Su voz era áspera, pero con fuerza de logro cuando me dijo que durante la clase había dejado el alcohol, el tabaco y las drogas duras. Mi empujón había resultado transformador, pero nunca sabré qué pensó de las ideas de ética religiosa que esparcí a lo largo del semestre, incluida la convicción de Tomás de Aquino de que el amor (que Dios infunde en el alma) es la virtud más elevada y abarcadora del carácter humano.

Tanto si nos dedicamos específicamente a la evangelización como si no, nunca sabemos cuándo podemos estar hablando con una persona que está perdida y que podría necesitar ayuda para encontrar el camino de vuelta a casa. El evangelismo a veces se dirige a creyentes, a veces a personas que están perdidas, y a veces a creyentes que también están perdidos en ese momento. En mi limitada experiencia, observo que todos, evangelistas incluidos, tenemos momentos de estar perdidos. Y a todos nos hace bien oír a otros compartir la verdad viva que se ha hecho real para ellos.

Resumen y transición

Jesús proclamó su mensaje sobre todo mediante una vida en la que el amor y la misericordia motivaron y guiaron su ministerio. Es natural que nos sintamos interpelados por los elevados ideales que tenía para nosotros, entre ellos el servicio social del segundo kilómetro, la participación en el movimiento evangélico, la sanación por la fe y la entrega de nuestra vida. Y hay pasos de acercamiento gradual a estas metas, además del constante apoyo divino.

Este capítulo culmina el despliegue del amor a través de la compasión al servicio del prójimo. El capítulo siguiente concluye la segunda parte celebrando las alturas de nuestra relación con Dios en la adoración.

Preguntas e invitaciones

- ¿Cómo prefieres apoyar a los demás en su proceso de curación? ¿Cómo podrías mejorar tus habilidades?
- Considera las preguntas de este capítulo. ¿Cómo respondería a la regla de oro si oyera al Maestro decírmela directamente? ¿Cómo me han tratado los demás en el pasado? ¿Me gustaría que me trataran como voy a tratar a esta persona? ¿Qué consejo daría Jesús en relación con el mismo tipo de situación en la que me encuentro? ¿Qué haría Jesús?
- ¿Qué verdades del evangelio proclamas? ¿Cómo podrías ampliar tu zona de confort en esa proclamación?

Tercera parte. El Hijo de Dios revela su divinidad

Ahora entramos en la narración de las trascendentales acciones de Jesús cuando gestionó los conflictos que tuvo con algunos líderes religiosos. Su vida estaba en juego, y también la salvación de ellos. Era un momento difícil para Jesús y también para sus apóstoles y discípulos, que tenían importantes lecciones que aprender sobre cómo gestionar el acoso, la crisis y la persecución. La respuesta de Jesús a sus enemigos fue empezar a proclamar su evangelio avanzado, que contenía verdades centradas en su condición de Hijo de Dios. Como sus seguidores de hoy día, podemos aprender mucho de la manera en que Jesús manejó estas situaciones difíciles como el buen pastor que revela la verdad en el amor.

17

¿Cómo respondió Jesús a los distintos niveles de hostilidad?

Imaginemos cómo un movimiento religioso que se extendía rápidamente atraería la atención de las autoridades religiosas locales en el mundo antiguo, como lo haría ahora. En la región densamente poblada del sur de Galilea, el Hijo del Hombre fue bien recibido por mucha gente. Reunió y formó a los doce apóstoles, y más tarde envió a setenta evangelistas. El mensaje del reino y de la familia de Dios se difundió rápidamente.

De vez en cuando, afloraban conflictos aparentemente menores con sus enemigos; pero entonces llegó el mayor enfrentamiento, el punto de inflexión. Esta acalorada oposición surgió en Cafarnaúm, en la orilla noroeste del mar de Galilea, que sirvió durante un tiempo como cuartel general de Jesús y los apóstoles.

En este capítulo se analizan seis acontecimientos que condujeron a lo que leemos en el capítulo 6 de Juan: tres episodios breves, dos acciones dramáticas (Jesús dando de comer a 5000 personas y su negativa a ser nombrado rey) y el gran choque crucial del ministerio público de Jesús. En este capítulo se presentan algunas de las enseñanzas avanzadas sobre quién es Jesús; pero en el siguiente se sondea el significado de su evangelio ampliado y avanzado, en especial sobre sí mismo, y cómo lograr una integración coherente con el mensaje original.

Por qué algunos líderes religiosos se sintieron amenazados por Jesús

Después de que Jesús comenzara a salir con los apóstoles para proclamar su mensaje, no pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a encontrar resistencia por parte de algunos líderes religiosos, que se opusieron por varias razones. La primera era el enfoque general que Jesús daba a la religión. Su libertad respecto a la conformidad con todos los detalles de la ley escrita y oral atraía a las multitudes por su sencillez liberadora. Jesús se basaba en la tradición de una manera que ignoraba en gran medida a las autoridades religiosas y los rituales del Templo de Jerusalén. No enseñaba como los escribas, los expertos en la Biblia hebrea (Mateo 7:29). Una de sus principales formas de enseñar consistía en comentar, sobre todo, partes de los cinco primeros libros de la Biblia atribuidos a Moisés. En cambio,

Jesús hablaba como si tuviera en sí mismo una autoridad que procedía directamente de Dios. Su enseñanza se centraba en Dios, la verdad y la vida.

Después hubo curaciones y otros prodigios. Las noticias sobre ellos viajaron rápidamente y atrajeron a la gente por diversos motivos. Jesús estaba haciendo cosas con las que los líderes religiosos no podían competir. Su movimiento estaba más allá de lo que ellos podían controlar.

Tres breves enfrentamientos

Tres conflictos aparentemente menores introducen componentes clave de la respuesta de Jesús a la hostilidad. Un factor en dos de ellos es que Jesús y los apóstoles se libraron de los extremos en la observancia del sábado. Estos episodios provocaron que las autoridades religiosas fueran cada vez más hostiles.

Un sábado, los discípulos de Jesús estaban arrancando y frotando el grano que quedaba para que la gente comiera en los linderos de un campo. Algunos fariseos le preguntaron a Jesús por qué permitía que sus discípulos quebrantaran la ley que prohibía hacer cualquier trabajo en sábado. Jesús les contestó: «¿Nunca habéis leído lo que hizo David cuando él y sus compañeros tuvieron hambre y necesidad de comer? Entró en la casa de Dios y comió el pan de la Presencia, que no es lícito comer sino a los sacerdotes, y dio un poco a sus compañeros».

Jesús desafió a los fariseos por irse a los extremos en la observancia del sábado. «El sábado fue hecho para la humanidad, y no la humanidad para el sábado». Y concluyó: «El Hijo del Hombre es señor hasta del sábado» (Marcos 2:23-28; Lev 23:22; 1 Sam 22:20). Jesús reveló más acerca de quién era de una manera que fue fuerte y definitiva en esa ocasión, y lo hizo sin ningún contraataque. La respuesta de Jesús también mostró que comprendía el propósito del sábado.

Otro sábado, Jesús entró en una sinagoga donde algunos fariseos estaban mirando para ver si curaba a un hombre que tenía una mano seca. Jesús le dijo al hombre que se acercara. Los fariseos interpretaron la curación como un trabajo, que está prohibido en sábado; pero Jesús les recordó la práctica común de hacer varias cosas buenas en sábado. «Supongamos que uno de vosotros tiene una sola oveja y se le cae en un pozo en sábado; ¿no echaríais mano de ella y la sacaríais? ¿Cuánto más valioso es un ser humano que una oveja?». Los fariseos guardaron silencio. Jesús concluyó: «Así que es lícito hacer el bien en sábado». Dijo al hombre: «Extiende tu mano». Él la extendió, y su mano fue restaurada. (Marcos 3:1-5)

En este segundo choque, libre de miedo, Jesús tuvo la presencia de ánimo para hacer una perspicaz comparación: la gente haría el bien el sábado en una situación similar de cuidado de una

oveja. A continuación, recordó a sus oyentes la diferencia de sentido común entre el valor de un ser humano y el de una oveja. Por último, llevó su razonamiento a la conclusión de que es lícito hacer el bien en sábado. En esta ocasión, Jesús utilizó el mismo tipo de razonamiento que entenderían los fariseos; los rabinos estaban entrenados en él. Refutados y avergonzados, a la defensiva, rozando el pánico, estos fariseos salieron de inmediato y conspiraron con otros sobre cómo destruir a Jesús (Marcos 3:6). La interacción inicial llevó a sus adversarios a planear su asesinato.

En otra ocasión, un paralítico que no podía caminar buscó la curación, así que sus amigos lo llevaron ante Jesús (Marcos 2:1-12). Pero se agolpaba tanta gente alrededor de Jesús que no podía acceder a él. Sus amigos lo subieron al tejado, abrieron un agujero en él y lo bajaron sobre su camilla, de modo que quedó en el suelo, justo delante de Jesús. Al observar esta iniciativa audaz e imaginativa, Jesús quedó impresionado por su fe y le dijo: «Hijo mío, tus pecados te son perdonados». Pero algunos de los escribas criticaron a Jesús en su fuero interno por blasfemo, porque solo Dios puede perdonar los pecados. Aquí el conflicto ni siquiera es expresado en voz alta por estos escribas, pero en cualquier caso es igual de real y significativo.

Jesús sabía lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué os hacéis tantas preguntas en el corazón? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decirle: levántate, toma tu camilla y anda? Pero para que sepáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados, [miró al hombre y le dijo:] “Te digo que te levantes, cojas tu camilla y te vayas a tu casa"». Y el hombre así lo hizo. Jesús no rehúye el conflicto: lo utiliza para revelar más cosas sobre sí mismo.

Alimentar a los cinco mil y luego negarse a ser nombrado rey

Hubo otros dos acontecimientos dramáticos que condujeron al principal punto de inflexión en el ministerio de Jesús. Después de trabajar en la enseñanza y la curación, Jesús y los apóstoles buscaron descanso de las multitudes y se fueron solos a un lugar desierto. Las multitudes los perseguían con insistencia, pero después de haber estado con Jesús durante tres días se les acabó la provisión de alimentos. Cuando se hizo tarde, los apóstoles instaron a Jesús a que enviara a la gente a las aldeas a comprar comida para ellos. Pero Jesús sintió compasión por aquellos hambrientos, que eran «como ovejas que no tienen pastor» (Marcos 6:34). Las ovejas dependen del pastor para que las lleve a lugares donde puedan comer. Sin pastor, las ovejas están perdidas y son vulnerables. Por razones que no explicó, en esta ocasión Jesús, el buen pastor, optó por utilizar su poder divino. Tomó dos peces y cinco panes de cebada, los multiplicó milagrosamente y alimentó a cinco mil personas o más (Juan 6:1-14).

Desde el comienzo de su ministerio, este fue el acto más asombroso en el que la compasión y el poder de Jesús parecieron alentar la esperanza popular de un Mesías material y hacedor de prodigios.

La gente que había sido alimentada pareció responder con una oleada unida de entusiasmo, y pretendían apoderarse de él y hacerlo su rey. Pero Jesús se negó y se retiró (Juan 6:15).

El primero de estos dos acontecimientos despertó expectativas sobre Jesús como Mesías. El segundo alarmó tanto a las autoridades políticas como a las religiosas. Más que nunca, la pregunta se intensificó: ¿qué haría Jesús a continuación?

El Maestro se fue al monte a rezar.

El punto de inflexión en Cafarnaúm

El escenario estaba completamente preparado para el enfrentamiento crucial de Cafarnaúm, gran parte de él en la sinagoga. Jesús se dirigía a un auditorio con tres grupos: los apóstoles; otros seguidores, incluidos algunos que se habían alimentado con los cinco mil; y los enemigos.

En primer lugar, Jesús cuestionó la motivación de los que le habían seguido a la sinagoga porque habían conseguido comida gratis. En cambio, habló de alimento espiritual, que «el Hijo del Hombre os dará». Entonces uno de sus enemigos reunidos interrumpió con una pregunta poco sincera para poner a prueba a Jesús: «¿Qué señal vas a darnos entonces, para que la veamos y te creamos? Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto; como está escrito: "[Moisés] les dio a comer pan del cielo"» (Juan 6:25-31).

Jesús respondió con un gran desafío y un regalo aún mayor: «En verdad os digo que no fue Moisés quien os dio el pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo (…) Yo soy el pan de vida» (Juan 6:32-35).

Ahora Jesús estaba poniendo en duda el registro bíblico o cómo había sido generalmente interpretado; pero lo más importante es que se había proclamado a sí mismo como bajado del cielo. Y no solo ofreció *dar* a todos el pan de vida. También reveló que él *es* el pan de vida. Este símbolo llamaba a los oyentes a encontrar la manera de alimentarse del pan que él es. Jesús invitaba a todos los presentes a hacerlo allí mismo. Como mínimo, esto habría implicado aceptarle y acogerle en su corazón, recibir sus enseñanzas en la mente y el alma, y permitir y cooperar con la transformación resultante. Ofrecía este pan de vida más allá de los presentes, al mundo entero.

Siguieron discusiones y debates, primero entre los oyentes que no eran seguidores de Jesús y luego entre los propios seguidores de Jesús (Juan 6:52-71). Jesús aseguró de forma clara y abundante que la vida que traía del cielo era la vida eterna; los que creen en él vivirán para siempre. En otras

palabras: Jesús, cuyos padres conocían algunos de sus oyentes, no solo era humano, sino también divino. Había bajado del cielo.

Como se afirmaba en la introducción de este libro, ahora hemos demostrado que los acontecimientos de Juan 6 son el punto de inflexión en el ministerio público de Jesús debido a varias características nuevas:

- Contraataque: primero, en el desafío a los que querían un Mesías principalmente por razones materiales; por ejemplo, como fuente gratuita de comida.
- Contraataque: a continuación, en el desafío a la tradición bíblica o a su interpretación sobre Moisés al darle al pueblo el maná, el pan del cielo.
- El paso claro y público a las enseñanzas avanzadas que los presentes escuchaban por primera vez: Jesús había bajado del cielo; los que creen en él vivirán para siempre; y él es el pan de vida, que ofrece al mundo.
- Los debates que siguieron.
- El hecho de que, tras este punto de inflexión, muchos de los discípulos de Jesús se apartaran y dejaran de seguirlo.

Había sido más fácil seguir a Jesús hasta que apareció una brecha abierta entre la tradición y la nueva religión en su plenitud. Muchos antiguos discípulos no estaban dispuestos a ir en contra de sus líderes y dejar atrás la seguridad tradicional hasta cierto punto.

Las hostilidades abiertas habían alcanzado un nuevo nivel. Es plausible que, poco después, los gobernantes del Templo iniciaran la práctica de expulsar de la sinagoga a los que creían en Jesús (Juan 9:22; 12:42; 16:2).

Lecciones para nosotros

Al recordar estos primeros conflictos, observamos algunas de las cualidades de Jesús como líder. También son apropiadas para nosotros cuando alguien desafía nuestras creencias. Jesús respondió a sus críticos de manera *inmediata, espontánea, fuerte, clara, positiva, limitada y espiritual*. Mostró la serena dignidad de quien está completamente seguro de Dios. Cuando nos atacan, podemos responder intuitivamente en ese momento. No necesitamos retirarnos para dar una respuesta más tarde. El espíritu de Dios nos ayudará a hablar con claridad, seguridad y brevedad, tal vez con una nota de proclamación gozosa.

A continuación, repasando el enfrentamiento en la sinagoga de Cafarnaúm, vemos nuevas cualidades en el liderazgo de Jesús. Parecía tomar la iniciativa en respuesta a la oposición que se había reunido. No es un deber de cortesía permitir que nuestros enemigos seleccionen el lugar, el momento y la forma de su ataque. Jesús empezó a proclamar públicamente el componente avanzado del evangelio, el conjunto de enseñanzas que girarán en torno a su condición de Hijo de Dios.

Hemos repasado las motivaciones que llevaron a algunos líderes religiosos a resistirse a Jesús: tres breves enfrentamientos; dos acciones dramáticas (la alimentación de los cinco mil y el intento de proclamarlo rey); además del punto de inflexión crucial en Cafarnaúm y las lecciones para nosotros. También hemos aportado un puñado de enseñanzas avanzadas. En el próximo capítulo indagaremos en su significado.

Preguntas e invitaciones

- Recuerda una crisis en la que tomaste una decisión con la que ahora te sientes bien. ¿Cuáles fueron los factores de su éxito?
- Como líder actual o potencial, ¿qué lecciones extraes de cómo gestionó Jesús los conflictos en los breves enfrentamientos y en Cafarnaúm?
- Si alguien te ataca verbalmente, ¿qué opciones tienes?
- ¿Cómo podríamos fomentar una sociedad de comunicación no violenta en la que los contrincantes alcancen un entendimiento mutuo escuchando y expresando el punto de vista del otro para que ambos se sientan realmente comprendidos?[30]

18

¿Cuál era el nivel avanzado del evangelio de Jesús?

Cuando nos enteramos de una buena noticia, lo más natural es contársela a los demás, a mucha gente. Puede que se nos dé bien guardar secretos, pero cuando el deseo de compartir las maravillosas noticias sobre Jesús estalla en nuestro corazón, es comprensible que el entusiasmo pueda superar a la sabiduría.

Aunque Jesús la reveló principalmente durante la última fase de su ministerio, otros conocían la noticia. Había sido comunicada a María antes del nacimiento de Jesús. Está claro que el Padre quería que algunas personas supieran que su Hijo había venido. En el bautismo de Jesús, se oyó la voz del Padre: «Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17). Juan el Bautista fue uno de los que oyeron la voz y proclamó que Jesús había bajado del cielo. Hubo una ocasión posterior en que el Padre habló audiblemente a unos pocos: «Este es mi Hijo amado. Escuchadle». (Mateo 17:5). El Maestro le dijo a la samaritana del pozo que él era el Mesías (Juan 4:26).

Pero el *evangelio* de Jesús*, su buena nueva, era su mensaje público a las multitudes*. Su mensaje estaba sentando unas bases amplias y sólidas para la posterior recepción por parte de la gente de la verdad superior de que Jesús era el Hijo de Dios. El sembrador estaba sembrando, y mucha semilla estaba brotando. Con más tiempo, el crecimiento continuo habría llevado de manera natural a muchos creyentes a indagar más sobre la divinidad de Jesús.

El momento de la crisis distaba mucho de ser el ideal. En Cafarnaúm, Jesús se había revelado como el pan de vida bajado del cielo; pero los apóstoles no habían comprendido claramente lo que Jesús decía. Había llegado el momento de que lo supieran.

La confesión de fe de Pedro en Jesús

En Cesarea de Filipo, Jesús planteó las preguntas clave: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Ellos respondieron: «Unos dicen que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o alguno de los profetas». Él les dijo: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro respondió: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mateo 16:13-17).

Mesías es la palabra hebrea que significa *el ungido*; en griego, la traducción es *Cristo*. La unción se refiere a la colocación solemne de aceite consagrado sobre el cabello o la frente; en circunstancias apropiadas, la unción confería a una persona la condición de sacerdote o rey, que era considerado como «el ungido del Señor». Este término no implicaba divinidad, pero cuando Pedro confesó su fe en Jesús como Hijo de Dios, no estaba hablando simbólicamente; expresó su idea de la forma más directa posible.

Después de que Pedro hubo hablado, Jesús dijo: «¡Bendito seas, Simón, hijo de Jonás! Porque no te lo ha revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Pedro acababa de romper el impulso de dos mil años de historia judía, que había insistido debidamente (contra la adoración de los dioses de la naturaleza) en que lo humano y lo divino eran distintos y estaban separados. El concepto de un Mesías humano *y divino* era tan nuevo que no se había registrado en la mente de los apóstoles. La idea que Pedro proclamó había venido directamente de Dios.

Nuevas verdades sobre Jesús

Las enseñanzas de Jesús sobre el pan de vida, junto con la confesión de Pedro, marcan una nueva fase del evangelio. En esta nueva fase, Jesús pudo decir: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10:30). Esto implica que la fe y la confianza en Jesús equivalen a la fe y la confianza en Dios como forma de entrar en el reino.

Mientras asistía a una gran fiesta en Jerusalén, Jesús comenzó a enseñar en el Templo con audacia, desafió a sus enemigos, y proclamó esto a sus oyentes: «Venga a mí el que tenga sed, y beba el que crea en mí. Como dice la Escritura: del corazón del creyente brotarán ríos de agua viva» (Juan 7:37-38).

En ocasiones posteriores, enseñó: «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan 8:12).

Ahora estamos preparados para comprender mejor por qué el Maestro se había referido a sí mismo como el Hijo del Hombre. La expresión «hijo del hombre» significaba simplemente «ser humano». Cuando se habla de Jesús como Hijo del Hombre e Hijo de Dios, el primer título se refiere al

Jesús humano. Pero Jesús tenía algo más en mente con este título: no era simplemente *un* hijo del hombre, sino *el* Hijo del Hombre. Él es único: solo hay uno. Es el ser humano divino, en lo esencial el modelo para todos nosotros. No le imitamos literalmente, pero su vida reveló lo que significa ser humano, un hijo de Dios.

Es común asociar a Jesús con la figura del libro de Daniel llamada el Hijo del Hombre, cuya misión está relacionada con la violencia del fin del mundo en la que Dios destruye a los malvados y sostiene a los justos. Pero esas asociaciones no forman parte de las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, es concebible que Jesús tomara este título mesiánico del Libro de Enoc, que describe al Hijo del Hombre como alguien que desciende a la tierra desde el cielo, que es exactamente lo que acababa de proclamar en Cafarnaúm.

El Hijo eterno es el Verbo de Dios. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios». El Hijo es aquel con quien y por quien Dios creó.

Las enseñanzas de que Jesús es el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios, uno con el Padre, la luz del mundo y la Palabra de Dios presentan una nueva dimensión del evangelio. El evangelio no es solo *lo que* Jesús enseñó. Es también *quién* es él. Por eso estas enseñanzas nos dan acceso a una visión y un poder adicionales.

Secreto durante un tiempo

Fue una gran sorpresa para los apóstoles y una aparente paradoja cuando, tras el histórico avance de Pedro, *Jesús «ordenó terminantemente [a los doce] que no contaran esto a nadie».*

¿Por qué no debían proclamar de inmediato la verdad de la filiación divina de Jesús a las multitudes? Si el verdadero evangelio del Maestro consistía en ser el Mesías y el Hijo de Dios, no tenía sentido que dijera a los apóstoles que no lo proclamaran, a menos que la mayoría de los seguidores de Jesús carecieran de la preparación necesaria para esta nueva fase del evangelio. En particular, los doce necesitaban más tiempo para aprender a vivir y proclamar las riquezas del mensaje original.

Estas consideraciones plantean una pregunta: ¿Por qué llevó Jesús a los apóstoles a reconocer la verdad superior sobre sí mismo? *El mundo necesitaba empezar a conocer la filiación divina de Jesús*. El gran aumento de la resistencia a él y a su movimiento hizo oportuno utilizar a una nueva escala su anterior forma de responder a las escaramuzas «menores», lo que significaba que a Jesús no le quedaba mucho tiempo. La revelación de su filiación divina antes de su muerte y crucifixión preparó a los apóstoles y demás seguidores para la dolorosa conmoción, seguida de la gran alegría que pronto traerían los acontecimientos.

Como líder, Jesús se enfrentaba a un problema muy difícil. Por un lado, tenía que lidiar con el conflicto en curso que había estallado en Cafarnaúm. Después, habría más situaciones para hablar con dureza a sus enemigos y sobre ellos, y para explayarse sobre la verdad de su filiación divina.

Por otra parte, necesitaba mantener en marcha el movimiento que había iniciado. *Pero el cúmulo de verdades en torno al concepto de Jesús como Hijo de Dios era tan sorprendente que podía eclipsar el movimiento evangélico que Jesús se había esforzado por lanzar durante la primera parte de su carrera pública*. Y eso fue exactamente lo que ocurrió.

La validez duradera del mensaje original

Sigue siendo un gran desafío recibir una revelación avanzada sobre Jesús mientras se confía con humildad en la sabiduría de Jesús: tratar la revelación superior como una verdad que debe darse en teoría a quienes ya están establecidos en la verdad salvadora del mensaje original.

La sorprendente novedad y el asombroso significado de este nuevo conjunto de verdades hace que sea importante subrayar que todo el mensaje salvífico básico de Jesús sigue siendo válido. En particular, no era necesario que todos creyeran en la filiación divina de Jesús para salvarse. Si no fuera así, consideremos las consecuencias. Durante la primera fase del ministerio de Jesús, muchos seguidores sinceros habían sido acogidos en el reino de los cielos y se les había asegurado la salvación. Pero algunos de ellos no oyeron nada de las enseñanzas posteriores y avanzadas. Si su salvación dependía de la fe en Cristo como Hijo de Dios, entonces habían sido engañados.

- El reino de los cielos sigue siendo de los pobres de espíritu, de los humildes; es decir, de los que entran con la fe de un niño pequeño. La ansiedad por la propia salvación puede dejarse a la puerta (Mateo 5:3).
- Jesús le aseguró a Zaqueo que su generoso arrepentimiento le había traído la salvación, sin que dependiera de su concepto de Jesús (Lucas 19:1-10).
- Lo que Jesús le dijo al gobernante rico sobre lo que se requería para su salvación sigue siendo cierto. Si alguien está siguiendo los Diez Mandamientos pero todavía se aferra fuertemente a lo único que está bloqueando su progreso espiritual, entonces basta con soltarlo para salvarse (Marcos 10:17-27; Mateo 19:16-22; y Lucas 18:18-23).
- Lo que Jesús dijo al abogado que preguntó por la vida eterna sigue siendo cierto. Para salvarse, basta con ser íntegro en el amor a Dios y al prójimo (Lucas 10:25-28).

- Cuando Jesús denunció por última vez a sus enemigos en el Templo, denunció su hipocresía, su incapacidad para vivir de acuerdo con sus propias normas, no su falta de voluntad para reconocerle como Mesías o Hijo de Dios (Mateo 23).

Todas las verdades del mensaje original y todas las verdades de las enseñanzas avanzadas continúan iluminándonos sin fin.

Las enseñanzas avanzadas no constituyen por sí solas un atajo o una alternativa al mensaje original. *Para ejercer una fe salvadora en Jesús, primero necesitamos comprender al menos* algo *sobre su vida y sus enseñanzas*.

Por último, es importante reconocer cuándo la salvación requiere creer en la divinidad de Jesús. En el capítulo 3 de la primera parte, sobre lo que Jesús enseñó acerca de la salvación, señalamos que Jesús no exigía la fe en él como condición necesaria para todo aquel que quisiera entrar en el reino y la familia de Dios. Pero hay una excepción para la situación a la que se enfrentaban aquí algunos de los enemigos de Jesús: estaba en juego su salvación.

Algunos de los enemigos de Jesús le conocían a él, sus enseñanzas y sus acciones lo bastante bien como para haber vislumbrado su divinidad; pero no se enfrentaron honestamente a su intuición ni permitieron que sus implicaciones les cambiaran. Algunos de ellos conspiraban para matarle. *Su odio y su conspiración asesina equivalían a pecado, a rebelión deliberada contra Dios. Por eso, si querían salvarse, tenían que aceptar al propio Jesús como pan de vida.*

Nota: estas mismas condiciones también explican por qué Jesús respondió con tanta firmeza incluso en enfrentamientos menores. Las mismas cuestiones de vida y muerte espiritual estaban aflorando, la alternativa del camino de los odres quebradizos de los escribas y fariseos o el camino de la religión viva del espíritu.

El punto de inflexión en Cafarnaúm fue el día en que algunos de los enemigos de Jesús tomaron su decisión más importante. Como Josué había dicho siglos antes: «Escoge hoy a quién servirás» (Josué 24:15). La decisión de servir o no a Dios era como una línea divisoria de aguas. A ambos lados de la cuenca, un río podría retroceder durante un tiempo en dirección a esta alta cresta; pero ningún río cruzaría jamás la cuenca hacia el otro lado.

Aquel día en Cafarnaúm, el Maestro expresó amor por sus enemigos dándoles otra oportunidad de despertar, dar la vuelta y ser acogidos en el reino de Dios. Las mismas enseñanzas también fortalecieron y protegieron a los seguidores de Jesús. Los que creyeron se sintieron fortalecidos al

aceptar la revelación de su divinidad. Les daba una poderosa razón adicional para tener fe y confianza, así como otra capa de seguridad en Jesús como su refugio espiritual.

Transición

Jesús reveló la eternidad en las trincheras de los acontecimientos históricos, abarcó el contraste entre divinidad y humanidad. El Jesús humano, nuestro hermano, mostró cómo vivir como hijo de Dios y hermano en la familia. Jesús, el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios vivo, reveló la paternidad de Dios y en ese momento se reveló como Hijo divino. Al proclamar toda la verdad sobre sí mismo, quiso añadir y reforzar (no eclipsar) su mensaje original.

Hemos visto algunas de las verdades más elevadas que Jesús proclamó sobre sí mismo. El planeta aún no ha visto lo que sucedería si una masa crítica siguiera la sabiduría del Maestro y continuara manteniendo el mensaje centrado en el evangelio original que Jesús vivió y enseñó. Luego construiríamos sobre esa base con enseñanzas avanzadas para las personas receptivas. Para hacer esto con eficacia, creo que necesitaríamos la visión y el poder añadidos de las enseñanzas superiores. Podemos tomarnos un minuto para imaginar las grandes buenas noticias que este programa podría generar para nuestro mundo.

En el capítulo siguiente, reanudamos nuestra narración con un relato de los momentos más destacados de la última semana de Jesús en la carne. ¿Cómo puede combinar de manera coherente mensajes de paz y actos y palabras militantes?

Preguntas e invitaciones

- ¿Por qué crees que Jesús quiso ser el único en proclamar su filiación divina al final de su vida?
- ¿Estás de acuerdo en que las enseñanzas avanzadas tienden a eclipsar las enseñanzas del mensaje original?
- ¿Cree que Jesús fue sabio al establecer el mensaje evangélico original antes de introducir las enseñanzas avanzadas?
- ¿Qué prácticas ayudan a restaurar y mantener el lugar del mensaje original?
- ¿Estás de acuerdo en que el mundo podría ser más receptivo al mensaje original?

19

¿Pueden los pacificadores ser enérgicos?

Jesús y su movimiento evangélico estaban siendo atacados. El Sanedrín, junto con la mayoría de los escribas y fariseos, querían exterminar a Jesús, a sus seguidores y sus enseñanzas. Jesús respondió con una superioridad espiritual que triunfó sobre todo desafío intelectual y físico que sus enemigos pudieran reunir.

La misión de paz de Jesús

Isaías había hablado del Mesías como el Príncipe de la Paz (Is 9:6-7). Cristo comenzó su última y fatídica semana entrando en Jerusalén montado en un asno. Se trataba de una acción simbólica, que comunicaba públicamente que su misión era de paz. Su acción puso en práctica las palabras del profeta Zacarías: «Vuestro Rey viene a vosotros, triunfante y victorioso, humilde y montado en un asno... y mandará la paz a las naciones» (Zac 9:9-10).

Mientras Jesús montaba en un asno hacia Jerusalén, cuando el Maestro se acercó lo suficiente para ver la ciudad, lloró: «¡Si tú, incluso tú, hubieras reconocido hoy las cosas que hacen la paz! Pero ahora están ocultas a tus ojos». Jesús sabía que los dirigentes del Templo habían tomado la decisión de rechazar su liderazgo espiritual y buscar su muerte. Las consecuencias resultarían desastrosas cuando

Israel emprendió una rebelión políticamente suicida contra Roma (66-73 d.C.). Las legiones romanas rodearon la ciudad, masacraron indiscriminadamente a los habitantes y destruyeron por completo el Templo, sin dejar piedra sobre piedra (Lucas 19:41-44; Mateo 24:1-2).

Con anterioridad, Jesús había prometido: «Felices los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios» (Mateo. 5:4-9). Incluso durante su última semana, envuelto en un conflicto, Jesús tiene lecciones que enseñarnos sobre la paz y la felicidad. Cuando nos enfrentamos a un conflicto, podemos entrar en la refriega como un guerrero unilateral; o podemos abrazar una espiritualidad que nos eleve por encima del mundo y nos mantenga al margen. Pero las acciones de Jesús, a las que ahora nos referiremos, sugieren una tercera opción, difícil pero no imposible.

Limpiar el Templo para adorar en espíritu y en verdad

Con sus acciones y enseñanzas, Jesús abrió un amplio camino para que la gente adorara a Dios en espíritu y en verdad. Con fuerza y valentía se enfrentó a los abusos en el Templo, donde se explotaba a los pobres. «Cuando se acercaba la Pascua judía, Jesús subió a Jerusalén. En los patios del Templo encontró a gente que vendía ganado, ovejas y palomas, y a otros sentados a las mesas cambiando dinero. Entonces, haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos de los atrios, tanto a las ovejas como al ganado; esparció las monedas de los cambistas y volcó sus mesas» (Juan 2:13-15).

Los vendedores cobraban tarifas injustas para cambiar dinero por la moneda en la que había que pagar el impuesto del Templo. Había corrales que contenían los animales ritualmente perfectos que se vendían a precios elevados para los sacrificios ruidosos y sangrientos asociados con los rituales del Templo de aquel día. Jesús expulsó a esos animales. Sus acciones interrumpieron el negocio impío en el Templo. Sin embargo, Jesús solo utilizó la fuerza sin llegar a la violencia. No hay pruebas de que hiriera a nadie, robara dinero o destruyera propiedades. Su acción fue inteligentemente dirigida, emocionalmente controlada y éticamente elegante. En el campo de acción, en medio del conflicto, mantuvo el dominio de sí mismo y la paz interior.

Algunos dicen que en este episodio Jesús se enfadó, pero no perdió el control ni montó en cólera destructiva. Si utilizamos sus enseñanzas para interpretar su vida, podemos remontarnos al sermón de la montaña, donde había condenado que la ira conduce al asesinato, como la mirada lujuriosa conduce al adulterio. Atribuir la ira a Jesús es malinterpretarle, lo que mostró fue una justa indignación. La ira es una emoción de la naturaleza inferior; la justa indignación es un sentimiento del alma. La ira amenaza; la justa indignación ve al malhechor como un hermano o hermana y le insta con fuerza a salir de las sombras a la luz. La ira está dispuesta a tomar represalias; la justa indignación hace lo necesario sin excederse.

Además, recordemos cómo Jesús le dijo a la samaritana que la verdadera cuestión es adorar a Dios en espíritu y en verdad: «Se acerca la hora, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a los que como ellos le adoran. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad» (Juan 4:23-24). La auténtica adoración no tiene que ver con rituales ni con la ubicación geográfica; tiene que ver con el enfoque personal y la sinceridad. Puesto que Dios es espíritu, tenemos que centrarnos en el espíritu de Dios en nuestro interior; y cuando estamos centrados en el espíritu de Dios, nos unimos a todos los que están centrados en él. El espíritu de Dios que mora en nuestro interior es la guía hacia la alta montaña de la adoración.

Adorar en espíritu implica que somos sinceros, y no de boquilla y con la mente en otra parte (Mateo 4:10, Lucas 4:8; Is 29:13). En la verdadera adoración, el corazón está cerca de Dios.

Adorar en verdad significa no contradecir la luz de la verdad que hemos recibido. Recordemos la enseñanza del Maestro sobre la adoración en el desierto: «Adora al Señor tu Dios y sírvele solo a él» (Mateo 4:10).

Conocer a Dios tanto intelectual como personalmente nos prepara para la adoración. Adorar en verdad implica que lo que se dice, enseña, canta y hace debe ser coherente con la verdad tal como la conocemos. A medida que conocemos a Jesús y empezamos a comprender sus enseñanzas, estamos preparados para adorar en espíritu y en verdad.

Adorar en espíritu y en verdad crea una apertura: podemos adorar no solo con quienes estamos de acuerdo, sino también con personas cuyas teologías y prácticas difieren de las nuestras. A pesar de las diferencias y hostilidades entre los judíos y los samaritanos del siglo I, la parábola de Jesús sobre el buen samaritano dejó tan claro como era posible que un samaritano puede formar parte de la religión del espíritu.

Jesús no buscó el conflicto, pero cuando le llegó, lo afrontó con la fuerza adecuada y el equilibrio personal. Habría sido incoherente que un pacificador espiritual como Jesús sonriera a los escribas y fariseos asesinos que intentaban destruirle a él y a su movimiento. Lo que Jesús hizo en cambio (una acción no violenta, pero enérgica) fue plenamente coherente con su misión de paz.

Llamamiento fraternal seguido de una enérgica denuncia

La última enseñanza de Jesús en el Templo fue directa y contundente. Entre sus oyentes había amigos y enemigos. Incluso entonces, el Maestro iba y venía entre la denuncia, las declaraciones misericordiosas y pacíficas, y una nueva expresión de su mensaje evangélico.

Jesús mostró moderación cuando observó: «Los escribas y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés; por tanto, haced lo que os enseñen y seguidlo; pero no hagáis como ellos, porque no practican lo que enseñan» (Mateo 23:1-3). Con estas palabras, Jesús comunicaba respeto por el cargo, pero no por las prácticas de los actuales titulares.

En el lenguaje más directo, el Maestro expresó lo que quizá fue su expresión más sorprendente de la paternidad de Dios y la hermandad del hombre: «Todos vosotros sois hermanos. ... tenéis un solo Padre, que está en los cielos» (Mateo 23:8, 9). Dirigiéndose tanto a los enemigos como a los amigos, Jesús expresaba claramente en toda su plenitud el mensaje de la familia universal.

Pero Jesús también acusó a sus enemigos:

> «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis las tumbas de los justos, y decís: "Si hubiéramos vivido en los días de nuestros antepasados, no habríamos participado con ellos en el derramamiento de la sangre de los profetas". Así atestiguáis contra vosotros mismos que sois descendientes de los que asesinaron a los profetas. Llenad, pues, la medida de vuestros antepasados. . . para que caiga sobre vosotros toda la sangre justa derramada en la tierra. . . En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación». (Mateo 23:29-36)

Jesús dio una lección aleccionadora sobre lo que puede significar para un líder religioso tener que rendir cuentas. Aquellos a quienes se confía el liderazgo tienen una solemne responsabilidad. Tarde o temprano, llegan las consecuencias de las acciones o las palabras comprometidas con lo que es falso, feo y malo. La rendición de cuentas es colectiva, y la responsabilidad abarca generaciones.

Jesús expuso la hipocresía de sus enemigos, su incapacidad para vivir de acuerdo con sus propias normas. No les acusó de no querer reconocerle como Mesías o Hijo de Dios. Jesús no desempeñó el papel de juez, pero podía prever cómo seguiría la historia, cómo experimentarían sus oponentes las consecuencias de rechazarle. Aunque los individuos arrepentidos siempre encontrarían el perdón, la decisión final del Sanedrín de darle muerte selló el destino de una nación. La misericordia puede ser rechazada una y otra vez por un corazón endurecido. El Sanedrín fracasó en la prueba crucial; los odres quebradizos rechazaron el vino del espíritu.

Jesús expresó con fuerza su deseo de salvar a su pueblo: «¡Jerusalén, Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste!». (Mateo 23:37).

Luego vinieron sus palabras finales: «Mira, tu casa te ha quedado desolada» (Mateo 23:38). Después de esto, Jesús abandonó el Templo junto con sus seguidores. Los años de repetidos intentos de

ganarse a los líderes religiosos habían terminado. No volvió a criticar a sus enemigos y jamás regresó al Templo, ni siquiera después de la resurrección. La participación de Jesús en el conflicto había terminado.

La paz profunda puede potenciar la acción contundente

Al tiempo que protegía su movimiento evangélico, Jesús mantuvo una profunda paz. Sus enérgicas acciones y su enseñanza, «felices los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5:9), eran coherentes.

El Hijo de Dios tenía en su interior una cualidad divina de paz espiritual que le permitía ser un *dador* de paz. Si alguien con gran fe en Jesús sufría de un espíritu atribulado, era como si el Maestro pudiera decir: «Paz, calma», e inmediatamente calmaba la tormenta del corazón del individuo receptivo. Dijo: «Mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (Juan 14:27). Hay muchas técnicas para relajar la mente y el cuerpo, pero el don de Jesús de la paz espiritual (que sus seguidores pueden transmitir a los demás) es de un nivel superior.

La conducta de Jesús durante la confrontación es ejemplar. La paz de Jesús no convierte a la persona en un dichoso místico extremista que, cuando las cosas se ponen feas, teme el conflicto, se vuelve pasivo en el campo de acción y no hace nada ante el mal. Por el contrario, las victorias de los seguidores de Jesús provienen de devolver bien por mal.

El Príncipe de la Paz fue un líder extraordinario. Defendió su movimiento de quienes intentaban destruirlo, pero también intentó despertar a sus oponentes, que estaban cometiendo un suicidio espiritual para su nación y para ellos mismos.

Transición

En un conflicto concreto, tanto si el camino divino nos llama a la acción como si nos ordena permanecer en silencio, necesitamos el fundamento de la paz que trasciende el mundo y que Jesús ofreció. Pero su movimiento era portador de una verdad que había que preservar para las generaciones futuras. Cuando un movimiento basado en ideales divinos es perseguido por personas que intentan destruirlo, el amor no sonríe en silencio y no hace nada. Jesús protegió su movimiento combinando palabras y acciones pacíficas y edificantes con acciones dinámicas y enérgicas cuando fue necesario.

Tras sus últimas palabras en el Templo, llega el último día de Jesús con sus seguidores, su última cena, con el discurso de despedida a sus fieles apóstoles. Ahora pasa a mostrarnos los caminos de la unidad espiritual.

Preguntas e invitaciones

- ¿Qué podemos hacer para recibir más de la paz que da Jesús?
- ¿Qué tiene el establecimiento de la paz que produce felicidad?
- ¿Por qué la pacificación (o el mantenimiento de la paz) exige que a veces seamos contundentes?

20

¿Cómo condujo Jesús a sus seguidores a la unidad espiritual?

Si unos amigos se van de viaje y aceptamos cuidar de su casa mientras están fuera, es posible que antes de partir tengan instrucciones que darnos. Una vez se han ido, nos aplicamos con diligencia a hacer lo que nos dijeron.

Cuando Jesús se reunió con los apóstoles en su última cena, sabía lo que iba a suceder después: arresto, juicios, crucifixión, resurrección y ascensión al Padre. Durante esas últimas horas preciosas en las que estuvo físicamente presente con ellos, todo lo que dijo e hizo los preparó para permanecer conectados con Él... y entre ellos. Aclaró el significado de la grandeza, estableció el sacramento del pan y la copa, dio el nuevo mandamiento del amor, advirtió con realismo de la persecución que se avecinaba, oró por la unidad espiritual de sus seguidores y enseñó otras verdades esenciales que le ayudarían a conducir espiritualmente a la humanidad por todo el camino hacia nuestro destino planetario.

La marca de la grandeza

En la Palestina del siglo I, los huéspedes solían llegar a la casa de su anfitrión después de haber caminado en sandalias por calles polvorientas y sucias. Según la costumbre, esperaban un acto inicial de hospitalidad, normalmente realizado por un esclavo o un sirviente de clase baja; pero nadie había hecho esto por los apóstoles cuando llegaron a la sala de arriba para su última cena con Jesús. Cuando el Maestro entró, se dio cuenta e hizo lo que ninguno de ellos había pensado hacer. Jesús «se quitó el manto y se ciñó una toalla. Luego echó agua en una jofaina y se puso a lavar los pies de los discípulos y a

secárselos con la toalla que llevaba atada» (Juan 13:4-5). Uno a uno fue pasando alrededor de la mesa, hasta que llegó el turno de Pedro:

> «Se acercó a Simón Pedro, que le dijo: "Señor, ¿vas a lavarme los pies?". Jesús le contestó: "Ahora no sabes lo que hago, pero más tarde lo entenderás". Pedro le dijo: "Nunca me lavarás los pies". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes parte en lo que hago". Simón Pedro le dijo: "Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, sino que está completamente limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos"» (Juan 13:6-10).

Vivir la vida que Jesús nos mostró incluye estar dispuestos, como Jesús lo estuvo, a prestar un humilde servicio a los demás. Además, para participar en lo que Jesús hacía, debemos estar dispuestos a ser limpiados interiormente por el Maestro. La afirmación de Jesús de que «no todos vosotros» estáis limpios se refiere a Judas, el traidor.

De vez en cuando, los apóstoles habían discutido sobre quién era el mayor en el reino. En ocasiones anteriores, Jesús había dicho: «El mayor entre vosotros será vuestro servidor»; y «muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros» (Mateo 23:11; 19:30). En otras palabras: no hay un miembro más grande en la familia de Dios. Más bien la grandeza se alcanza a través de altos niveles de servicio. Pero la grandeza no es una cuestión de competir por el estatus o de buscar beneficios a cambio. En cuanto a los individuos y grupos que se consideran *mejores* que los demás, el Maestro ya había dicho: «Los que se enaltecen serán humillados, y los que se humillen serán enaltecidos» (Mateo 23:12).

Jesús está presente en el sacramento

Una vez lavados los pies, los apóstoles se sientan a cenar. Al final de la cena, Jesús distribuyó pan y vino para establecer el nuevo sacramento. Las diferencias sobre cómo interpretar estos elementos han provocado divisiones. Creo que cuando el sacramento es tomado sinceramente por aquellos que creen en el Hijo, Jesús está presente.

Dijo: «Haced esto en memoria mía» (Lucas 22:19). Recordar a Jesús incluye recordar algo de su vida y sus enseñanzas. En el misterio del sacramento, desarrollamos la unidad con Jesús y con los miembros de la comunidad creyente.

El nuevo mandamiento del amor

Los mandamientos del amor a Dios y al prójimo habían ocupado un lugar destacado en el mensaje original de Jesús, pero en esta última cena, como parte de lo que suele llamarse su «discurso de despedida», dio un tercer mandamiento de amor: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Juan 13:34).

A continuación, el Maestro hizo explícitas algunas de las implicaciones del nuevo mandamiento:

- «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos».
- «Sois mis amigos si guardáis mis mandamientos».
- «Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo».
- «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros» (Juan 15:12, 13:34-35, 15:11, 13:35).

Sarmientos fructíferos en la vid

Jesús recurrió de nuevo a los símbolos para revelarse un poco más:

> «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Él arranca de mí todo sarmiento que no da fruto. Todo sarmiento que da fruto, lo poda para que dé más fruto. Tú ya has sido purificado por la palabra que te he dirigido. Permaneced en mí como yo permanezco en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Los que permanecen en mí y yo en ellos dan mucho fruto» (Juan 15:1-5).

Permanecer significa permanecer o quedarse. Para nosotros, permanecer en Jesús significa estar conectados con él.

Él está en nosotros, y nosotros en él. Damos mucho fruto viviendo de una manera que permita a Jesús vivir a través de nosotros. «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Juan 15:9-10).

Los mandamientos de Jesús incluyen obviamente los que dio como parte del mensaje original.

El camino hacia el Padre

Durante esta conversación con los apóstoles, Jesús les dijo que iría al Padre, y después les dijo una de esas cosas que los ponían a prueba, que los desafiaban a ampliar su comprensión: «Vosotros sabéis adónde voy» (Juan 14:4). Esta afirmación estimuló el deseo de Tomás de conocer hechos

concretos. Pidió una aclaración y obtuvo esta respuesta: «Yo soy el camino, la verdad y la vida, y nadie viene al Padre si no es por mí» (Juan 14:6). A menudo se ha malinterpretado la afirmación de Jesús sobre venir al Padre a través de él. Algunos dicen que toda persona debe llegar explícitamente a creer en Jesús en esta vida, o de lo contrario se perderá para siempre. Pero esta idea entra en conflicto con las enseñanzas de Jesús sobre la salvación (capítulo 3), por lo que debe haber otra interpretación que armonice estas enseñanzas. Muchos seguidores están de acuerdo en que las personas espiritualmente sinceras y en crecimiento que no conocen a Jesús pueden tener la oportunidad de reconocerlo después de esta vida. Jesús permite que todas las personas fieles sean fructíferas, y recibe en la otra vida a muchas almas que aún no le conocen como persona distinta de Dios.

El odio del mundo

El Maestro dio a sus oyentes una advertencia franca y realista sobre la persecución a la que muchos de ellos se enfrentarían por parte del «mundo». Este término, tal como yo lo interpreto, se refiere a aquellos cuyas vidas están atrapadas en preocupaciones no espirituales. Serán incapaces de comprender a las personas que cobran vida al proclamar la verdad y que se comprometen a devolver bien por mal. El mundo se sentirá amenazado por dichos seguidores y los odiará. A finales del siglo I, el emperador romano Domiciano crucificaría a miles de creyentes que se negaban a llamarle Dios.

Jesús dijo: «Yo he vencido al mundo». Esto implica que los logros espirituales que ya había conseguido hacían seguro su triunfo sobre los horrores de la cruz. «No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (Juan 14:27). Como sarmientos de la vid, podemos superar cualquier obstáculo que se interponga en el camino de la obediencia a los mandamientos de Jesús. Jesús dijo a sus seguidores que podrían ser llevados ante las autoridades que los perseguirían: «No os preocupéis por cómo habéis de hablar ni por lo que habéis de decir; porque lo que hayáis de decir se os dará en aquel tiempo; pues no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre que habla por vosotros» (Juan 16:33, 14:27; Mateo 10:19-20).

El Espíritu de la Verdad

Jesús prometió ayudarnos después de su regreso al cielo enviando el Espíritu de la Verdad, el Consolador, también identificado con el Espíritu Santo. Tenemos a Dios en nosotros por medio de su Espíritu interior. Ahora, por medio de este Espíritu, tenemos también a Jesús en nosotros. Este Espíritu hace posible que Jesús viva a través de nosotros de una manera nueva. Los sarmientos fructíferos de la

vid dan los frutos del espíritu, que son cualidades de Jesús, sus actitudes y formas de servicio por amor a todos (véase la discusión en la primera sección del capítulo 23).

Dijo que el Espíritu de la Verdad «os guiará a toda la verdad» (Juan 16:13). El pozo de la verdad nueva y viva que ha de ser revelada no puede secarse. Seguirá habiendo más, creo yo, hasta que se complete el reino en la tierra. Las generaciones posteriores se enfrentan a nuevas dificultades, y para ayudar a sus seguidores a afrontarlas Jesús quiere revelar nuevas verdades que iluminen y reconforten las mentes y las almas receptivas.

Nuestra unidad espiritual

Aunque Jesús había concluido el cuerpo de su enseñanza, aún tenía más que revelar. En una oración de gran alcance para sus seguidores de todos los tiempos, el Hijo divino rogó al Padre: «Que todos sean uno, como tú en mí y yo en ti» (Juan 17:21). La unidad que pide es una especie de morar interior mutuo. Jesús se refiere claramente no solo a sus oyentes inmediatos, sino también a todos los creyentes de todas las generaciones (Juan 17:20).

La unidad de Jesús con el Padre no borra la distinción entre ellos como personas. Del mismo modo, la unidad entre sus seguidores no implica el sacrificio de nuestras personalidades únicas. Del mismo modo que adorar en espíritu y en verdad no implica que todos los fieles deban seguir las mismas prácticas externas, la unidad espiritual no implica que todos los creyentes tengan que pensar igual.

Jesús oró en voz alta para que pudiéramos unirnos a la oración y hacer nuestra parte: «Que todos sean uno». El Maestro se anticipó a nuestras importantes diferencias, que no quiere que nos dividan. Durante miles de años, Jesús ha alimentado este objetivo.

Resumen y transición

Podemos considerar lo que Jesús dijo e hizo aquella tarde como el fundamento de la unidad espiritual: el servicio a todos; el sacramento; el mandamiento de amar como Él nos amó; la advertencia sobre el odio, que no debe sorprendernos; y la promesa de enviar el Espíritu de la Verdad, que permitiría que la vida de la vid fluyera hacia los sarmientos fructíferos del Maestro y a través de ellos. Así, llegamos a ser uno en el espíritu.

Estas enseñanzas y prácticas iluminarán el camino de la humanidad hasta nuestro destino, cuando se haga la voluntad del Padre tanto en la tierra como en el cielo.

Preguntas e invitaciones

- ¿Cómo puede promover la unidad espiritual hacer el bien a otras personas? ¿Qué tipo de servicio te gusta más? ¿Y el que menos? ¿Por qué?
- El mandamiento nuevo de amar como Jesús ama tiene implicaciones de las que se habla poco: dar la vida; que los amigos de Jesús cumplan sus mandamientos, que nuestra alegría sea completa y que nos conozcan como discípulos de Jesús. Hablemos de estas implicaciones.
- Dios está en nosotros por su espíritu interior. Jesús está en nosotros por el Espíritu Santo, el Espíritu de Verdad, el Consolador. ¿Qué diferencia hay en nuestra unidad espiritual si nos tomamos un tiempo para reflexionar sobre estas reconfortantes verdades?

22

¿Cómo interpretó Jesús el significado de su muerte en la cruz?

Grabadas a fuego en la memoria de los seguidores de Jesús están las escenas de sus últimas horas:

La agonía de sus oraciones en Getsemaní para asegurarse de que la cruz era la voluntad del Padre.

Su dignidad silenciosa frente a los abusos en un juicio tras otro.

Pedir a Dios que perdone a los soldados encargados de ejecutar la orden de crucificarlo.

Asegurar a un ladrón arrepentido en una cruz cercana que iba a despertar en el cielo.

Disponer quién cuidaría de su madre.

Y el horror de su sufrimiento.

Todos estos recuerdos están relacionados con la muerte de Jesús en la cruz. ¿Qué significa esto? Aunque hay diferentes interpretaciones, propongo poner en primer plano las propias palabras de Jesús.

Pastores y rebaños en el antiguo Israel

En gran medida, la visión de Jesús sobre la cruz se dio en su parábola del buen pastor. En el antiguo Israel, los pastores y sus rebaños formaban parte de la vida cotidiana. La gente solía hablar de Dios, de sus líderes y del pueblo en términos de pastores y ovejas. Una larga serie de profetas (entre ellos Jeremías, Isaías, Ezequiel y Zacarías) comparaban a Dios con un pastor bondadoso, o describían a los líderes desastrosos de Israel como pastores irresponsables. Cuando se acercaba la muerte de Moisés, antes de nombrar a Josué su sucesor, rogó a Dios que nombrara un líder para que los israelitas no fueran «como ovejas sin pastor» (Núm 27:17). Jesús utilizó la misma frase para describir a la multitud que le rodeaba.

Del mismo modo, el Salmo 23 comienza: «El Señor es mi pastor»; a continuación menciona cómo un pastor cuida de las ovejas. «En verdes praderas me hace descansar; junto a aguas tranquilas me conduce». «Tu vara y tu cayado me confortan». «Unges mi cabeza con aceite». Las ovejas no pueden beber aguas rápidas; necesitan aguas tranquilas. Para que prosperen necesitan mucho trabajo. Sin un

pastor, las ovejas tendrían dificultades para encontrar el alimento y el agua necesarios para sobrevivir. La vara y el cayado sirven para disciplinarlas y sacarlas de los hoyos y zanjas en que caen. La unción las protege de las moscas que las afligen. El pastor las conoce, y ellas conocen al pastor, cuya presencia les permite sentirse en paz.

Si una oveja se aleja y se pierde, es normal que el pastor abandone el rebaño. Una oveja perdida está en peligro de depredadores y ladrones; o simplemente puede darse la vuelta demasiado y acabar de espaldas con las patas en el aire, incapaz de volver a levantarse. Las ovejas ignoran en gran medida lo que es bueno para ellas; cuando se alejan y se pierden, pueden entrar en pánico; a veces el instinto de rebaño hace que todas sigan a la que se aleja, con lo que todas se pierden. [31]

Dicho esto, cuando Jesús se refería a sus seguidores como ovejas lo hacía con respeto, basándose en más de mil años de tradición religiosa y experiencia en la vida cotidiana de la gente. Además, utilizaba un término con tintes de afecto. El gran cariño que se le puede tener a una oveja queda retratado en la parábola que el profeta Natán le contó a David. Se trataba de un pobre hombre que «solo poseía una ovejita hembra, a la que había criado. Crecía con él y con sus hijos; comía de lo poco que él tenía para comer, bebía de su copa y se acostaba sobre su pecho, y era como una hija para él» (2 Sam 12:1-19).

La puerta del redil y el buen pastor

El nuevo mandamiento de Jesús de que nos amemos unos a otros como Él nos ha amado (Juan 13:34) adquiere un nuevo significado a la luz de dos de sus parábolas con implicaciones para entender su muerte. En primer lugar, el Maestro se describió a sí mismo como la puerta del aprisco, un recinto al aire libre donde las ovejas entran por la noche para estar a salvo mientras duermen: «Yo soy la puerta. El que entre por mí se salvará, entrará y saldrá y encontrará pastos. El ladrón solo viene a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Juan 10:1-10). Cuando Jesús contó esta parábola, sus oyentes estaban divididos entre partidarios y enemigos que intentaban acceder a sus discípulos y desacreditarlo. Su propósito era robarle a sus discípulos, perseguir a sus seguidores y destruir su movimiento.

Frente a estas amenazas, Jesús se identifica como el buen pastor:

> Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. El jornalero, que no es el pastor y no es dueño de las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo las arrebata y las dispersa. El jornalero huye porque el jornalero no cuida de las ovejas. Yo soy el buen pastor.

> Conozco a los míos y los míos me conocen, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre. Y yo doy mi vida por las ovejas (Juan 10:11-21).

Aunque ninguno de los seguidores de Jesús puede ser *el* buen pastor, bajo su liderazgo podemos ser algo así como *subpastores*.

El amor es el motivo

El motivo supremo de Jesús estaba claro por lo que había dicho horas antes: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Juan 15:13). Dar la vida no significa buscar el martirio, tirar la vida por la borda o asumir el papel de víctima pasiva. La bondad de los cuidados del pastor y el florecimiento de las ovejas nacen del hecho de que *él las conoce y ellas lo conocen*. El Buen Pastor conoce a sus seguidores y nosotros lo conocemos a él. De este conocimiento mutuo nace la motivación para dar la vida cuando es necesario. El motivo dominante de Jesús era el amor y la amistad. La cruz no era un deber de obediencia rigurosa a un Padre severo, exigente y dominado por la ley.

El Maestro había enseñado: «Amad a vuestros enemigos» (Mateo 5:44; Lucas 6:27,35). Entró en Jerusalén, bastión de sus enemigos, con una misión de paz y amistad, sin dejar de ofrecer misericordia y salvación. Incluso cuando son maltratados, sus seguidores no deben ceder al deseo de represalia y venganza. En el mundo mediterráneo se enseñaba que había que hacer el bien a los amigos y el mal a los enemigos. En cambio, la regla de oro llama a sus fieles seguidores a encontrar formas activas, positivas y creativas de devolver bien por mal (Lucas 6:27-36; Mateo 5:38-48). Jesús pasó por lo peor que sus enemigos podían reunir. Su valentía y aplomo son para siempre un triunfo.

En ese mismo discurso, el Maestro expresó su seguridad de que, en sus últimas horas, experimentaría la alegría junto con el sufrimiento. En medio del sufrimiento en la cruz, al citar el primer versículo del Salmo 22, Jesús sugiere alegría por las mismas palabras que pueden parecer un grito de desesperación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 22:1; Mateo 27:46). La primera parte del salmo describe la situación aparentemente desesperada de una persona que está rodeada de enemigos y a punto de ser asesinada. Pero Dios actúa para salvarle, y él se regocija enormemente; promete proclamar su salvación a la congregación, y empieza a proclamarlo enseguida. El hecho de que Jesús citara este salmo hace probable que tuviera todo el salmo en mente. Y que lo citara en la cruz implica que el salmo es como las bienaventuranzas: su promesa no se cumple del todo en esta vida.

Un sentido culminante de la misión

Había un tipo de sufrimiento que era inherente a la misión misma del Hijo de Dios de bajar del cielo a este mundo oscuro. Ya que la cruz fue la parte más intensa de ese sufrimiento, puede ser el símbolo más elevado de toda su vida en la tierra.

Algunas de las muchas características de la misión de Jesús son:

- Construye sobre la herencia de la tradición judía.
- Proclama el mensaje del evangelio.
- Lleva a los individuos y a toda la raza humana a la tierra espiritual prometida.
- Busca y salva a los perdidos; llama a los pecadores.
- Trae vida y más vida abundante.
- Da su vida por nosotros.

Jesús cumplió su misión creciendo hasta alcanzar la máxima grandeza humana, proclama su mensaje, revela su divinidad y trata con justicia y eficacia a sus enemigos. Al acercarse la conclusión de su vida terrena, su evangelio completo adquirió una nueva verdad significativa, y su misión adquirió un nuevo componente: «Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué he de decir: Padre, sálvame de esta hora? No, por eso he llegado a esta hora» (Juan 12:27-28). Tal como yo lo interpreto, la razón implica un nuevo sentido del propósito: que, en cierto modo, dar la vida es lo que vino a hacer a este mundo.

Jesús pronunció sus últimas palabras en voz alta, expresando triunfo y confianza: «Consumado es. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Juan 19:30; Lucas 23:46). Jesús había cumplido todos los componentes de la misión que el Padre le había encomendado para su vida en la tierra.

Por qué el Buen Pastor tuvo que morir en la cruz

Jesús se negó a evitar la muerte. En la cruz, la gente se burlaba de él y le decía: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mateo 27:40). Podía haberlo hecho. El hecho de que tuviera el poder pero se negara a hacerlo hace que su muerte en la cruz fuera completamente voluntaria. De hecho, podría haber abandonado el planeta como el profeta Elías, del siglo IX a.C., de quien se dice que fue llevado directamente al cielo sin pasar por la muerte (2 Reyes 2:11). Tal vez Jesús podría haber cumplido la mayor parte de lo esencial de su misión e ir directamente al cielo sin tener que morir, pero el Padre quiso que Jesús llegara hasta el final de la vida. Al sufrir y morir en la cruz, el Buen Pastor se convirtió para el resto en el líder plenamente experimentado, sin importar el tipo de muerte que tuviéramos que afrontar.

Jesús también dijo: «Si alguno de vosotros quiere venir conmigo, olvídese de sí mismo, tome su cruz y sígame» (Lucas 14:27). Cuando Jesús se acercaba a Jerusalén para la confrontación final, seguirle en sentido literal significaba entrar en la fortaleza de sus enemigos. Para el resto de nosotros, tomar nuestra cruz simboliza el cumplimiento de nuestras responsabilidades cotidianas, especialmente las que nos resultan desagradables.

Podemos prepararnos para un servicio heroico

Ya en el sermón de la montaña, Jesús sabía que algunos de sus seguidores serían perseguidos. El Hijo del Hombre reveló la perspectiva celestial a quienes podrían sufrir ataques verbales salvajes, que se dijeran mentiras para desacreditarlos o que fueran condenados a muerte a causa de su fidelidad a Él. Encontrar la felicidad verdadera y real en todas las bienaventuranzas es conocer la felicidad de Jesús. Y «el perfecto amor echa fuera el temor» (1 Juan 4:18). Al vivir la vida humana completa hasta la muerte, Jesús abrió el camino a todos los seguidores que serían perseguidos, se arriesgarían a la persecución o simplemente se jugarían la vida por su valiente lealtad a él y su mensaje.

Confiado en su misión, Jesús sabía que su vida, mensaje, muerte y resurrección acabarían por abrir el camino espiritual hacia la vida abundante y el destino planetario, por mucho que tardase. Con esa seguridad, tuvo la visión, la calma y la valentía para cumplir toda justicia. En el liderazgo en situaciones de crisis y de muchas otras maneras, Jesús fue realmente *el* Buen Pastor.

La experiencia de Jesús en Getsemaní fue un servicio heroico para el género humano. Su voluntad de sufrir y morir por su reino fue un ejemplo inspirador para sus seguidores, muchos de los cuales también han tenido que afrontar grandes dificultades, luchas y una muerte dolorosa. Pero si fortalecemos nuestra relación con nuestro Padre celestial y nuestro compromiso de servir a la familia de Dios mucho antes de que nos sobrevengan pruebas severas, mejoramos nuestras posibilidades de seguir a Jesús en el servicio heroico.

Preguntas e invitaciones

- ¿Qué significaría para ti pensar en Jesús como tu Buen Pastor? ¿Cómo te sentirías? ¿Qué podrías hacer en respuesta?
- ¿Cómo sería el mundo si la gente «tomara su cruz» y siguiera a Jesús, si fuera común comprometerse a una vida de servicio heroico sostenible?

Parte IV. Jesús resucitado continúa su obra a través de nosotros

La resurrección no tiene por qué esperar hasta después de la muerte; el Espíritu está disponible aquí y ahora. Pero la enseñanza de Jesús sobre las «mansiones en la casa del Padre» nos introduce en mundos venideros en la búsqueda de la perfección divina. El Espíritu derramado sobre todos en Pentecostés no corrige nuestra teología, pero puede fortalecer el carácter ante el sufrimiento: «Nos gloriamos en nuestros sufrimientos, sabiendo que el sufrimiento produce resistencia, y la resistencia produce carácter, y el carácter produce esperanza, y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5:3-5).

También podemos esperar la cooperación divina y humana en un renacimiento moral y espiritual planetario que conduzca en uno o dos siglos a una nueva etapa en el reino de Dios. Esta esperanza requiere una nueva evangelización basada en el mensaje original de Jesús; la unidad espiritual entre las familias de los seguidores de Jesús; y la cooperación interreligiosa en la familia de la fe.

Nuestro viaje espiritual comenzó con el nacimiento del espíritu (capítulo 3 sobre la fe viva). Continuó con la enseñanza del espíritu (capítulo 12 sobre la verdad viva del reino de Dios y la familia de Dios). A continuación, en la tercera parte, exploramos las dificultades cotidianas de llegar a ser guiados por el espíritu mientras seguimos a Jesús a través de sus extraordinarias dificultades. Por último, la cuarta parte nos da una idea de lo que significa estar lleno del espíritu.

22

¿Cómo aclara la resurrección esta vida y la otra?

Es natural preocuparse por nuestra propia salvación. Es natural preocuparse a veces por si nuestro crecimiento espiritual está progresando lo bastante y lo bastante rápido. Es natural preguntarse cómo será la próxima vida, pero estas tres preocupaciones pueden resolverse experimentando la resurrección aquí y ahora.

A la mayoría de los que escucharon las promesas de Jesús sobre su resurrección les costó creerlo. Jesús había dicho repetidamente a sus seguidores que sería asesinado y resucitaría de entre los muertos, pero de alguna manera seguía siendo una sorpresa. Después de la crucifixión, sus seguidores estaban conmocionados, pero empezaron a suceder cosas inusuales; empezaron a circular historias. Hubo miedo, incredulidad y las autoridades del Templo intentaron ocultar la verdad de lo sucedido. Se enteraron de que Jesús había hablado de resucitar en tres días, por lo que habían dispuesto que guardias romanos se aseguraran de que los seguidores de Jesús no robaran su cuerpo de la tumba y afirmaran que había resucitado. El domingo por la mañana temprano, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena y otras mujeres fueron al sepulcro para preparar el cuerpo para el entierro de manera más adecuada. Pero encontraron el sepulcro vacío.

Al salir el sol, Cristo resucitado se apareció a María Magdalena, que se marchó y se lo contó a algunos discípulos. Pedro y otro apóstol salieron y comprobaron que el sepulcro estaba vacío; pero seguían sin creer su relato de la resurrección. Al principio, solo las mujeres creyeron; pero luego hubo otras apariciones, y la realidad de la resurrección empezó a calar.

Tras haber experimentado la derrota y la melancolía, los creyentes experimentaron entonces la alegría y el triunfo. Cristo había dicho: «Yo he vencido al mundo» (Juan 16:33). Veían que había vencido incluso a la muerte. Fue un enorme estímulo para su fe.

Solo una parte de las buenas noticias

La resurrección era tan dramática que podía eclipsar el mensaje de Jesús, pero Jesús se movió para mantener el movimiento de la buena nueva en marcha, proclamando continuamente su mensaje del reino: «Después de haber padecido, se presentó vivo [a los apóstoles] con muchas pruebas convincentes, apareciéndoseles durante cuarenta días *y hablándoles del reino de Dios*» (Hechos 1:3,

énfasis mío). Incluso en la resurrección, el Maestro siguió insistiendo en la importancia del mensaje original. Sin cambios, su mensaje proporcionó la base para apreciar el hecho de la Pascua, incluso cuando la Pascua puso otro signo de exclamación tras el mensaje original.

Un nuevo concepto del cielo

Tras la resurrección, Cristo se apareció a muchas personas y grupos. Era a la vez igual y diferente. Por un lado, la continuidad con la naturaleza humana era evidente cuando el Hijo del Hombre caminaba y hablaba con la gente. Por otro lado, la discontinuidad era evidente cuando el Hijo de Dios atravesaba puertas cerradas, aparecía y desaparecía repentinamente, y finalmente partía hacia el cielo.

En primer lugar, la Biblia describe el cielo como un lugar maravilloso y hermoso. «Alrededor del trono hay un arco iris que parece una esmeralda; delante del trono, un mar de vidrio, como un cristal» (Apocalipsis 4). «Tienen en el cielo una sustancia mejor». El cielo es «un país mejor», donde hay «una ciudad (…) cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Heb 11:16; 11:10; 10:34). «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2:9).

En segundo lugar, se nos revela que el cielo contiene muchos lugares. Hay un «cielo de los cielos» (Dt 10:14; Neh 9:6; Sal 148:4; cf. 1 Reyes 8:27; 2 Cr 2:6; 6:18).

En tercer lugar, parece que algunos lugares celestiales son más altos que otros. El apóstol Pablo cuenta una historia sorprendente sobre alguien, posiblemente él mismo: «Conozco a una persona en Cristo que hace catorce años fue arrebatada al tercer cielo; si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe. Y sé que tal persona... fue arrebatada al Paraíso y oyó cosas que no se han de decir, que a ningún mortal le está permitido repetir» (2 Cor 12:2-4).

¿Por qué habría una multiplicidad de cielos y unos son más altos que otros? Dijo Jesús: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas» (Juan 14:2). Esta frase se traduce a menudo como «mansiones», que significa lugares de estancia. Si estas moradas no son donde nos quedamos para siempre, entonces nos enfrentamos a una cuarta posibilidad: etapas transitorias de vida después de la muerte.

Propongo que nuestro crecimiento continúa más allá de esta vida en un mundo o nivel del cielo tras otro. Hemos sido llamados a ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto; pero ninguno de nosotros deja este mundo habiendo alcanzado la más alta perfección. Puede que el simple hecho de morir y resucitar no nos transforme instantáneamente en la perfección divina. ¿Podría ser que en la otra vida retomáramos el camino donde lo dejamos en la tierra?

Resurrección después de la muerte y durante la vida

Para dar sentido a estas posibilidades de vida resucitada, ayuda reconocer otra. Antes de resucitar a Lázaro, el hermano de María y Marta, Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida. Los que creen en mí, aunque mueran, vivirán; y todo el que cree en mí no morirá jamás» (Juan 11:25-26). En cierto sentido, la resurrección es algo que sucede después de la muerte. Para cualquiera que esté en condiciones de presenciarla, sería un hecho observable. Pero en el sentido espiritual, la resurrección no tiene por qué esperar.

En la parábola del hijo pródigo, el padre regocijado le dijo al hijo mayor: «Este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida» (Lucas 15:32). Su transformación fue una especie de resurrección. En una profunda transformación espiritual, podemos experimentar la vida celestial ahora en continuidad con la vida terrenal. Así conocemos la resurrección y la vida que *es* Jesús.

Además, Jesús le dijo a la mujer samaritana: «El agua que yo dé se convertirá en un manantial de agua que brotará hasta la vida eterna» (Juan 4:14). Más tarde, en el Templo, Jesús dijo: «Venga a mí el que tenga sed, y beba el que crea en mí. Como dice la Escritura: Del corazón del creyente brotarán ríos de agua viva» (Juan 7:37-38). Al tomar esta agua viva en nosotros podemos, incluso en la vida terrenal, experimentar la vida divina que Jesús ofrece.

Esta experiencia, el primer atisbo de lo que es el cielo, cura la ansiedad sobre si estamos creciendo lo suficientemente rápido y nos tranquiliza sobre nuestra propia salvación.

Podemos imaginarnos estar presentes cuando Jesús resucitó a Lázaro. Llamó con voz fuerte y poderosa: «¡Lázaro, ven!». Podemos imaginarnos a Jesús llamándonos por nuestro nombre cuando no estamos viviendo en nuestro mejor momento: «_____, ¡ven!».

Podemos alegrarnos de la resurrección pascual de Jesús y podemos conocer ahora la vida resucitada. Podemos disfrutar de estas experiencias transformadoras gracias al Espíritu que, según dijo Pedro en Pentecostés, fue «derramado sobre toda carne», es decir, sobre todas las personas (Hechos 2:17).

Preguntas e invitaciones

- ¿Conoces a alguien que haya renacido como el hijo pródigo? ¿Tiene sentido la idea de resucitar en esta vida?
- ¿Tiene sentido que el cielo sea un lugar donde continuamos nuestro crecimiento hacia la perfección del cielo más alto?

23

¿Qué hace (y qué no hace) el Espíritu por nosotros?

Jesús había prometido que su vida fluiría en y a través de nosotros, como fluye la vida en la vid hacia los sarmientos y produce frutos nutritivos. En Pentecostés se cumplió la promesa, y esa vida empezó a fluir en y a través de nosotros. El Espíritu de la Verdad hizo presente a Jesús en nosotros. Ahora *todos nosotros, de acuerdo con nuestra receptividad, podemos permitirle vivir de nuevo a través de nosotros*. El asombroso nuevo potencial consiste en que, mediante nuestra *cooperación* activa (dando *fruto*), lo revelamos a Él.

En su discurso de despedida, Jesús había prometido enviar al Espíritu de la Verdad, el Consolador, también llamado Espíritu Santo. Tras las apariciones a sus seguidores en la resurrección, Jesús ascendió al cielo. A la mañana siguiente, el día de Pentecostés, los creyentes se reunieron en oración. De repente, experimentaron un poder espiritual que Pedro reconoció inmediatamente como el mismo don que Jesús había prometido. Pedro salió y predicó a la multitud, y unas tres mil almas fueron bautizadas.

En su sermón, Pedro citó la Escritura que predecía que Dios «derramaría su Espíritu sobre toda carne», sobre toda la humanidad. Este derramamiento fue una expansión impresionante de lo que había sido el caso antes. Antes de Pentecostés, el espíritu de Dios solo habitaba en algunos. Como declaró Isaías: «Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es santo: "Yo habito en el lugar alto y santo, y también con los contritos y humildes de espíritu"» (Is 57:15). Desde Pentecostés, el espíritu divino está presente en *cada* persona. Esta presencia aumenta enormemente el potencial humano para el despertar moral y espiritual planetario.

Inmediatamente después del sermón de Pedro en Pentecostés, los seguidores de Jesús en Jerusalén vivieron durante un tiempo en unidad espiritual:

> Se entregaban a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. Y el temor se apoderó de todas las almas, y se hacían muchos prodigios y señales por medio de los apóstoles (…) Y día tras día, asistiendo juntos al Templo y partiendo el pan en sus casas, recibían la comida con corazones alegres y generosos, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía de día en día a los que se iban salvando (Hechos 2:42-43, 46-47).

Sarmientos fructíferos en la vid

En su discurso de despedida, cuando Jesús introdujo el símbolo de la vid y los sarmientos y dijo «dad mucho fruto» (Juan 15:1-8), no definió el fruto que tenía en mente. Pero Pablo sí especifica varios frutos del espíritu: «amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo» (Gal 5:22-23). Estas son cualidades de Jesús y de la religión del espíritu que vivió, y hay otras, entre las que pueden estar las siguientes:

- Conocimiento práctico, realista, científico, basado en hechos, con los pies en la tierra.
- Sabiduría obtenida de fuentes humanas y divinas.
- Capacidad de decisión que integre la conciencia de los hechos y los valores pertinentes.
- Modo de vida y de enseñanza alegre, de buen humor, estimulante y artístico.
- Servicio por amor.
- Poder espiritual.
- Valentía de dar la vida.

Además de recibir la *vida* de la vid, también podemos «tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Fil 2:5). Creo que las bendiciones que elevaron la mente de Jesús también están disponibles para nosotros, por ejemplo, el «espíritu de sabiduría e inteligencia» y el espíritu de adoración en el que Isaías se deleita (Isaías 11:1-3).

El Espíritu de la Verdad activa la mente y da energía al alma para que desarrollemos lo que nuestro planeta necesita: heroísmo sostenible. Varios escritos de Pablo iluminan esta cualidad: «Nos gloriamos en nuestros sufrimientos, sabiendo que el sufrimiento produce resistencia, y la resistencia produce carácter, y el carácter produce esperanza, y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de

Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5:3-5). Un tipo más general de resistencia, el aguante, es necesario en muchos aspectos de la vida en la tierra.

Cuando sufrimos duros golpes, puede que seamos incapaces de sentir nada de la gentileza, la bondad o el consuelo divinos; pero Pablo ve el propósito de Dios en nuestras aflicciones: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios» (2 Cor 1:3-4). La mansedumbre sin poder es debilidad. El poder sin mansedumbre es brutalidad.

La actitud de Pablo se basa en la verdad de la visión interior cósmica: «Esta aflicción ligera y momentánea nos prepara un peso eterno de gloria incomparable, pues no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Cor 4:17-18). Cuando nos sentimos abrumados, las palabras *ligero* y *momentáneo* bastan para recordarnos la perspectiva superior.

Para equilibrar las dificultades de la resistencia heroica, podemos recordar que Jesús también llamó al Espíritu de la Verdad el Consolador. El primer nombre sugiere que se dispone de una nueva visión para comprender el mensaje, ya que este espíritu nos conduce a toda la verdad. El segundo nombre sugiere apoyo y amistad siempre presentes a lo largo del camino. Dado que los retos del crecimiento y el servicio son considerables, el progreso requiere que nos mantengamos en contacto con nuestro apoyo: la misericordia abundante, la paciencia generosa y la comunión divina.

Lo que no hace el Espíritu de la Verdad

Los dos primeros líderes más prominentes, Pedro y Pablo, tenían grandes dones, logros, un amor incondicional por Jesús y una dedicación suprema a la proclamación de sus versiones del evangelio. Por lo tanto, el Espíritu de la Verdad los sostuvo poderosamente en su trabajo. Pero el Espíritu no editó su teología. De hecho, tuvieron un gran enfrentamiento (Gal 2:11-14) y en poco tiempo surgieron otras disputas serias y comenzó la tendencia de los creyentes a dividirse en bandos diferentes.

Para hacer las paces entre quienes se aferran a teologías diferentes, Jesús no cortocircuita lo que parece ser un proceso de evolución fiel, largo y diseñado por Dios. Con todos sus altibajos, retrasos y asperezas, a las criaturas imperfectas se les permite luchar, hacer descubrimientos y progresar. Se nos permite cometer errores y aprender por las malas, por mucho que nos cueste.

Dijo el salmista dirigiéndose a Dios: «Mil años delante de ti son como un día que acaba de pasar, o como una vigilia en la noche» (Sal 90:4). No hay prisa para el Dios eterno. El Creador soberano sabe,

por ejemplo, qué tipo de carácter fuerte y equilibrado debe existir y qué verdad debe vivirse antes de que pueda colocarse de forma divina y duradera sobre esa base otra cosa que la gente está pidiendo a gritos.

La Verdad es la realidad descubierta por la ciencia, interpretada por la sabia filosofía y revelada en la experiencia espiritual. El Espíritu de la Verdad no sustituye ni a la ciencia ni a la filosofía ni al discernimiento espiritual reflexivo.

Por suerte, no tenemos que resolver cuestiones teológicas antes de experimentar el «manantial de agua que brota para la vida eterna»: una experiencia de Jesús en nosotros (Juan 4:14). El Espíritu de la Verdad ayuda a transformar nuestro carácter, a vivir la verdad del evangelio original de Jesús, a empaparnos de las nuevas verdades más elevadas sobre Jesús y a seguirle en todo. Recibir esta agua viva bendice toda nuestra personalidad: cuerpo, mente y alma.

El Espíritu que Jesús derramó en Pentecostés nos permite permanecer unidos a Él de tal manera que nos bendecimos unos a otros, siendo sarmientos fructíferos de la vid. Las cualidades del carácter de Jesús están a nuestra disposición si damos los pasos humanos necesarios para hacer nuestros estos dones divinos. Este poderoso Espíritu permitió a Pablo vivir heroicamente las aflicciones. El Espíritu aporta una poderosa convicción, pero no afina el intelecto. Sin embargo, cuando Dios quiere que *hagamos* algo, el Espíritu nos da el poder para lograrlo.

Ya podemos saborear los comienzos de la plenitud espiritual. Desde Pentecostés, el Espíritu de la Verdad está suelto en el mundo y es capaz de tocar todo corazón receptivo. Tarde o temprano, conducirá a los creyentes a nuestro destino y al mundo a una era mejor.

Preguntas e invitaciones

- ¿Qué fruto del espíritu (cualidades espirituales de Jesús) te gustaría más adquirir?
- ¿Crees que Jesús está en ti por el Espíritu de la Verdad? ¿Puedes revelarlo? Cuando vives al máximo, ¿es así?
- Si una persona tiene una convicción muy fuerte, ¿prueba esto que la persona tiene razón?

24

¿Qué esperanza tenemos de que pronto llegue un mundo mucho mejor?

Habiendo recibido tanta inspiración del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios, y teniendo acceso espiritual a la vida en la vid del Espíritu derramado de Jesús, nuestro corazón agradecido pregunta a Jesús: «¿Cómo podemos ayudarte a completar tu obra en la tierra?».

El objetivo último de Jesús para nuestro mundo es el destino glorioso por el que oró al Padre: «Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo». Considero que esta oración se hará realidad tarde o temprano, aunque tarde miles de años.

Pero ¿podríamos tener esperanza con responsabilidad y trabajar por un mundo mucho mejor en un futuro próximo, quizás en el próximo siglo o dos? Los problemas de los países y del mundo hacen comprensible que un gran número de personas consuman visiones distópicas en las artes, que retratan escenarios de devastación planetaria. Pero ¿podría la siguiente parábola de Jesús sobre un individuo describir también una nación o un planeta?

> Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica será como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca. Y cayó la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa, pero no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica será como un hombre insensato que construyó su casa sobre la arena. Y cayó lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina (Mateo 7:7).

En tiempos difíciles, los hijos e hijas fieles de Dios son puestos a prueba. La imagen de la roca era la que Moisés había utilizado para referirse a Dios (Dt 32:4). La sabiduría selecciona los sólidos cimientos de las enseñanzas de Jesús, y con su ayuda empieza a discernir su significado. Y luego la sabiduría construye sobre estos cimientos.

Siendo realistas, la espiritualidad y la religión no son la respuesta completa a los problemas sociales, económicos y políticos. No se sabe cuánto tardaremos en alcanzar nuestro destino planetario, pero se podría dar un gran paso en la dirección correcta en este siglo o en el siguiente: un despertar moral y espiritual mundial.

Un despertar planetario para salir de nuestra maraña de problemas

Nuestro planeta gime en medio de una transición desafiante y peligrosa. Está luchando por dar a luz un futuro mucho mejor. La actual crisis mundial implica una maraña de dificultades ecológicas, sociales, económicas, políticas y de otro tipo interconectadas. Esta maraña se agrava en un mundo en el que prima el afán de progreso material, carente del equilibrio esencial de sabiduría y espiritualidad. Este tipo de civilización lleva a muchos a la miseria, y a otros a la desilusión; pero los mismos problemas también pueden motivar a la gente a buscar un camino mejor. Para superar la confusión y el caos actuales, necesitamos *un renacimiento espiritual planetario*, una nueva fase del reino de Dios en la tierra.

Tarde o temprano, mediante una combinación de iniciativa divina y esfuerzo humano, se producirá la transformación planetaria. El esfuerzo humano por sí solo no puede hacerlo. Postergar la adopción de las medidas humanas y esperar a que Dios, la ciencia, el gobierno y otras personas lo hagan todo solo permite que las cosas empeoren. La transformación global requerirá una combinación de acción divina y humana.

Por sí mismo, el despertar moral y espiritual no resolverá la maraña de problemas, pero permitirá a los líderes sabios obtener la cooperación necesaria para abordar eficazmente la maraña. Cuanto antes ocurra, más desastres podremos evitar.

Un factor que dificulta la predicción de la preparación planetaria para el renacimiento espiritual es que ignoramos los progresos que los seres invisibles de la familia universal que trabajan con Dios están realizando entre bastidores. Su labor fue reconocida por un comandante del ejército romano con el que Jesús se encontró en Cafarnaúm:

> Un centurión tenía un siervo, enfermo y a punto de morir, al que apreciaba mucho. Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió a unos ancianos judíos, pidiéndole que viniera a curar a su criado. Cuando llegaron a Jesús, le rogaron encarecidamente, diciendo: “Es digno de que hagas esto por él, porque ama a nuestra nación, y es el que nos construyó nuestra sinagoga”. Y Jesús fue con ellos. Cuando no estaba lejos de la casa, el centurión envió a unos amigos, diciéndole: "Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo. Por eso no me he atrevido a venir a verte. Pero di la palabra y que mi criado quede sano. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, con soldados a mis órdenes; y digo a uno: ‘Ve’, y va; y a otro: ‘Ven’, y viene; y a mi siervo: ‘Haz esto’, y lo hace”. Al oír esto, Jesús se maravilló de él y, volviéndose a la multitud que le seguía, dijo: "Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe”. Y cuando los que habían sido enviados volvieron a la casa, encontraron al criado sano (Lucas 7:1-10; Mateo 8:5-10).

En otras palabras: desde el cielo más elevado hasta el reino evolutivo en el que nos encontramos, hay innumerables seres en el cielo de los cielos que sirven con lealtad. El centurión percibió no solo que Jesús estaba elevado en autoridad, sino también que podía dar órdenes que serían obedecidas por seres inferiores e invisibles.

A veces, nos encontramos en un grupo que está haciendo verdaderos progresos, y podemos contribuir a apoyar un avance; pero también hacemos bien en cultivar actitudes resistentes y positivas en estos tiempos en los que parece que en general nuestro mundo va en la dirección equivocada. Si nos encontramos en una situación que va cuesta abajo, lo que podemos hacer es frenar el declive. Si no vemos el despertar planetario en nuestra vida, podemos mantener la antorcha brillando mientras el planeta pasa por más agonías. De ese modo, la luz estará lista para cuando una masa crítica de personas se desencante y busque la verdad y la rectitud.

Un concepto invertido de la mansedumbre para nuestro futuro planetario

Jesús nos animó a ser mansos con esta promesa: «Felices los mansos, porque ellos heredarán la tierra» (Mateo 5:5), pero ¿qué quería decir con «manso»? Tendemos a pensar que una persona mansa es alguien que carece de respeto por sí mismo y se pliega a los más mínimos deseos de los demás, pero Jesús no era así. En su fuerte carácter, la mansedumbre significaba someterse a la voluntad de su Padre: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22:42). Esta actitud nos ayuda a encontrar la voluntad de Dios.

Puede haber cosas en el yo que oscurezcan nuestra visión de la voluntad de Dios. Estas cosas incluyen todos nuestros deseos de corazón, alma, mente y cuerpo (incluso las conclusiones de nuestro mejor pensamiento y los valores más elevados que hemos descubierto previamente en nuestra vida espiritual y religiosa) porque Dios puede tener algo mejor que revelarnos. Para ser receptivos a nuevas percepciones, debemos, como dice el refrán, «soltar y dejar a Dios».

La bienaventuranza (felicidad) de la mansedumbre nos ayuda a conservar la fe humilde de un niño pequeño más el hambre y la sed de la justa voluntad de Dios. Pero aquí también hay algo nuevo.

Los mansos heredarán la tierra. Lo que esto significa puede expresarse de forma sencilla: los buenos ganan. Dadas suficientes generaciones, los mansos demostrarán ser los que encontraron la sabiduría y el poder para prevalecer sobre sus enemigos. No utilizan la violencia ni los métodos injustos de sus enemigos, pero están dispuestos a usar la fuerza. Los que se oponen al reino de Dios se acaban debilitando por la necedad cósmica. Satisfacen deseos de poder y control personales y convierten en hábito ser egoístas y hacer el mal en el universo de Dios, que está diseñado para promover la bondad.

Las personas mansas ejercen su virtud en situaciones que afectan a quien controla el planeta. Las personas mansas están dispuestas a trabajar por un mundo mucho mejor, aunque no vean grandes progresos a lo largo de su vida.

El mejor ejemplo de fuerte mansedumbre es Jesús. Hemos visto cómo Jesús manejó el conflicto de Cafarnaúm. No tenía malas intenciones como algunos de sus enemigos, pero se hizo cargo de la situación con eficacia. Y hemos sido testigos de su limpieza del Templo, y en última instancia de su voluntad de aceptar la cruz con el fin de obtener un triunfo espiritual para sus seguidores y para el mundo.

Preguntas e invitaciones

- ¿Crees que tarde o temprano nuestro planeta realizará un destino glorioso: vendrá el reino de Dios, se hará la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo?
- ¿Crees que es posible que llegue una nueva fase del reino de Dios en el próximo siglo o dentro de dos? ¿Que la mansedumbre significa que los buenos ganan? ¿Que Jesús tiene el poder de ordenar a seres invisibles que hagan cosas poderosas?
- ¿Qué encuentras esperanzador en el mundo? ¿Cómo puedes contribuir a ello?

25
¿Cómo podemos ayudar a Jesús a completar su obra en la tierra?

¿Qué agenda espiritual y religiosa promoverá mejor el progreso planetario? Para pasar de donde estamos ahora a la siguiente fase del reino de Dios, propongo la siguiente agenda. En primer lugar, debe proclamarse de nuevo el evangelio completo que Jesús vivió y enseñó: el mensaje original y las enseñanzas avanzadas, según proceda. Segundo, los diversos grupos de seguidores de Jesús pueden reunirse en unidad espiritual. Además, necesitamos comprender, amar y servir a las personas no cristianas en la amplia familia de la fe, mientras avanzamos para amar y servir a Dios, entre nosotros y a todos los demás.

Pero a esta agenda le hace falta una base realista. Veámoslo.

El mensaje original de Jesús en el centro de la evangelización

El evangelio cristiano tradicional de la salvación por la fe en el Salvador resucitado contiene tanta verdad, ha hecho tanto bien y quienes lo han proclamado con su vida y sus enseñanzas han aportado tanto amor divino, misericordia, ministerio y salvación a la gente que su obra sin duda continuará y dará fruto.

Sin embargo, este evangelio no fue lo que Jesús vivió y enseñó. ¿Estamos dispuestos a imaginar la posibilidad de que el mensaje original de Jesús haga cosas aún mayores algún día? Podemos poner en primer plano sus buenas nuevas en nuestra vida y en nuestras comunicaciones espirituales con el mundo. Este evangelio puede ir a lugares donde el evangelio tradicional no puede ir y hacer cosas que no puede hacer.

Esta convicción mía tiene una larga historia. Durante los siglos XVIII y XIX, algunos eruditos de Francia y Alemania empezaron a utilizar herramientas históricas para descubrir el verdadero evangelio de Jesús. Algunos de ellos llegaron a la conclusión de que se centraba en un par de verdades: la paternidad de Dios y la hermandad del hombre. A finales del siglo XIX y principios del XX, este par de enseñanzas empezaron a mostrar su poder espiritual. En la sociedad en general, el movimiento evangélico cobró vida y se extendió como un reguero de pólvora. Aquí y allá, en todo el mundo saltaban chispas entre maestros, predicadores y reformadores sociales, pero sobre todo entre personas con ocupaciones no religiosas.

Necesitamos nuevos maestros espirituales que encuentren formas creativas de vivir y proclamar el evangelio original. Ellos se atreverán a confiar en la sabiduría del Maestro sobre qué enseñanzas son apropiadas en general para los principiantes y qué enseñanzas se construyen a partir de esa base.

Cómo llegar a la reunión

El camino ideal hacia el renacimiento espiritual incluye cumplir con la oración de Jesús: «Que todos sean uno» (Juan 17:21). El Maestro no pretendía que suprimiéramos nuestras diferencias como personalidades únicas; nunca intentó estandarizar nuestro pensar, sentir y hacer. La unidad que propongo es la unidad *espiritual*, no cualquier otro tipo de unión. Al carecer de ella, la familia de sus seguidores está actualmente dividida en muchas familias. Necesitamos reunir a la familia.

En una de sus observaciones sociológicas, Jesús advirtió: «Un reino dividido contra sí mismo es asolado. Y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma subsistirá» (Mateo 12:25; Marcos 3:24). La división es peligrosa porque debilita la respuesta a los retos y oportunidades. Hoy día nos enfrentamos a un secularismo cada vez más agresivo. En algunos lugares, el cristianismo está en declive. Cada vez más, los jóvenes lo consideran rancio e hipócrita. Las personas que buscan sabiduría para la vida cotidiana se vuelven a menudo hacia filosofías, religiones y prácticas orientales. Cuando la fe es débil, se desacredita a sí misma y la gente se aleja. ¿Debemos suponer que el cristianismo, que solo tiene dos mil años de antigüedad, está exento de la advertencia de Jesús de que la división hace vulnerables a los grupos?

A veces una actitud de superioridad infecta a un grupo de creyentes en Jesús respecto a su actitud hacia otro grupo. Aunque tales sentimientos no se expresen públicamente, las sombras pueden colarse en el corazón. Otro factor que puede eclipsar la unidad espiritual es mezclar la religión con la política o las cuestiones culturales. En la aparentemente impenetrable maraña de problemas globales, una de las mayores dificultades es la feroz polarización sobre lo que hay que hacer. Recuerdo una valla publicitaria que decía: «Los verdaderos cristianos *aman a* sus enemigos». Aprender a amar a nuestros adversarios es un gran paso en la buena dirección.

En su época, el Hijo del Hombre afrontó con creatividad los desafíos a la unidad espiritual. Conocía el orgullo de los judíos de la época en sus relaciones con los samaritanos. Provocó un renacimiento samaritano en el pozo de Jacob y creó la parábola del buen samaritano. Durante la primera fase de su carrera pública, conoció el antagonismo de los líderes religiosos y respondió con un mensaje positivo lleno de alegría y acogida que se basaba en lo mejor de la tradición judía.

El objetivo idealista de reunir a la familia puede parecer poco realista, pero hay razones para creer que puede lograrse:

- Aunque cada vez son más las personas que no se identifican con ninguna religión, muchas creen en Dios y muchas de ellas están abiertas a Jesús.
- En muchos lugares del mundo actual, las relaciones entre las distintas familias de seguidores de Jesús son amistosas, hacen poco caso de las diferencias.
- Algunos métodos de la psicología social han cosechado éxitos instructivos. Las técnicas de comunicación compasiva han traído armonía a grupos de palestinos e israelíes, pandillas de Los Ángeles, bandas y policías de Chicago e innumerables parejas al borde del divorcio. Enemigos de toda la vida pueden llegar a entenderse y demostrárselo mutuamente. Este logro conduce a avances extraordinarios, que facilitan enormemente la cooperación en el plano práctico de lo que hay que resolver.[32]
- Este tipo de avances me animan a creer que las diferencias en creencias y prácticas no supondrán ningún obstáculo cuando los creyentes se reúnan para 1) orar y escuchar la guía de Dios y 2) apoyarse mutuamente para compartir el mensaje de Jesús tal y como lo entienden en sus congregaciones y barrios.[33]
- Diferentes grupos de seguidores pueden descubrir puntos fuertes que complementan los suyos, y estos puntos fuertes se solapan. Apreciamos valores centrales en común y producimos algunos de los mismos frutos del espíritu. La vid es una. Construyendo sobre la unidad que ya existe y conociendo los puntos fuertes de los demás, la fuerza crece. Sí, seguiremos pisándonos los pies unos a otros, pero la tolerancia, el perdón, la resiliencia y el amor masajearán y templarán nuestra naturaleza reactiva.
- En el plano del alma, los seguidores de Jesús pueden ser semejantes. Los sarmientos de la vid pueden unirse en el amor, la misericordia y el servicio.

Por tanto, a la luz de estos factores, sobre la base de nuestro conocimiento de Jesús y de la comprensión de su mensaje, propongo esta receta para la reunión familiar: la unidad espiritual.

- Creemos en esta posibilidad, nos comprometemos con ella, rezamos por ella y nos alegramos, confiando en la bondad de Dios.
- No estipulamos condiciones teológicas o doctrinales para la unidad espiritual. Creo que se alcanzará este objetivo mínimo para los seguidores de Jesús: un compromiso compartido y de todo corazón con la voluntad de Dios. Y el logro de este objetivo estimulará el progreso continuo en la relación con el espíritu interior.

- Buscamos la transformación completa: nacidos del espíritu, enseñados por el espíritu, guiados por el espíritu y llenos del espíritu.
- Cooperamos cultivando hábitos de unidad espiritual con miembros de diversas familias de seguidores de Jesús: ortodoxos, católicos, protestantes y otros.
- Juntos amamos y servimos a Dios, los unos a los otros y a todos los demás.

Creo que cuando las personas se unen en un compromiso compartido y sincero con la voluntad de Dios, el espíritu interior nos da el poder para evitar que nuestras diferencias nos dividan.

Cuando alcancemos la unidad espiritual, los demás nos mirarán más de cerca para aprender de nosotros. Hay una canción que dice: «Sabrán que somos cristianos por nuestro amor». Jesús lo dijo de esta manera: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros» (Juan 13:35).

Tarde o temprano, nos uniremos y elevaremos por encima de antagonismos y ansiedades. El plan A es que la reunión familiar estalle lo bastante pronto y se extienda lo suficiente para evitar los peores escenarios del futuro global. Si nos unimos en el servicio por amor, se multiplica enormemente nuestra capacidad de amar y servir a Dios, los unos a los otros y a todos los demás. Esto acercaría mucho más el gran despertar.

Desde que Jesús oró «Que todos sean uno», ha estado alimentando nuestra unidad espiritual buscando personas que entren en esa oración con él y hagan su parte. ¿Cuánto tiempo más le haremos esperar?

La familia de la fe

Deberíamos alegrarnos de que nuestro compromiso con la familia universal nos haga formar parte de una familia más grande de fe: personas de otras religiones cuyas vidas se ven transformadas por su fe en Dios (o en un concepto funcionalmente equivalente, como Amida Buda). También hay personas que, inconscientemente, están en contacto con su espíritu interior y hacen la voluntad de Dios.

Las estadísticas actuales afirman que hay más de dos mil millones de cristianos en el planeta, mezclados con más de siete mil millones de vecinos. Para que el despertar espiritual cambie el mundo, tendremos que amar y servir a los miembros de otras religiones. Los cristianos no tenemos el monopolio de la verdad; tampoco tenemos el monopolio de Cristo. Para ser buenos vecinos, podemos afirmar nuestra humanidad común, aprender a comprender nuestras diferencias y semejanzas, y tratar de apreciar la personalidad única de cada hermano que tenemos el privilegio de conocer.

Algunos creyentes del reino son excelentes vecinos con personas de otras religiones. Evitan el camino fácil de contrastar lo mejor de los ideales cristianos con lo peor de la historia de otras tradiciones. Se informan sobre las enseñanzas y prácticas de otras religiones que coinciden con las de la Biblia. Entre ellas están Dios, el espíritu interior, el amor y la compasión, la regla de oro, la oración y el culto, y la esperanza de una vida después de la muerte en el cielo. Ayuda a poner más énfasis en lo que tenemos en común.

Consideremos cómo se relacionaba Jesús con la tradición judía. Su mensaje original no incluía verdades que giraran en torno al tema de que era el Hijo de Dios; tampoco su enseñanza final en el Templo. Hasta el enfrentamiento de Cafarnaúm, se encontraba con sus oyentes en un terreno común.

El movimiento de diálogo interreligioso ha desarrollado una cultura en la que los participantes se acercan normalmente con una actitud de amabilidad y respeto, además de interés por escucharse y aprender unos de otros. En estos encuentros, me ha sorprendido conocer a muchas personas de otras religiones que daban frutos del espíritu. Me ha inspirado y edificado cómo perciben al espíritu de Dios en su interior, su amor, su sensibilidad ante las necesidades humanas, su servicio, su devoción a la voluntad de Dios y su carácter equilibrado. He descubierto que el diálogo puede ser revelador. Para unificar a la familia de la fe, hacer cosas juntos es poderoso.

Mi curso de religiones del mundo concluía siempre con la unidad sobre el islam. El tercer proyecto de los alumnos consistía en mantener una conversación de al menos 30 minutos con un musulmán. Les enseñaba los principios del diálogo interreligioso, pero no debían intentar dialogar en sentido pleno. La tarea consistía en facilitar que la otra persona expresara su experiencia de ser musulmán. La mayoría de las conversaciones duraron mucho más que el tiempo mínimo; y era habitual que brotara una amistad y un aprecio auténticos. Muchos estudiantes ya habían tenido experiencias transformadoras en proyectos anteriores, pero en las evaluaciones del curso, la mayoría de los estudiantes señalaron que lo más transformador que habían experimentado en todo el semestre había sido la conversación con el musulmán.

Una visión a largo plazo de una agenda corta

Conocer a Jesús desde su nacimiento hasta su muerte y más allá, comprender su mensaje tal como se desarrolló en dos grandes etapas, y crecer fuertes, equilibrados y centrados en Dios son logros que nos ayudan a vivir mejor en casa, en la escuela, en el trabajo y en el ocio. También pueden guiarnos en estos tiempos de gran necesidad planetaria. La fe viva viene acompañada de un poder insospechado.

Nuestra energía también se estabiliza gracias a una perspectiva a largo plazo. Desde el principio, nuestro mundo ha estado en manos del Creador; durante dos mil años hemos sido bendecidos por el Espíritu de la Verdad. Nuestro destino no está en duda. Esta seguridad nos ayuda a vivir eficazmente el presente.

Por ahora, la reforma clave tiene una agenda sencilla: pongamos el mensaje original de Jesús al frente y en el centro de nuestras vidas y de nuestras comunicaciones espirituales con el mundo. Busquemos la unidad espiritual entre todos los grupos de seguidores de Jesús (este y oeste, norte y sur, derecha e izquierda) y juntos amaremos y serviremos a Dios, a los demás y al mundo. Dejemos que Jesús nos guíe más allá del caos y la confusión actuales hacia un renacimiento espiritual que marcará el comienzo de la siguiente etapa del reino de Dios, con la cooperación entre iguales en la familia de la fe.

La revelación del Maestro no ha terminado. Su Espíritu de la Verdad nos está guiando hacia toda la verdad. Cada uno de nosotros puede orar por la siguiente capa de verdad que Dios sabe que somos capaces de recibir. Cada día podemos beneficiarnos de una nueva capa. Busquémosla, esperémosla para nosotros y para los demás, y alegrémonos por adelantado.

¡Que tengan un buen decidir y actuar!

Preguntas e invitaciones

- ¿Creemos que Dios y Jesús tienen el poder de provocar un despertar moral y espiritual planetario, cuando el liderazgo humano está en su lugar?
- ¿Qué hará falta para que un gran número de seguidores de Jesús se unan a un renacimiento espiritual mundial?
- ¿Cómo puede el mensaje original de Jesús facilitar la cooperación con los miembros de la familia de la fe que no son seguidores de Jesús?

Lecturas complementarias

Brown, Raymond E. *The Gospel According to John.* 2 vols. (Garden City, Nueva York: Doubleday, 1966 y 1970).

Fredrickson, Barbara. *Positivity: Top-Notch Research Reveals the 3-1 Ratio That Will Change Your Life (Positividad: Investigaciones de primera revelan la proporción 3-1 que cambiará tu vida).* 2009. (Nueva York: Three Rivers Press, 2009).

Keller, Philip. *The Shepherd Trilogy: A Shepherd Looks at the 23rd Psalm, A Shepherd Looks at the Good Shepherd, A Shepherd Looks at the Lamb of God* (Londres: Marshall Pickering, 1996).

Oord, Thomas Jay. *Pluriform Love: An Open and Relational Theology of Well-Being* (N.p., SacraSage Press, 2022).

Reese, Martha Grace. *Unbinding the Gospel: Real Life Evangelism.* 2ª edición (Louis, Missouri: Chalice Press, 2008).

Rosenberg, Marshall. *Nonviolent Communication: A Language of Life.* 3ª edición (Encinitas, California: PuddleDancer Press, 2015).

Tatum, W. Barnes. *In Quest of Jesus*. Edición revisada y ampliada (Nashville, Tennessee: Abingdon Press, 1999).

El libro de Urantia (Chicago, Illinois: Fundación Urantia, 1955).

---

[1] Las citas de la Biblia utilizan MAYORITARIAMENTE la New Revised Standard Version Updated Edition, a menos que se indique lo contrario.

[2] https://en.wikipedia.org/wiki/Babylonian_captivity

[3] En el libro de Isaías, los estudiosos consideran que los capítulos 1 a 39 son obra de un profeta del siglo VIII a. C., los capítulos 40 a 55 de un profeta anónimo del siglo VI y los capítulos 56 a 66 del Segundo Isaías o de uno o más profetas posteriores. (The New Oxford Annotated Bible, quinta edición, Nueva Versión Estándar Revisada con los Apócrifos [Nueva York: Oxford University Press, 2018]), p. 977.

[4] William H. McNeill, *A World History* , 3ª ed. (Nueva York: Oxford University Press), 59-74; https://en.wikipedia.org/wiki/Samaritans ; https://en.wikipedia.org/wiki/Babylonian_captivity

[5] https://www.smp.org/dynamicmedia/files/9a98fef004e9e9211f619d1610b42a2c/TX001246_1-Background-Life_Times_First_Century_Palestine.pdf de *Essential Guide to Biblical Life and Times,* de Martin C. Albl [Winona, MN: Saint Mary's Press, 2009].

[6] https://www.encyclopedia.com/philosophy-and-religion/judaism/judaism/sadducees ; https://www.encyclopedia.com/religion/encyclopedias-almanacs-transcripts-and-maps/scribes-bible ; https://www.encyclopedia.com/philosophy-and-religion/judaism/judaism/herodians https://www.encyclopedia.com/philosophy-and-religion/judaism/judaism/pharisees

[7] Jean-Pierre Isbouts, *Tras las huellas de Jesús: Crónica de su vida y de los orígenes del cristianismo*, 2ª ed. (Washington, D.C: National Geographic, 2017) capítulos 1-3.

[8] Un influyente modelo de psicología del desarrollo, expuesto por Erik H. Erikson, presentaba ocho etapas en el ciclo vital, en cada una de las cuales adquirimos idealmente una fortaleza concreta. En el primer año de vida, la más importante es la confianza. Véanse, por ejemplo, sus «Ocho edades del hombre» en *Infancia y sociedad* (Nueva York: W. W. Norton, 1950).

[9] Las citas se encuentran en el Bhagavad Gita hindú 2.18-25, 6.47, 9.29 y 18.61; el *Mahaparinirvana Sutra* budista; el *Mencius* 4B14 confuciano; y Guru Nanak, el fundador del sijismo, en W.H. McLeod, *Sikhs and Sikhism* (Oxford, Reino Unido: Oxford University Press, 199), 174-75.

[10] Para la oración centrada, adapté la práctica de Thomas Keating, *Open Mind, Open Heart: 20th Anniversary Edition* (Nueva York: Continuum, 2006); https://www.contemplativeoutreach.org. Para la respiración consciente me basé en Thich Nhat Hanh, *Peace Is Every Step: The Path of Mindfulness in Everyday* Life, ed. Arnold Kotler. Arnold Kotler (Nueva York: Bantam Books, 1991), 8-10; https://thichnhathanhfoundation.org.

[11] Para este resumen rápido del desarrollo de la primera infancia he utilizado https://developingchild.harvard.edu/resources/inbrief-science-of-ecd/. Creo que las etapas trazadas por Jean Piaget y Erik Erikson son útiles.

[12] John Dominic Crossan, *The Historical Jesus: The Life of a Mediterranean Jewish Peasant*, (Nueva York: HarperCollins, 1991), 18.

[13] El párrafo sobre la ciencia antigua es uno de los lugares en los que, me parece, la labor de crear una buena mezcla de notas finales ampliamente accesibles y académicamente útiles, por fascinantes y educativas que sean, no está justificada por su contribución al argumento de este libro.

[14] Daniel Kahneman, *Thinking, Fast and Slow* (Nueva York: Farrar, Straus y Giroux, 2011), 3.

[15] Una casa dividida se describe con detalle científico en Bradley Wilcox et al., *Why Marriage Matters: Thirty Conclusions from the Social Sciences*, 3ª ed. (Broadway Publications, 2011).

[16] Las presentaciones populares de la investigación psicológica pueden complementar la espiritualidad, por ejemplo, Ali Abdaal, *Feel-Good Productivity: How to Do More of What Matters to You* (Londres: Cornerstone Press, 2023).

[17] Cito a esta estudiante con su permiso, y cumplo su decisión de no revelar su nombre.

[18] https://library.biblicalarchaeology.org/department/jesus-and-his-pilgrimage-practices/

[19] Sobre el Sanedrín: https://aish.com/48936377/

[20] Véase W. Bradford Wilcox et al., *Why Marriage Matters: Thirty Conclusions from the Social Sciences*. 3ª ed. (Nueva York: The Institute for American Values, 2011); y Robert Capon, «Bed and Board», en Amy Kass y Leon Kass eds., *Wing to Wing, Oar to Oar: Readings on Courting and Marrying* (Notre Dame, Indiana: Notre Dame University Press, 2000) 594-63.

[21] Dos profesoras de la Stanford Graduate School of Business han estudiado, enseñado y publicado un libro sobre el humor. Jennifer Aaker y Naomi Bagdonas, *Humor, en serio: Why Humor Is a Secret Weapon in Business and Life (And how anyone can harness it. Even you.).* (Nueva York: Crown Currency (un sello de Penguin Random House), 2021).

[22] La distinción generalizada entre una alegoría (cuyos símbolos implican muchos puntos) y una parábola que enseña un punto principal se expone en W. Barnes Tatum, *In Quest of* Jesus, 193-96.

[23] *El Himno a Zeus* del filósofo estoico Cleanthes ilustra el punto álgido de la evolución del concepto de Zeus. https://dailystoic.com/cleanthespoem/

[24] Este informe de Rebecca Jackson se encuentra en Elizabeth A. Johnson, *She Who Is* (Nueva York: Crossroad, 1993), 170.
[25] Barbara Fredrickson, *Positivity* (Nueva York: Three Rivers Press, 2009), 39-48.
[26] https://www.worldhistory.org/article/1900/luthers-speech-at-the-diet-of-worms/
[27] El amor a los enemigos, especialmente tal como lo implica la regla de oro, ocupó un lugar central en los libros teológicos y filosóficos de Olivier du Roy: *La Réciprocité: Essai de morale fondamentale*. París, Éditions de l'Épi, 1970), 1-49; *La règle d'or: Le retour d'une maxime oubliée*. Les Éditions du CERF: París, 2009, 119-134; *La règle d'or: Histoire d'une maxime morale universelle.* 2 vols. Les Éditions du CERF: París, 2012. Vol. 1, 143-164.

Sobre la política de ayudar a los amigos y perjudicar a los enemigos, véase Albrecht Dihle, *Die Goldene Regel* (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1962).
[28] Para el tema del amor a los enemigos y la regla de oro en general, estoy muy en deuda con las obras del erudito francés Olivier du Roy, especialmente, La règle d'or: histoire d'une maxime morale universelle, 2 vols. (París: Editions du Cerf, 2012.
[29] El gran desafío a la evangelización como proclamación es William J. Abraham, *The Logic of Evangelism* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1989). Abraham sostiene que la evangelización implica varias fases para integrar al nuevo creyente en la comunidad cristiana.
[30] Véase Marshall B. Rosenberg, *Nonviolent Communication: A Language of Life*, 3ª edición (Encinitas, CA: Puddle-Dancer Press, 2015); Edwin H. Friedman*, A Failure of Nerve: Leadership in the Age of the Quick Fix* (Nueva York: Seabury Books, 2007); y Hugh F. Halverstadt, *Managing Church Conflict* (Louisville, KY: Westminster/John Knox Press, 1991).
[31] Para esta información sobre las ovejas, me baso en Phillip Keller, *A Shepherd Looks at the Good Shepherd,* en *The Shepherd Trilogy* (Londres: Marshall Pickering, un sello de HarperCollins, 1996).
[32] Véase Marshall B. Rosenberg, *Nonviolent Communication: A Language of Life*, 3ª edición (Encinitas, California: Puddle Dancer Press, 2015*).*
[33] Véase Martha Reese Grace*, Unbinding the Gospel: Real Life Evangelism*, 2ª edición (Saint Louis, Missouri: Chalice Press, 2008), 31-36, 41-56.

Abreviaturas

Antiguo Testamento

1 Cro	Crónicas
Deut.	Deuteronomio
Éxodo	Éxodo
Ezequiel	Ezequiel
Gen.	Génesis
Hab.	Habacuc
Os.	Oseas
Isa.	Isaías
Jer.	Jeremías
Josh	Joshua
1 Reyes	1 Reyes
Lam.	Lamentaciones
Lev.	Levítico
Mal.	Malaquías
Mic.	Miqueas
Nehemías	Nehemías
Núm.	Números
Prov.	Proverbios
Sal	Salmo
1 Samuel	1 Samuel
Zac.	Zacarías

Nuevo Testamento

Hechos	Hechos de los Apóstoles
Col.	Colosenses
1 Cor.	1 Corintios
Ef.	Efesios
Gál.	Gálatas
Hebreos	Hebreos
Santiago	Santiago
Juan	Juan
Lucas	Lucas
Marcos	Marcos
Mateo	Mateo
1 Pedro	1 Pedro
Fil	Filipenses
Ap.	Apocalipsis
Rom.	Romanos
1 Tes	1 Tesalonicenses

TRADUCCIONES DE LA BIBLIA

NIV	Nueva Versión Internacional
RVR	Nueva versión King James
RSV	Versión Estándar Revisada
NRSV	Nueva Versión Estándar Revisada
NRSV(UE)	Nueva Versión Estándar Revisada (edición actualizada)